

# EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

---

Nº 43 (2014), páginas 3-50

Marcelino J. Suárez Ardura

I.E.S. Alto Nalón – ORCID 0000-0002-7545-6390

## ¿Qué es la Geografía?

### Consideraciones gnoseológicas generales sobre la Geografía

#### Resumen:

Las reflexiones sobre la naturaleza de la Geografía remiten inexorablemente a planteamientos de tipo filosófico (gnoseológico). No cabe, pues, un análisis geográfico por derecho propio con relación a la cuestión sobre la naturaleza de la Geografía. Otras perspectivas como la epistemológica, la histórica o la sociológica resultan igualmente impertinentes para analizar las cuestiones relativas a la unidad y distinción de las ciencias geográficas. La crítica de la Geografía desde la perspectiva de la teoría del cierre categorial demuestra que la unidad de la Geografía, pensada en tanto que unidad de síntesis entre lo natural y lo humano, no rebasa el horizonte de una ciencia buscada. La escala de disciplinas como la Geomorfología o la Biogeografía pone de manifiesto la anomalía de la Geografía en el sistema de las ciencias. Acaso la unidad de la Geografía deba entenderse considerada en cuanto Geografía humana, pero a costa de reconocer su precariedad científica.

**Palabras clave:** Geografía, Gnoseología, Geomorfología, Biogeografía, ciencia

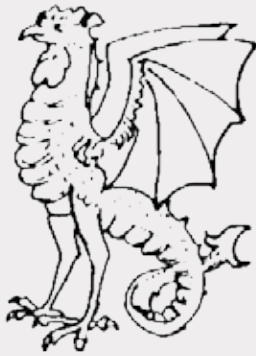
---

#### Abstract:

Reflections on the nature of Geography as a science inevitably refer to philosophical (gnoseological) approaches. A geographical analysis in its own right is not possible with regard to the question on the nature of geography. Other scientific perspectives —such as the epistemological, the historical or the sociological ones— are similarly inappropriate to analyze issues concerning the unity and distinction of the geographical sciences. A critical approach to geography from the perspective of the *theory of the categorial closure* shows that the unity of geography, designed as a synthesis between what is natural and what is human, does not go beyond the horizon of a sought-after science. The scale of sub-disciplines such as geomorphology or biogeography highlights the anomaly of geography within the system of the sciences. It might still be possible to unify geography as human geography, but this could only be done at the expense of recognizing its scientific precariousness.

**Keywords:** Geography, Gnoseology, Geomorphology, Biogeography, Science





## EL BASILISCO

**Fundador**  
Gustavo Bueno

**Director**  
Gustavo Bueno Sánchez  
(Universidad de Oviedo)

**Secretaría de Redacción**  
Raúl Angulo Díaz  
(Fundación Gustavo Bueno)

**Consejo de Redacción**  
Jesús G. Maestro  
(Universidad de Vigo)  
José Arturo Herrera Melo  
(Universidad Veracruzana, México)

Patricio Peñalver  
(Universidad de Murcia)  
Elena Ronzón  
(Universidad de Oviedo)  
Pedro Santana  
(Universidad de La Rioja)

Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados por miembros del Consejo de Redacción

Revista evaluada por pares

EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral.

Fundación Gustavo Bueno  
Avenida de Galicia, 31  
33005 Oviedo (España)

<http://www.fgbueno.es/basilisco@fgbueno.es>

© Fundación Gustavo Bueno  
ISSN: 0210-0088

Diseño: Piérides C&S  
Composición: PERMESO S.L.  
Imprime: Hifer Artes Gráficas  
Depósito Legal: O-343-78

# EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Número 43  
julio-diciembre 2014

## INDICE

### Artículos

**Marcelino J. Suárez Ardura**

*¿Qué es la Geografía?*  
*Consideraciones gnoseológicas generales sobre la Geografía* / 3

**Julen Robledo**

*La ontología de Slavoj Žižek y su implantación política desde la perspectiva crítica del sistema del materialismo filosófico* / 51

**Carlos M. Madrid Casado**

*Huesos y banderas. De Atapuerca a la independencia de Cataluña* / 73

### NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

*El Basilisco, revista de materialismo filosófico*, considera para su publicación todos aquellos trabajos, relacionados con su temática y secciones, que le sean remitidos con este fin: artículos, notas, crítica de libros, noticias, &c.

1. Los trabajos se enviarán en versión electrónica de texto, junto con una carta del autor en la que ofrezca su original para ser publicado en EL BASILISCO, y confirme que el trabajo es inédito y no se encuentra sometido simultáneamente a examen por otra revista o publicación, así como cuantas circunstancias puedan parecer pertinentes a los efectos de su evaluación (incluyendo una breve referencia personal del autor, que incluya el año de nacimiento y sus datos biográficos y profesionales más relevantes). Todos los envíos deben hacerse, por correo electrónico o postal a la dirección abajo indicada. Se acusa recibo de oficio de todos los originales que son enviados a la revista.

2. Los trabajos deben estar escritos en español y ser inéditos. No se aceptan trabajos publicados anteriormente, que hayan sido enviados al mismo tiempo a otra revista o se encuentren en curso de publicación. Cada original debe incluir el título del trabajo (que será conciso e informará al lector del contenido esencial del texto); el nombre del autor, en su caso la institución a la que pertenece o en la que desarrolla actividades docentes o investigadoras, un resumen informativo del texto en español y en inglés (que no exceda las 150 palabras cada uno), un conjunto de palabras clave o keywords en español y en inglés (entre cuatro y siete), el texto principal, las notas y la bibliografía (si procede). Si el original contiene tablas, cuadros o ilustraciones, se presentarán por separado (indicando en el texto el lugar donde deben insertarse). Las notas llevarán numeración correlativa y se presentarán juntas al final del texto. Dado que los originales son evaluados anónimamente, se aconseja que los autores no se identifiquen en el propio texto.

3. Rogamos a los autores atiendan estas sugerencias tipográficas: [fgbueno.es/edi/basnor2.htm](http://fgbueno.es/edi/basnor2.htm)

4. Los originales se someten a un sistema anónimo de evaluación por pares de especialistas externos (*peer to peer review*). Posteriormente se decide si procede o no su publicación, notificándose a los autores en el menor plazo posible. La aceptación final estará condicionada a la revisión e incorporación de las correcciones contenidas en los informes de evaluación.

### Correspondencia

EL BASILISCO, Apartado 360  
33080 Oviedo (España)

Teléfono: [34] 985 245 857

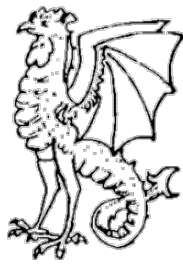
Fax: [34] 985 245 649

Correo electrónico: [basilisco@fgbueno.es](mailto:basilisco@fgbueno.es)

### Suscripciones

Particulares: 50 €/año  
Instituciones: 60 €/año





# ¿Qué es la Geografía?

## Consideraciones gnoseológicas generales sobre la Geografía

Marcelino J. Suárez Ardura

I.E.S. Alto Nalón

ORCID 0000-0002-7545-6390

---

### 1. Sentido de la pregunta por el estatuto de la Geografía

---

En este trabajo nos interesamos por dar respuesta a la pregunta sobre lo que sea la geografía<sup>1</sup>. La pregunta por la geografía —por su científicidad— es formulada por gran número de geógrafos<sup>2</sup>; y la serie de temas que suscita y controversias que en torno a ella se ha gestado a lo largo de la historia de la geografía involucra cuestiones que tienen que ver con lo que se entienda por el ser —la esencia— de esta disciplina. La pregunta por el ser o la esencia de la geografía, aún con todas las reservas que se quieran mantener con relación al término “esencia”, podría ser identificada con aquella que inquiriere por el “carácter” de la geografía. Dar cuenta del

---

(1) Así mismo, cabe interpretar este trabajo como una indagación crítica frente a la teoría del supuesto objeto de las ciencias. Desde la teoría del cierre categorial, presuponemos que las ciencias no tienen un objeto específico sea este la Tierra, la Vida, el Hombre, el Pasado o el Espacio, como se dice tantas y tantas veces sobre la geografía. No hay un objeto propio de cada ciencia y, sin embargo, generaciones de geógrafos están tan enredados en el *embrollo del objeto* que no se dan cuenta de la desorientación gnoseológica en la que están. La teoría del cierre categorial ha construido las coordenadas que nos permiten interpretar determinados espacios como espacios gnoseológicos, no ontológicos ni epistemológicos. Y ha recuperado para el análisis gnoseológico determinadas morfologías (gnoseológicas) que pudieran pasar por componentes de análisis epistemológicos, históricos y sociológicos. Seguramente, al profano, nuestros argumentos le sonarán a algo ya oído si se mantiene en una perspectiva epistemológica o histórica, pero no se trata de esto. El compromiso de la teoría del cierre categorial con la verdad como identidad sintética, a nuestro juicio, restablece los cursos subjetuales característicos de cada ciencia en un plano propiamente gnoseológico (en perspectiva diamérica), sin incurrir en reduccionismos psicológicos, sociológicos, &c.

(2) A título de ejemplo, podemos citar: Siso Quintero, Gerardo J.: “¿Qué es la Geografía?” en *Terra*. Vol. XXVI, Número 39, 2010. Págs. 147-182; Scheibling, Jacques: *Qu'est-ce que la géographie?* Hachette. Paris, 2010; Bonnet, Alastair: *What is geography?* Sage Publications. Londres, 2008.

carácter de la geografía es responder a la pregunta por el ser de la misma: ¿qué es la geografía?, ¿cuáles son su individualidad y su personalidad?<sup>3</sup>

Rara vez hemos tenido ocasión de encontrar una reflexión que al interesarse por aquello en lo que consista la geografía, proceda —ya previamente o en el curso de sus argumentos— a indicar, aunque sea mínimamente, cuál pueda ser el sentido de la pregunta. Parece ser que, dado que la mayor parte de los trabajos desarrollados sobre estos asuntos han corrido a cargo de “geógrafos profesionales”, está claro que la pregunta por el fundamento de la geografía es una más de las actividades características de los geógrafos. Ello explicaría el hecho según el cual los geógrafos no hayan tenido necesidad de dar respuesta a esta cuestión; o, dicho de otra manera, los geógrafos ni siquiera han visto la necesidad de formular interrogantes sobre cuál sea el sentido de una pregunta que se supone propia del quehacer ordinario de la geografía. Sin embargo, a poco que reparemos en preguntas como “¿qué confiere individualidad y personalidad a la geografía?” y “¿qué factores o condiciones se asocian o explican las formas de organización espacial que han formado... —se refiere a los grupos humanos—?”<sup>4</sup>, comprenderemos que estamos ante cuestiones de naturaleza muy distinta. Resumiendo mucho, diremos que la primera pregunta interroga por la esencia de una ciencia o disciplina desde el punto de vista de su unidad (individualidad y personalidad), pero también de su distinción con relación a otros saberes. Por el contrario,

---

(3) Estébanez Álvarez, José: “El carácter de la geografía” en Puyol Antolín Rafael (Coord.): *Geografía humana*. Pirámide. Madrid, 1992, pág. 16.

(4) Estébanez Álvarez, José: *Opus cit*, pág. 20.

la segunda pregunta no está orientada a reflexionar sobre disciplina alguna, ya que está formulada a una escala que es la de los términos y componentes fenoménicos entre los que el geógrafo pretende encontrar relaciones. La primera interroga *por* la disciplina mientras que la segunda pregunta *desde* la disciplina, lo cual ya supone un sistema de términos y operaciones. Esto se entenderá mejor si lo reexponemos de otra forma: mientras que la primera pregunta puede entenderse como una función a la que, entre otros valores, podemos asignarle la segunda como argumento, la segunda pregunta nunca podrá tener como argumento la primera sin quedar desvirtuado su sentido. Siempre podremos preguntarnos qué confiere individualidad y personalidad al “estudio de los factores y condiciones que se asocian o explican las formas de organización espacial de los grupos humanos”, pero nunca podremos formular una pregunta en la que nuestra primera interrogación haga el papel de argumento y la segunda de función, porque ello constituiría un sinsentido y no arrojaría ningún valor. Constatamos, pues, que la escala de ambas preguntas es distinta y que en modo alguno ajustan entre sí. Parece como si la pregunta por la Geografía (con mayúscula) fuese de un grado diferente a la pregunta por la geografía (con minúscula)<sup>5</sup>.

Por esta razón, cabe reconocer el interés de la pregunta por el sentido de la interrogación “¿Qué es la geografía?”. Y ello porque del ejemplo anterior extraemos el corolario según el cual si decimos que la segunda de nuestras demandas —¿qué factores o condiciones se asocian a, o explican, las formas de organización espacial que han formado...?— es una pregunta de carácter geográfico o que su sentido está dado en el contexto de una ciencia o disciplina llamada geografía, entonces la primera interrogación (“¿Qué confiere individualidad y personalidad a la geografía?”) ya no podrá ser vista en sentido geográfico. Porque el contexto en el que ha de ajustarse para cobrar sentido como pregunta ha variado.

En todo caso, a la hora de dar cuenta de la naturaleza de esta pregunta, debemos remitirnos al problema de las relaciones entre ciencia y filosofía. Pero esto no significa que nos hallemos ante dos disciplinas autónomas —la geografía y la filosofía—, institucionalizadas, que se enfrenten en virtud de sus diferentes contenidos. En realidad, el problema de las relaciones entre ciencia —geografía— y filosofía, no es otro que el problema

(5) Aunque la utilización de la distinción entre Geografía y geografía no es muy usada entre los geógrafos, hemos encontrado una geógrafa que sí la utiliza: “En el texto diferenciamos «Geografía» de «geografía». Usamos Geografía para referirnos al conjunto de discursos, instituciones, sujetos que conforman la tradición disciplinaria. Cuando escribimos geografía estamos refiriéndonos a procesos de producción espacial” (Zusman, Perla: “Geografías históricas y fronteras” en Hiernaux; Daniel & Lindón, Alicia: *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. Barcelona, 2006, pág. 176). Repárese en el paralelismo con la distinción entre «Historia» —*historia rerum gestarum*— e «historia» —*historia res gestae*—. Adviértase, así mismo, que el sentido de la distinción entre *Geografía* y *geografía* en cierta manera involucra la distinción entre *Historia* e *historia*, a la vez que es deudora de la teoría del objeto donde la *geografía* es el objeto de la ciencia llamada *Geografía*.

de las relaciones entre las diferentes ciencias<sup>6</sup>. “¿Qué es la geografía?” nos remite, por lo tanto, a un contexto objetivo —un contexto de colisión entre la geografía y otras ciencias— que supone un *regressus* hacia las ideas filosóficas. Se trata de un *regressus* obligado por fricciones fronterizas objetivas —unidad y distinción de las ciencias—. En modo alguno se trata de un “mito etnológico” que brotase como una ideología destinada a recubrir los intereses pragmáticos de la comunidad de los geógrafos.

Las manifestaciones fenoménicas de esta dialéctica entre la geografía y el resto de las ciencias, en el contexto de la biocenosis constitutiva de la *república de las ciencias*, se presentan de múltiples formas: como perplejidad y dolor de los geógrafos por la situación en la que se halla su disciplina; como una situación de amenaza en la que se encontraría la geografía; interpretándola como ciencia interdisciplinar, unas veces, o como ciencia ecléctica, otras; algunos geógrafos han utilizado la distinción entre “ciencia abierta” y “ciencia cerrada”, concibiendo al gnoseólogo como si fuera un etnólogo, otros rechazan la pregunta por la ciencia —la geografía— prefiriendo, ingenuamente, centrarse en el “objeto” —el espacio—, presuponiendo que con esto quedarían al margen de premisas “esencialistas” o metafísicas; también se ha interpretado el estado de las ciencias geográficas como una situación de crisis continua; hay, por último, quienes entienden el discurso geográfico a la manera de los discursos literarios<sup>7</sup>. Estas manifestaciones son sin duda confirmación de ciertas nematologías<sup>8</sup> ejercidas de forma espontánea en el seno del gremio geográfico, cuando no ocurre que están canalizadas desde determinadas filosofías de la ciencia —a veces desde una perspectiva ontológica, a partir de la distinción naturaleza/cultura, a veces, desde una perspectiva pragmática, como cuando se habla de ciencias empírico-analíticas frente a ciencias histórico-hermenéuticas—.

Pero tal contexto objetivo —y esta es la tesis que pretendemos desarrollar aquí— supone el desbordamiento de los campos categoriales, y no se podrá decir que es geográfico o biológico o matemático. La pregunta por lo que sea la geografía se formula en el contexto de la discusión sobre la distinción y unidad de las ciencias, a la escala de sus *capas metodológicas*. Se trata de un contexto objetivo, no psicológico ni sociológico, sino histórico-cultural. La respuesta al interrogante sobre la geografía dependerá en todo caso de la idea de ciencia que se tenga. Desde la perspectiva gnoseológica del materialismo filosófico, podríamos interpretar el contexto objetivo constitutivo de la pregunta por la naturaleza de la geografía como la

(6) Bueno Martínez, Gustavo: *¿Qué es la ciencia? La respuesta del cierre categorial*. Pentalfa. Oviedo, 1995, pág. 101.

(7) Levy, Bertrand: “Geografía y literatura” en Hiernaux; Daniel & Lindón, Alicia: *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. Barcelona, 2006. Págs. 460-480.

(8) Bueno Martínez, Gustavo: *Cuestiones cuodlibetales sobre Dios y la religión*. Mondadori. Madrid, 1989, pág. 88.

confrontación entre las distintas alternativas gnoseológicas sobre la idea de ciencia. No será lo mismo la respuesta de un *teoreticista* que la de un *adecuacionista*, la de un *descripcionista* que la de un *circularista*. Ni siquiera la filosofía espontánea de los geógrafos podría ser entendida como del todo ajena a tales alternativas. Reproducimos las palabras de Gustavo Bueno:

“La teoría gnoseológica de la ciencia es, según lo que hemos dicho, una teoría filosófica. No es una teoría científica (psicológica, sociológica, &c.), ni tampoco cabe concebirla como una «ciencia de la ciencia», al menos cuando nos situamos en la perspectiva de la teoría del cierre categorial. El conjunto de las ciencias no constituye una categoría en torno a la cual pudiera establecerse un cierre categorial característico.”<sup>9</sup>

En adelante, analizaremos algunas de las manifestaciones más frecuentes de ciertos geógrafos a la hora de enfrentarse implícita o explícitamente a la pregunta “¿Qué es la geografía?”, o preguntas similares, pero cuyo planteamiento va dirigido a interrogar sobre la esencia de esta disciplina.

Hay geógrafos que se lamentan de la concepción que de la geografía tienen los profanos. En este sentido, podríamos interpretar la pregunta por el carácter de la geografía como un síntoma del conflicto de las disciplinas, que algunos verán casi como un dolor:

La imagen que se hacen las personas profanas de la geografía no se corresponde, como es lógico, con la situación científica en la que se desenvuelve. Casi siempre la geografía se identifica como una ciencia “ingenua”, con repertorio de nombres, cabos, golfos o con un catálogo de datos sobre población y principales producciones de países. Son muchos también los que se imaginan la profesión del geógrafo como algo relacionado con la elaboración y empleo de mapas, y no faltan, por último, los que consideran al geógrafo ligado al mundo de los viajes, quizás turísticos y exploraciones. Esta visión, tan alejada de la producción científica actual de la geografía se justifica por la *triste experiencia* (sn) de la enseñanza geográfica recibida en la escuela y en el bachillerato y por las experiencias vivenciales de carácter geográfico de que disponen todas las personas.<sup>10</sup>

A nuestro juicio, en este texto, el geógrafo se duele de una disciplina incomprendida, e interpretada de forma vulgar. De ahí que la pregunta sea susceptible de ser entendida como un síntoma, que es el dolor de los geógrafos por cierta situación de incompreensión. Desde otra perspectiva, algunos geógrafos verán la pregunta por la geografía como un tumor maligno que habría que extirpar de una vez. Se trataría de una situación que se manifiesta como enquistada:

(9) Bueno Martínez, Gustavo: *Opus cit*, pág. 18.

(10) Estébanez Álvarez, J.: *Opus cit*, pág. 18.

Pero lo que dicho examen precisa es un modo de “pensar como geógrafo” profundamente distinto de algunos de los intereses tradicionales manifestados dentro de la geografía como disciplina, ya que el problema de esta ha sido una búsqueda de una “esencia” y de una “naturaleza” exclusivamente definidas que la aparten claramente de todas las demás disciplinas de las ciencias sociales y naturales.<sup>11</sup>

Así pues, la pregunta por la naturaleza de esta ciencia lejos de concebirse como una vía hacia la solución es ella misma la región tumorada. La pregunta es una equivocación que habría que extirpar. Veamos como lo expone Harvey, incurriendo en una viciosa petición de principio:

No hay, insisto, una “naturaleza” de la Geografía que se deba encontrar. La búsqueda de dicha esencia está profundamente equivocada o es incluso contraproducente (en especial cuando los individuos o grupos piensan que la han encontrado). Pero el “pensar como geógrafo” está en todas partes. Aprender a pensar “con sensatez” y “adecuadamente” como geógrafo es un atributo profundamente importante del mundo actual. Aquí es donde debe funcionar el campo metodológico unificado de la geografía.<sup>12</sup>

Ya para concluir con esta línea argumentativa, citaremos las palabras de Milton Santos para quien la preocupación por la naturaleza de la disciplina también sería algo así como una equivocación que haría interminables los debates en torno a un problema que a su juicio se presentaría como puramente banal. Milton Santos propondrá, entonces, con la ingenuidad de quien no alcanza a distinguir el plano ontológico del gnoseológico, dirigir la mirada no a la geografía sino al objeto de la misma:

La respuesta a esa indagación se busca, con frecuencia, en una interminable discusión sobre qué es la geografía. Tal pregunta ha recibido las respuestas más disparatadas y, raras veces ha permitido ir más allá de formulaciones tautológicas. No por lo que algunos geógrafos afirman explícitamente, sino por lo que muchos practican, la geografía es lo que hace cada cual y, así, hay tantas geografías como geógrafos. Por tanto, a la pregunta “¿qué es la geografía?”, y con el pretexto de la libertad, la respuesta acaba constituyendo un ejercicio de fuga. Discurrir, aunque sea exhaustivamente, sobre una disciplina, no sustituye lo esencial, que es la discusión sobre su objeto. En realidad, el corpus de una disciplina está subordinado al objeto y no al contrario.<sup>13</sup>

Como se ve, estamos intentando argumentar que la pregunta por la geografía, por su esencia o carácter debe entenderse en un contexto objetivo, de naturaleza

(11) Harvey, David: *Espacios del capital*. Akal. Madrid, 2007, pág. 248.

(12) Harvey, David: *Opus cit*, pág. 249.

(13) Santos, Milton: *La naturaleza del espacio*. Ariel. Barcelona, 2000 pág. 16.

filosófica, es decir, la pregunta por la geografía no parece que tenga naturaleza geográfica sino que es más bien de otra índole. La inquisición por la esencia de la geografía no se formula como resultado de la curiosidad cognoscitiva —se dirá— de los geógrafos —un reduccionismo psicológico—. Lo que nos encontramos como trasfondo de este interrogante es una situación de anomalía, de una heterogeneidad de fenómenos, teorías, debates, objetos, &c. que no parecen poder — si es que tiene sentido esta expresión— encontrar un sistema de términos, operaciones y relaciones en torno al cual ordenarse categorialmente. Esta situación de anomalía puede verificarse a lo largo de la historia de la disciplina y resurge más virulentamente en determinados momentos. Muchos geógrafos interpretan las polémicas en torno a la geografía como mecanismos de cambio de paradigma, como momentos revolucionarios o contrarrevolucionarios<sup>14</sup>. Pero lo cierto es que, sin perjuicio de que los geógrafos se sitúen en una perspectiva u otra, como ya hemos dicho, las discusiones sobre el carácter de la geografía están dadas a otra escala.

Veamos algunos botones como muestra, empezando con la percepción de la misma “crisis” de la geografía por los propios profesionales de esta disciplina. A este respecto, son paradigmáticas las palabras del geógrafo José Ortega Valcárcel en su enciclopédica obra *Los horizontes de la geografía*:

conviene tener en cuenta que sigue sin existir una teoría del espacio geográfico, es decir, un marco teórico que permita ordenar objeto, herramientas, conceptos, discurso. Conviene no olvidar que la geografía sigue fragmentada en numerosas ramas y disciplinas con escasa o nula comunicación entre sí. Que la geografía carece de un discurso unitario y que es difícil construir un discurso geográfico que integre los resultados de las llamadas disciplinas geográficas. Y es necesario tener en cuenta que viejas cuestiones de la geografía moderna siguen planteadas, en términos similares, cien años después sin aparente respuesta.<sup>15</sup>

Qué ocurriría si esta situación, digamos, de “provisionalidad” que describe Valcárcel fuera el pan de cada día de las ciencias biológicas o químicas? Lo cierto es que ciencias como la química o la biología son la textura institucional —objetiva— en la que se desenvuelve el trabajo de los respectivos profesionales. Pero, contrariamente, en el caso de la geografía, es esta la que parece consistir en “aquello que hace cada geógrafo”. De ahí que se busque equivocadamente un acuerdo o un consenso y que se haga referencia a la falta de consenso entre los geógrafos. Pero desde una

perspectiva que conciba a las ciencias como texturas institucionales —supraindividuales— no cabe reducir cada ciencia o disciplina a la voluntad de consenso o/y acuerdo sobre la misma por parte de los científicos. Sea dicho sin perjuicio de que haya que reconocer que la geografía contiene constitutivamente acuerdos pero también enfrentamientos sin que esto signifique poner en duda su unidad gnoseológica.

Hace más de treinta años el geógrafo francés Paul Claval reconocía en el prefacio de su obra, *La evolución de la geografía humana*, una situación de malestar, como consecuencia de las discusiones entre los partidarios de la geografía regional de la tradición y de las generaciones que pugnaban por hacer un hueco en la academia a la nueva geografía llamada cuantitativa. Claval manifestaba:

Poco a poco llegué a concebir la idea de que nuestras dudas proceden del conflicto entre dos conceptos de la geografía: un enfoque tradicional que he denominado clásico, orientado hacia el pasado y la reconstrucción regional, y una interpretación de futuro que todavía no está segura de sus caminos pero que tiene un papel mayor en la investigación actual.<sup>16</sup>

Sin embargo, para Claval la geografía no estaba amenazada, aunque, a la vez, admitía que otras disciplinas podrían hacerse cargo de los saberes geográficos con absoluta solvencia:

No creo que la geografía esté amenazada: las disciplinas espaciales se hacen cada vez más necesarias en un mundo que se modifica a un ritmo cada vez más rápido. Lo que está amenazado es la enseñanza de la geografía tal como se concibe actualmente y el cuerpo de los geógrafos que en ella se han formado. Los profesores son contrarios a cualquier cambio en los métodos pedagógicos: tienen razón al no querer sacrificar métodos ya experimentados pero no ven que es urgente complementarlos. Sin esto último, los geógrafos, fieles a la tradición clásica quedarán confinados a puestos oscuros mientras que la geografía la practicarán economistas, urbanistas e ingenieros que tendrán la formación necesaria para asimilar la parte moderna de nuestra disciplina.<sup>17</sup>

Sin duda, el entrenamiento en técnicas cuantitativas formó y forma parte importante del acopio de saberes y técnicas que han de tener los geógrafos. En todo caso, lo que plantea aquí Claval desvela que él mismo está envuelto por una situación objetiva que no puede percibir con claridad y distinción. La cuestión es, en efecto, que otros profesionales pueden hacerse cargo solventemente (economistas, urbanistas e ingenieros) de la parte moderna de la geografía. Pero no se puede argumentar, con toda ingenuidad que ello se deba a

(14) “Con respecto a esto hay que reconocer en primer lugar que toda división disciplinaria es en sí misma contrarrevolucionaria.” En “Harvey, David: *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI, Madrid, 1979, pág. 154

(15) Ortega Valcárcel, José: *Los horizontes de la geografía*. Ariel. Barcelona, 2000, pág. 552.

(16) Claval, Paul: *La evolución de la geografía humana*. Oikos-Tau. Barcelona, 1981, pág. 11.

(17) Claval, Paul: *Opus cit*, pág. 13.

una mejor preparación en técnicas cuantitativas, &c., porque, por un lado, este tipo de argumento si bien puede responder al hecho según el cual un geógrafo tenga peor o mejor formación, por otro, no aclara nada en cuanto a las operaciones objetivas de otros profesionales (economistas, urbanistas, &c.) y si ciertos economistas están mejor preparados en cuestiones espaciales tanto mejor para la geografía, porque en todo caso las operaciones objetivas de tales profesionales los estarían convirtiendo en geógrafos. No se trata, pues, de que el edificio desaparezca porque los artesanos provenientes de otros gremios, de otras “ramas de la industria” desempeñen la “labor geográfica” sino de la “labor geográfica misma en un sentido gnoseológicamente formal”. Porque si la “labor geográfica”, en sentido gnoseológico formal es la que desaparece absorbida por la economía, integrándose plenamente como partes formales de la misma ciencia económica entonces la cuestión es otra, y muy distinta. Así pues, las reflexiones de Claval dan testimonio de esa situación de falta de orden, método, herramientas, concepto y discurso del que nos habla Valcárcel. Sin embargo, no será Paul Claval el único caso que podamos aducir. Otros geógrafos plantean que las distintas corrientes en las que se inscriben no pueden entenderse agotando la geografía misma y por eso la geografía no debe ser confundida con la práctica geográfica de cada geógrafo. Ello llevará incluso a hablar de una geografía ecléctica como parecen mantener algunos en la actualidad. Así, Max Derrueau en la obra *Geografía humana* llegaría a decir:

Esta obra no pretende imponer una concepción de la geografía y desea pues ser ecléctica. La geografía progresa con el descubrimiento de nuevos métodos, pero nadie tiene derecho a imponer estos nuevos métodos como un credo. Que cada uno tenga su geografía. Pero que no crea que *su* geografía es *la* geografía. No nos sorprenderá pues encontrar aquí algo que se parezca a una mezcolanza: todo lo que el lector debe conocer antes de hacer su elección.<sup>18</sup>

Aunque la obra de Max Derrueau fue escrita en 1976, la idea de eclecticismo y mezcolanza permanece viva aún hoy entre los geógrafos. Félix Pillet<sup>19</sup> caracteriza la situación de la geografía de finales del siglo XX como una situación de eclecticismo que supondría la integración de diferentes corrientes en un corpus teórico —en realidad, el autor no habla de corrientes ni de escuelas sino de “distintas geografías”, dando por hecho lo que quiere combatir—<sup>20</sup>. Pero, en todo caso, lo que podemos constatar es la concepción por parte de los geógrafos —una concepción que se percibe confusa y oscura— de una situación de las ciencias geográficas en permanente crisis. Los problemas de la unidad y distinción aparecen

una y otra vez a nada que los geógrafos pretendan construir una elaboración conceptual de lo que sea la geografía. El mismo Félix Pillet dice:

El análisis de la nueva realidad, de la dimensión territorial (desarrollo local —desarrollo rural territorial) como contrapunto y complemento del propio proceso de globalización, implica la renovación de nuestra disciplina, la redefinición de sus conceptos centrales y en particular del espacio entendido como lugar, como elemento clave de las desigualdades (García Ballesteros, 1998 a); y, sobre todo, necesita de la unidad de la geografía, de reconducir su actual proceso en una necesaria reconciliación y complementariedad entre las distintas ramas, tanto físicas como humanas (López Ontiveros, 1996, 124) acertando en la relación “generalismo y especializaciones” (Gómez Mendoza, 2001 a 27). Colaboración que pasa por un criterio antropocéntrico según el cual, como han reconocido diversos autores, si la geografía no es humana no es geografía (Capel, 1998, 5), o lo que es lo mismo, “la geografía es esencialmente geografía humana, es también sobre todo geografía regional” (García Estébanez, 2001, 34) lo que origina que la geografía física (Ortega, 2000, 544) no debe subordinar lo social.<sup>21</sup>

En efecto, han pasado muchos años desde que en 1976 Max Derrueau publicara su *Geografía humana*, pero las cuestiones planteadas en el texto de Pillet en poco se diferencian de las que Max Derrueau planteaba en su momento:

Pero el objeto y el método de la geografía humana son siempre diferentes de los de sus vecinas, de tal suerte que querer confundirla con una ciencia humana general, como aconsejan quienes no la conocen, suprime su problemática y la reduce a un inventario meramente formal.

En el interior de la geografía humana tradicional se abrieron camino diferentes tendencias de acuerdo con la personalidad de los diversos autores. Por ejemplo, Max Sorre insistió en los aspectos biológicos de la adaptación, constituyéndose así como el precursor de lo que más tarde se estudiará desde la perspectiva de la ecología; Roger Dion insistió en el papel de la historia y de su peso sobre el presente. Sin embargo, la unidad del enfoque no dejó por eso de ser muy notable hasta la terminación de la guerra de 1939-1945.<sup>22</sup>

Lo que se pone de manifiesto es una situación de anomalía en la geografía. Y esta anomalía no siempre es percibida por los propios geógrafos en cuanto tales, toda vez que las polémicas, el conflicto, los trasvases de modelos de otras ciencias, las inconmensurabilidades entre determinadas disciplinas geográficas suelen ser vistas como circunstanciales o coyunturales. Los geógrafos ejercen una idea de geografía acaso aureolada<sup>23</sup> según la cual piden el principio de la existencia de una

(18) Derrueau, Max: *Geografía humana*. Vicens. Barcelona, 1985, pág. 15.

(19) Pillet, Félix: *Espacio y ciencia del territorio*. Biblioteca Nueva. Madrid, 2008.

(20) Pillet, Félix: *Opus cit*, pág. 84.

(21) Pillet, Félix: *Opus cit*, pág. 84.

(22) Derrueau, Max: *Geografía humana*, pág. 21.

(23) Bueno Martínez, Gustavo: *La vuelta a la caverna. Terrorismo, guerra y globalización*. Ediciones B. Barcelona, 2004.

*ciencia de síntesis* a la que denominan geografía. Y ello, acaso, porque están “mirando” a otras ciencias maduras de su entorno gnoseológico. Pero la representación que cada geógrafo desarrolla no tiene por qué corresponder con la efectividad objetiva que constituye a la geografía, por una parte, ni al ejercicio del mismo, por otra – dado a la escala de las *capas básicas* de la geografía-. Así mismo, tampoco las ideas de geografía-ficción que se les pueda ocurrir tienen por qué ser racionales a tenor, muchas veces, de las contradicciones a las que conducen. Se dibuja un cuadro, pues, que parece manifestar una crisis permanente desde la constitución de la disciplina en el siglo XIX. El lugar de la geografía<sup>24</sup> en el sistema de las ciencias<sup>25</sup> parece un espacio difícil de localizar y cartografiar. Los intentos de construcción de explicaciones se ven constantemente desbordados por los “absurdos” a que conducen sus propios presupuestos. Algunos geógrafos desisten incluso de buscar ese lugar y se refugian en ideas tan problemáticas como la idea de interdisciplinariedad<sup>26</sup>. No se trata de analizar aquí el concepto de interdisciplinariedad, pero es obligado decir que lejos de dar solución a la problemática gnoseológica de la geografía nos pone en el centro del problema, dado que él mismo supone la existencia de disciplinas. Alain Reynaud utiliza el concepto de “ciencia abierta” frente a “ciencia cerrada”, intentando caracterizar así la situación de la geografía como la de una ciencia abierta que posibilita una combinatoria de factores en virtud de una “dominante”. Pero la idea de dominante carece de rigor gnoseológico y, a la postre, se resuelve en el concepto de interdisciplinariedad<sup>27</sup>. En todo caso, las propuestas de Reynaud constituyen una crítica al planteamiento mismo de la unidad de la geografía resolviendo sus argumentos desde un punto de vista gnoseológico pragmático cercano a las tesis de Kuhn, e incluso de Bruno Latour, con su comparación de las ciencias interpretadas en un sentido próximo a aquel según el cual los etnólogos identifican las esferas culturales:

La unidad de la geografía es, pues, como hemos visto, un mito el cual procede ante todo de una interpretación etnológica. Lo mismo que para las poblaciones llamadas primitivas “la humanidad cesa en las fronteras de la tribu, del grupo lingüístico o a veces incluso de la aldea”, la “tribu” de los geógrafos ha puesto interés en afirmar su superioridad frente a otras tribus científicas. Para mostrar su originalidad, los geógrafos utilizan incansablemente los mismos argumentos, a pesar de que sus fundamentos epistemológicos no son muy seguros. Pero ¡qué importa!

(24) Unwin, Tim: *El lugar de la geografía*. Cátedra. Madrid, 1995.

(25) Murcia Navarro, Emilio: *La Geografía en el sistema de las Ciencias*. Universidad de Oviedo. Oviedo, 1995.

(26) El concepto de interdisciplinariedad, de alguna manera, pide el principio. Pretende disolver aquello que necesita para constituirse: las disciplinas o ciencias. Podríamos utilizar la expresión “baciuelmo”, empleada por Cervantes en el Quijote, para caracterizar conceptos como el de “interdisciplinario”.

(27) Reynaud, Alain: “El mito de la unidad de la geografía” en *Geocrítica. Cuadernos críticos de geografía humana*. Número 2. Marzo, 1976, pág. 17.

en realidad dichos argumentos están con frecuencia destinados más a tranquilizar a los mismos geógrafos que a convencer a los especialistas escépticos o a un público indiferente.<sup>28</sup>

Ahora bien, desde nuestra perspectiva debemos señalar, sin perjuicio de que la unidad de la geografía sea o no un mito, que el planteamiento sobre si la geografía es una ciencia o no, es decir, la pregunta por su lugar en el sistema de las ciencias deja de ser un mito en el entorno de una biocenosis de instituciones científicas, disciplinas, tecnologías y otros géneros de saberes, porque la pregunta o las discusiones en torno a la unidad de una ciencia brota *-in media res-* del conjunto heterogéneo de las multiplicidades institucionales que denominamos con el término de saberes<sup>29</sup>. Por otra parte, el planteamiento pragmático de Reynaud nada dice de los otros ejes (sintáctico y semántico) que componen el sistema de coordenadas gnoseológicas que constituyen una ciencia. O, dicho de otro modo, la perspectiva de Reynaud diluye importantísimas cuestiones sintácticas y semánticas involucradas en la problemática de la unidad y distinción de la geografía en explicaciones de tipo sociológico. Las palabras de Ortega Valcárcel recogen, a nuestro juicio, con toda claridad la fisonomía de un paisaje abigarrado que dificulta enormemente el tránsito:

La geografía se nos presenta, al terminar el siglo XX, y en el quicio del tercer milenio, como una disciplina en la que sigue sin existir unanimidad en lo que concierne a su naturaleza científica, a su propia existencia como disciplina unitaria a las exigencias metodológicas que requieren su cultivo y a la delimitación de su campo de conocimiento.<sup>30</sup>

Cuando proyectamos sobre este abigarrado paisaje el foco de la pregunta por el carácter de la geografía, comienza a esbozarse su sentido: será entonces esta situación a la que podríamos denominar como “dialéctica de la geografía” en el contexto de otras ciencias y de la filosofía. A la pregunta “¿qué es la geografía?” podrá atribuírsele la función de un síntoma, un síntoma que no parece remitir, en el contexto de la dialéctica de las ciencias y la filosofía y que puede ser asimilado a una enfermedad o a una crisis *sui generis*. Cuando vinculamos la pregunta por el ser de la geografía a la dialéctica de las ciencias y disciplinas geográficas estaríamos determinando la razón de ser de la pregunta misma. Así pues, el sentido de la pregunta por el estatuto de la geografía parece quedar proyectado en este contexto. Con razón, David Harvey señala que “no puede darse una respuesta científica a una pregunta filosófica”<sup>31</sup>. Yves Lacoste representa esta

(28) Reynaud, Alain: *Opus cit*, pág. 17.

(29) Álvarez, Juan Ramón: “Geografía y filosofía de la ciencia” en *Finisterra. Revista portuguesa de Geografía*. Volumen XIII. Número 26. Centro de Estudios Geográficos. Lisboa, 1978. Págs.169-200.

(30) Ortega Valcárcel, José: *Los horizontes de la geografía*. Ariel. Barcelona, 2000, pág. 553.

(31) Siso Quintero, Gerardo J.: “¿Qué es la geografía?” en *Terra*. Vol. XXVI. Número 39, 2010. Págs. 148.



situación en una obra muy festejada por los profesores y estudiantes de geografía de las décadas de 1970 y 1980 mediante el siguiente relato:

En un poblado indio, cinco ciegos meditaban acerca de su común invalidez. “¿Qué es un elefante?”, se preguntaban. Los habitantes del pueblo, cansados de describir la anatomía del elefante, aprovechan el paso de un príncipe por su poblado para presentar uno de sus cuarenta elefantes a los ciegos. El primero coge la cola y afirma: “Un elefante es una cuerda”. El segundo replica, cogiendo la trompa: “No, es un tubo”. El tercero, apoyado en el flanco rectifica: “Un elefante es una pared”. El cuarto, después de haber palpado una pata, afirma perentorio: “Es una columna”. Después de haber dado la vuelta al animal, el último dirigiéndose al cornac, le pregunta: “¿Pero para qué sirve?”. “Mi amo utiliza el elefante cuando sale al campo o cuando va a un desfile”...<sup>32</sup>

Este relato permite hacer una analogía con relación a la dialéctica de la geografía. El sentido de la pregunta “¿Qué es un elefante?” remite a un contexto objetivo constituido por las indagaciones y las teorías de cada uno de los sabios ciegos en torno, diríamos, a la esencia del elefante. La pregunta por el elefante es presentada al principio del relato como anterior a las propias discusiones de los ciegos —*ordo cognoscendi*—, pero resulta que, sólo cuando concebimos la dialéctica de las distintas contestaciones *in media res* brota la pregunta. Ello significa que esta dialéctica es —*ordo essendi*— anterior a la pregunta. *Mutatis mutandi*, podríamos decir lo mismo de la geografía, con relación a su estatuto gnoseológico o lugar en el sistema de las ciencias, para emplear la expresión de los propios geógrafos. Este planteamiento está plenamente ejercido por Lacoste, aunque su representación siga otros derroteros. Lo cierto es que la pregunta “¿para qué sirve un elefante?” es transformada en “¿para qué sirve la geografía?” Pero Lacoste dirá que la pregunta hubiera podido formularse como “¿qué es la geografía?”<sup>33</sup> Y prosigue, situándose así en el centro de la dialéctica:

—¿Una ciencia o una ideología? ¿Un discurso literario parásito de las demás disciplinas?

—¿Qué estatuto epistemológico posee? ¿Qué posición ocupa en el campo del saber? ¿Encrucijada entre las ciencias sociales y las ciencias naturales? ¿No está condenada a desaparecer en favor de una refundición de las ciencias sociales?

—¿La geografía no es víctima de haber ignorado o rechazado el marxismo? ¿Es reaccionaria? ¿Hay que destruirla?<sup>34</sup>

A nuestro juicio, queda plenamente demostrado el sentido de la pregunta por la esencia de la geografía. El volumen de cuestiones que suscita Yves Lacoste con su planteamiento, lejos de reducirse a superficiales discusiones bizantinas dadas en el eje pragmático de la geografía —en sus *capas metodológicas* más que en sus *capas básicas*—, desborda el propio campo geográfico y plantea problemas que tienen que ver, así mismo, con las ideas y concepciones de la Ciencia, de la Verdad, y aun del Mundo que se tenga. “Ideología”, “disciplinas”, “estatuto epistemológico”, “saber”, “ciencias sociales”, “ciencias naturales”, “ciencia reaccionaria” son términos que invitan a *una reflexión de un grado distinto* y que aquí no podemos llevar adelante con toda exhaustividad.

Por otra parte, este planteamiento no hace sino recoger un debate, que podríamos retrotraer hasta la época del propio Alejandro de Humboldt, heredado de la filosofía idealista y de una filosofía de la naturaleza monista y que han ido reproduciendo, según distintas modulaciones a lo largo de la historia de la geografía, los geógrafos encuadrados en corrientes, escuelas o plataformas cognoscitivas diferentes. En este sentido, cabe ponerse a resguardo de aquellas afirmaciones que puedan suponer que la pregunta por la esencia de la geografía carece de sentido, bien porque se argumente que de lo que se trata es de “hacer geografía” y no de dar vueltas a cuestiones de “esencia”, dicho a la manera de David Harvey: se trataría de “pensar como geógrafo”<sup>35</sup>. Efectivamente, todas las cuestiones removidas no pueden dejar de reproducirse una y otra vez, en virtud de la propia dialéctica de las ciencias. No se trata de prescribir qué debe ser la geografía sino de ver cuál es su dinámica, su dialéctica en términos de un complejo heterogéneo anómalo —por supuesto, en virtud de una idea canónica de ciencia—. Los geógrafos podrán seguir intentando encontrar el lugar de la geografía y construyendo teorías y modelos que den cuenta —al menos intencionalmente— de ese recóndito lugar. Otra cosa será que esa cartografía verifique un paisaje realmente existente o que no sea más que el reino de Jauja.

Ahora bien, si la pregunta por la naturaleza de la geografía tiene algún sentido, cuando la remitimos al contexto de la “dialéctica de la geografía”, se desdibuja la escala geográfica de la misma. Ya hemos señalado más arriba que la naturaleza de la pregunta “¿qué es la geografía?” no es de tipo geográfico. Esta es una cuestión muy comprometida. Son principalmente los geógrafos quienes la formulan en el despliegue de su oficio; por ello, parece que serían los geógrafos, en cuanto tales, quienes deberían responderla. No obstante, no hay que perder de vista el contexto dialéctico en el que cobra sentido la pregunta. En efecto, son los geógrafos quienes se plantean cuestiones con mayor o menor profundidad sobre aquello que pueda ser la geografía, aunque

(32) Lacoste, Yves: *La geografía: un arma para la guerra*. Anagrama. Barcelona, 1977, pág. 151.

(33) Lacoste, Yves: *Opus cit.*, pág. 151.

(34) *Ibidem*.

(35) Harvey, David: *Opus cit.*, pág. 249.

digamos por analogía que este contexto dialéctico se configura como un paisaje peculiar lo cierto es que la interrogación por el lugar de la geografía no va referida a una localización determinada en el espacio geográfico sino en el espacio gnoseológico.

Podemos utilizar las reflexiones que Ortega Valcárcel vierte en el epílogo de *Los horizontes de la geografía* para caracterizar una situación dialéctica que, a la vez, envuelve las operaciones de los propios geógrafos. Los problemas de la naturaleza de la geografía estarían relacionados con cuestiones metodológicas sin duda; pero, sobre todo, con la disputa sobre la unidad y la distinción con relación a otras ciencias o disciplinas. Sería esta una disputa que se convierte en interminable impidiendo acaso la cristalización de un campo propiamente geográfico que la caracteriza por su indefinición en el marco de otras ciencias perfectamente definidas y delimitadas. Los problemas metodológicos no solo no ayudan a la conformación del campo geográfico sino que acaban profundizando la situación de provisionalidad. Ante esta situación a nadie debería extrañarle que el rasgo más característico de la geografía sea la permanente discusión en torno a su “esencia”. El mismo Valcárcel afirmará que las preguntas que interrogan por el fundamento de la geografía “resultan ser preguntas sin fácil respuesta”<sup>36</sup>. Las fuentes que alimentan tal situación de crisis derivan de la dicotomía entre la geografía física y la geografía humana, que se agudiza cuando se suma a la fragmentación que supone considerarla, por un lado, ciencia humana y, por otro, ciencia intermedia —de síntesis, se dirá— entre las ciencias humanas y las ciencias naturales. No está claro tampoco cuál pueda ser el “objeto” de la geografía, el objeto que hace del “conocimiento geográfico” algo específico. Pero tampoco conceptos que durante mucho tiempo fueron nucleares quedan delimitados con nitidez. A todo este nudo de problemas, que podríamos caracterizar como principalmente gnoseológicos, habría que añadir una serie de cuestiones ontológicas<sup>37</sup> derivadas de las propias configuraciones fenomenológicas con las que se enfrenta el quehacer del geógrafo: problemas medioambientales, globalización, desigualdades sociales, gestión del territorio, paisajes, &c. Sin duda, estas nuevas situaciones reavivan con una modulación diferente, antiguos problemas metodológicos y ponen de manifiesto una vez más las cuestiones de la unidad y la distinción de las disciplinas geográficas. Acaba señalando Valcárcel que la geografía solo ocupará un lugar de prestigio en la sociedad actual en virtud “de la capacidad de los propios geógrafos para comprender su disciplina”<sup>38</sup>.

(36) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 552.

(37) Pero, en realidad, tales cuestiones ontológicas son el envés del plano gnoseológico.

(38) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 554.

No parece que se pueda cargar a cuenta de la capacidad de los propios geógrafos la labor de desenredar el embrollo de la geografía. Primero, porque las fibras que lo constituyen ni se reducen ni se agotan en la racionalidad interna de la textura gnoseológica geográfica. Lo que sea el “objeto” de la geografía se delimita en el contexto de los “objetos” de otras ciencias, lo cual supone ya la existencia de problemas fronterizos objetivos, imposibles de eliminar, aunque se hable de “ciencia abierta” o de “interdisciplinariedad”. Esto remite a un corolario según el cual se podrá decir que en el proceso de apropiación de su “objeto” cada ciencia, al establecer sus límites establece los límites de las demás, de donde se deduce que el geógrafo —en nuestro caso— ha de trascender necesariamente las fronteras de su ciencia —la misma idea de ciencia, de objeto, y de unidad son transcendentales a una ciencia particular sea la geografía o no—. En segundo lugar, advertimos que las fibras enredadas en este nudo no solo involucran conceptos científicos sino también ideas filosóficas. Es decir, las ideas de “objeto”, “unidad”, “parte”, “todo”, “ciencia natural”, “ciencias humanas” con las que se opera al querer desatar el nudo no pertenecen a una ciencia concreta y específica más que a otra sino a todas o dicho de otra manera están dadas a una escala de un grado distinto. Reconocer esto significa negarles su naturaleza de conceptos categoriales, no porque carezcan de una estructura conceptual sino porque esta estructura conceptual es la de las ideas que constituyen la filosofía según una tradición que habría que remitir a Platón<sup>39</sup>. En tercer lugar, porque sería una ingenuidad —con esto queremos decir una ingenuidad objetiva, atinente a las cosas mismas— pensar en la posibilidad de desatar un nudo cuya naturaleza pensamos que es “estructural”. En todo caso, esto no tiene porque significar que negamos la posibilidad de disociar las fibras que lo constituyen, desvelando hacia dónde conducen, verificando la conexión, si la hubiera, entre los extremos del mismo o si cada hilo es independiente de los otros, o si conduce directamente a anacolutos, para comprobar si las mismas fibras responden no a verdaderos nudos sino a falsos nudos o pseudonudos más propios de los intereses gremiales del oficio de geógrafo, o, por último, para confirmar que no por tirar de un solo hilo se desata el tejido si, como presuponemos, estamos en la idea de *symploké*.

El hecho según el cual suponemos que la pregunta por la naturaleza, esencia o carácter de la geografía es una pregunta cuyo sentido tiene a su vez naturaleza filosófica (gnoseológica) no impide que los geógrafos en acción -a la escala de las *capas metodológicas*-, ante las contradicciones objetivas que se puedan presentar, la formulen, porque son ellos, por otra parte, quienes se encuentran en la situación de formularla.

(39) Bueno Martínez, Gustavo: *¿Qué es la ciencia? La respuesta del cierre categorial*. Pentalfa. Oviedo, 1995.

Pero —repetimos— el contexto objetivo de la misma es similar al de los ciegos del relato de Lacoste ante el elefante<sup>40</sup>. Si asociamos a los geógrafos con alguno de los ciegos y a cada uno de los restantes ciegos con otros tantos científicos (biólogos, geólogos, economistas) podremos entender que la pregunta por una disciplina concreta (¿qué es la geografía?) involucra la pregunta gnoseológica general por la ciencia (¿qué es la ciencia?). Cada científico —y en concreto los geógrafos— se encuentran ahora con el hecho según el cual su campo ha quedado desbordado por la pregunta misma; y este desbordamiento resulta de la objetividad de las cosas que se enfrentan (el “elefante”, pero también el “cojín”, la “cuerda”, la “pared”...). La ceguera de los sabios ya no es una ceguera de los sentidos, cuyo sesgo epistemológico podría desviar nuestro asunto, sino una ceguera que se da en la objetividad de las polémicas en torno al ser de la ciencia y, en nuestro caso, de la geografía: es decir, una ceguera gnoseológica. Y esta ceguera objetiva, gnoseológica, podría presentarse según las diversas modulaciones de las corrientes, escuelas o perspectivas de los geógrafos (*idola theatri*). Los geógrafos y sus teorías forman parte, pues, del nudo mismo y en él están enredados.

---

## 2. Epistemología, Sociología e Historia

---

No obstante, desde otros ámbitos filosóficos y científicos también se puede formular tal pregunta. Así, cabría una respuesta desde la Epistemología de la geografía, desde Historia de la geografía o desde la Sociología de la geografía<sup>41</sup>. Pero tampoco está claro que ni la epistemología, ni la historia de la ciencia, ni la sociología de la ciencia puedan responder satisfactoriamente a la pregunta, pues habrán de presuponer en sus estudios aquello por lo que se pregunta. Estaríamos de nuevo al principio del problema.

La epistemología de la geografía tiene que ver con la teoría del conocimiento, abordando el análisis de las ciencias geográficas a través de las ideas de objeto y sujeto. Desde esta perspectiva la ciencia, se interpretará como conocimiento científico —las ciencias geográficas como conocimiento geográfico—. En esta línea, cabría interpretar, por ejemplo, la epistemología de la geografía de Paul Claval<sup>42</sup>, sin perjuicio de que los contenidos efectivos tratados en ella puedan ser reinterpretados desde coordenadas gnoseológicas no reductibles a la teoría del conocimiento. Paul Claval se pregunta por aquello que

---

(40) Bueno Martínez, Gustavo: *Idea de ciencia desde la teoría del cierre categorial*. UIMP. Santander, 1976.

(41) Ocurre, sin embargo, que, muchas veces, los tratados o los manuales de epistemología son, en realidad, tratados efectivos de sociología o de historia. Así mismo, las historias del pensamiento geográfico son ensayos sociológicos o epistemológicos o, más frecuentemente, una mezcla de todo.

(42) Claval, Paul: *Épistémologie de la géographie*. Armand Colin. París, 2007.

pueden aportar los análisis epistemológicos a la pregunta por la geografía, representando y ejerciendo claramente la epistemología en tanto teoría del conocimiento:

Épistémologie de la géographie? Que recouvrent ces termes? Qu'est-ce que l'épistémologie peut apporter à une discipline comme la géographie?

L'épistémologie, nous indique le Robert, est "une étude critique des sciences destinée à déterminer leur origine logique, leur valeur et leur portée. L'épistémologie entre dans de la théorie de la connaissance."<sup>43</sup>

El conocimiento científico —“la recherche moderne”— hará las veces de sujeto, mientras que el objeto vendrá a ser el mundo —“le monde”—. Sujeto y objeto, ciencia y mundo, constituyen los componentes de la epistemología:

La recherche moderne vise à expliquer le monde, les choses qui le composent et les êtres qui le peuplent. Pour ce faire, elle distingue des éléments, met en évidence des forces, montre comment elles agissent et interfèrent. Tout paraît simple. C'est une illusion: les êtres et les choses que nous étudions n'avaient pas de noms avant qu l'homme ne fixe son regard sur eux. Le réel ne s'impose pas à l'observateur selon des catégories qui feraient partie de l'ordre naturel: le divisions qu'il utilise ont été construites par les homes; ils mettent de l'ordre dans la confusion des impressions premières [...] Voici le type de questions auxquelles l'épistémologie cherche à répondre.<sup>44</sup>

Según Claval, sin embargo, se hace necesario diferenciar dos formas de concebir el análisis epistemológico: de un lado, una concepción de la epistemología a la que bien pudiera denominarse *epistemología legitimadora* en virtud de su ambición por discriminar los conocimientos legítimos de los ilegítimos y establecer criterios de jerarquía en el sistema de los saberes, identificando un cuerpo de principios que se establecerían universalmente; de otro, una *perspectiva epistemológica relativista* que no trataría de imponer *a priori* una concepción fija del verdadero conocimiento científico. Según la primera, el epistemólogo trataría de establecer el lugar de la geografía en la pirámide del saber; pero, desde la segunda perspectiva, tan solo analizaría el trabajo de los geógrafos, siguiendo, paso a paso, su avance en el conocimiento del mundo, porque los principios científicos “ce sont des résultats relatifs à un certain moment du développement de la connaissance, dans une certaine configuration des savoirs.”<sup>45</sup> Claval observa que desde la perspectiva de su epistemología de la geografía no se trataría de imponer ningún molde.

---

(43) Claval, Paul: *Opus cit.*, pág. 5.

(44) *Ibidem*.

(45) *Ibidem*.

Ahora bien, lo que resulta inaceptable —incluso antes de dirigir la crítica a la concepción metamérica<sup>46</sup> de las relaciones entre el sujeto y el objeto— es la propia distinción entre una perspectiva epistemológica legitimadora y una perspectiva epistemológica relativista, toda vez que adolece del idealismo de suponer que las ciencias, y, por lo tanto, la geografía, se desenvuelven siguiendo la representación epistemológica que profesen los científicos —y en su caso los geógrafos—. Pero las representaciones filosóficas que acompañan a las prácticas científicas no reduplican a las mismas prácticas científicas en modo alguno, así como tampoco la realidad queda reducida al lenguaje —una epistemología legitimadora no pasaría de ser una epistemología ficción—. En el fondo, Claval está ejerciendo una concepción metalingüística de la geografía, aunque sea por vía negativa. En efecto, se dirá que Paul Claval se está oponiendo a las concepciones legitimistas, dándoles beligerancia, pero precisamente es una beligerancia absurda, porque la geografía no consistirá —de consistir en algo— en los discursos epistemológicos, o lo que sea, sobre la geografía. Por el contrario, las ciencias —y entre ellas la geografía—, entendidas gnoseológicamente, no se reducen a discursos sobre las ciencias sino que tienen que ver con una intervención práctica, operatoria, con las cosas mismas, corpóreas, de suerte que sería esta perspectiva la plataforma desde la que analizamos críticamente las representaciones epistemológicas —metodológicas— que acompañan a la praxis geográfica —y científica en general—.

Con todo, la pregunta por la naturaleza de la geografía no se reduce a una pregunta de tipo epistemológico, entre otras razones porque las ciencias no son instituciones monoaxiales —constituidas exclusivamente desde su eje pragmático, por ejemplo— ni gran parte de sus contenidos pueden ser reducidos a “líneas genéricas”<sup>47</sup>, como cuando se interpreta un microscopio en el sentido de la prolongación de los ojos, o unas pinzas como la prolongación de los dedos. Los contenidos de las ciencias deben ser entendidos ejerciendo una morfología específica y esto es lo que hace la concepción gnoseológica *contradistinta* de la epistemológica. Porque, desde la perspectiva gnoseológica, han de verse las ciencias como engranajes institucionales triaxiales dados a una escala determinada. En este sentido, el análisis epistemológico de la geografía en términos del dualismo sujeto/objeto quedaría desbordado tanto desde un punto de vista procesual (histórico) como configuracional (sociológico). Y, sin embargo, buena parte de los contenidos desarrollados en la epistemología de la geografía de Paul Claval, como, por ejemplo, el análisis de lo que denomina debates epistemológicos, pueden

ser entendidos en términos gnoseológicos, pero para ello debemos reinterpretarlos diaméricamente<sup>48</sup>.

La historia de la geografía es una disciplina generalmente cultivada por los propios geógrafos. Son éstos quienes mejor conocen los episodios de su desarrollo y los momentos cruciales en la evolución de la misma. Pero la historia de la geografía, aunque pretende pasar por una disciplina neutral, involucra una serie de preguntas según las cuales incorporará inmediatamente creencias, ideas o concepciones que ya no permiten hablar de neutralidad. Cuando Paul Claval escribía su obra sobre la evolución de la geografía humana<sup>49</sup>, señalaba tres aspectos constitutivos de toda historia de la geografía, a saber: el conocimiento del globo, la representación cartográfica y el pensamiento geográfico. Sin embargo, a nuestro juicio, no queda claro por qué el llamado pensamiento geográfico aparece mencionado con independencia de la representación cartográfica. Lo que queremos decir es que la distinción de estos tres aspectos en la reconstrucción de la historia de la geografía ya supone un programa ideológico que queda oculto en la aparente inocencia del término historia. Otras obras articulan sus exposiciones en términos de una dialéctica entre conocimientos empírico-analíticos frente a conocimientos histórico-hermenéuticos o como una lucha de los partidarios de la bandera positivista y los defensores de la bandera antipositivista. Ahora bien, parece que queda claro que no hay que confundir las representaciones, muchas veces intencionales, de una ciencia y de su evolución con el ejercicio efectivo de la misma. La historia de la geografía tiene una importancia gnoseológica de primer orden cuando la entendemos precisamente desde la perspectiva de la pregunta por la naturaleza de la geografía. Se trata de tener en cuenta los distintos episodios de constitución de la geografía frente a explicaciones de tipo psicologista o sociologista reduccionistas. En este sentido, desde un punto de vista gnoseológico se pueden aprovechar distintos episodios, explicados desde la historia de la geografía, en cuanto están dados a una escala muy próxima a la del análisis gnoseológico<sup>50</sup>. Las biografías de geógrafos en tanto que episodios históricos con pertinencia gnoseológica pueden ser interpretadas desde esta perspectiva y de hecho pueden constituir una inestimable fuente que dé cuenta de los estratos fenoménicos constitutivos de toda ciencia. Paul Claval se lamenta precisamente de la ausencia de biografías de geógrafos actuales —refiriéndose a la segunda mitad del siglo XX— que considera de primera importancia para seguir la evolución de su pensamiento. Desde nuestro punto de vista, la relevancia de las biografías habrá que verla en el eje pragmático o en el sector de los fenómenos del

(48) Ver nota 43.

(49) Claval, Paul: *La evolución de la geografía humana*. Oikos-Tau. Barcelona, 1981.

(50) Bueno Martínez, Gustavo: *Teoría del cierre categorial (5 Vol.)*. Pentalfa. Oviedo, 1992, pág. 361.

(46) Bueno Martínez, Gustavo: “Conceptos conjugados” en *El Basílico* Primera Época nº 1, marzo-abril 1978. Págs. 88-92.

(47) Bueno Martínez, Gustavo: *Teoría del cierre categorial. Vol. I*. Pentalfa. Oviedo, 1992, pág. 348.

eje semántico según lo que diremos más adelante. En efecto, acaso quepa interpretar una biografía como el proceso de constitución de una institución personal<sup>51</sup> vista en términos de los *autologismos* y *dialogismos* de una ciencia.

La perspectiva de Paul Claval<sup>52</sup> se configura a una escala que, en este punto, al menos intencionalmente, podría ser interpretada desde nuestros presupuestos gnoseológicos: los análisis biográficos tendrán el interés de ponernos ante los contextos determinantes en los que se formaron los geógrafos reconstruyendo la red de autores (dialogismos) en los que se habrían inspirado o situándonos ante “sus preferencias, sus gustos, la manera de construir su biblioteca y la forma de utilizarla”. No podemos menos que estar de acuerdo con el planteamiento de Paul Claval que vincula historia de la geografía con “estudios metodológicos”, reinterpretando, etc, sus planteamientos:

¿Quiere esto decir que estamos desarmados para reconstruir la historia del pensamiento geográfico? Los estudios metodológicos comportan casi siempre una parte histórica. Constituyen la fuente esencial de toda investigación de nuestra ciencia.<sup>53</sup>

También la sociología de la ciencia constituye una disciplina que da cuenta de importantes episodios de las ciencias particulares. Y, en este sentido, habría que entender los estudios o análisis sociológicos de la geografía. Pero los análisis sociológicos de la geografía, por su propia naturaleza no constituyen la plataforma más adecuada para dar cuenta ya de la naturaleza de la geografía ya de los procesos constitutivos de la misma en cuanto categoría científica. Probablemente sean las propias dificultades inherentes a la heterogeneidad de contenidos que constituyen la geografía la que “dirige” o “encamina” a los profesionales de la geografía hacia los estudios sociológicos. Desde nuestro punto de vista, los estudios sociológicos interpretan la pregunta por la naturaleza de la geografía desde una perspectiva subjetiva, por mucho que se hable de la “comunidad de los geógrafos” de estirpe kuhniana<sup>54</sup>. Y ello, tanto si se supone una continuidad entre las condiciones sociales objetivas y la geografía como si se concibe el surgimiento de esta disciplina como una ruptura<sup>55</sup>. Pero en este caso, de igual manera que cuando hablamos de la perspectiva histórica, los contenidos sociales tienen que ser tenidos en cuenta desde el punto de vista

(51) Bueno Martínez, Gustavo: “Ensayo de una teoría antropológica de las instituciones” en *El Basilisco* Segunda Época nº 37, julio-diciembre 2005. Págs. 3-52.

(52) Claval, Paul: *La evolución de la geografía humana*, pág. 22.

(53) *Ibidem*.

(54) Stoddart, D.R. & Grannö, O.: “¿Paradigmas en geografía?” en *Geocrítica. Cuadernos críticos de geografía humana*. Número 40. Julio, 1982.

(55) Alvargonzález, David: “El darwinismo visto desde el materialismo filosófico” en *El Basilisco* Segunda Época nº 20, enero-marzo 1996. Págs. 3-47.

gnoseológico, y en la medida en que sean pertinentes a su escala. La definición intensional de tal pertinencia no podrá ser otra que la organizada desde la estructura de los contenidos formales de la propia geografía. Los estudios sobre la cristalización de la comunidad científica de los geógrafos están planteados desde esta perspectiva de la sociología de la ciencia<sup>56</sup>. Pero el estudio de las comunidades científicas por sí mismo no puede dar cuenta de la naturaleza de la geografía. No se puede pretender una reducción de la heterogeneidad de contenidos que constituyen un campo gnoseológico a los contenidos sociales relativos a la comunidad científica. Primero porque tales “contenidos sociales” solo constituyen una parte —desde nuestro punto de vista, considerando el eje pragmático de las ciencias—. Y, en segundo lugar, porque homologaríamos los contenidos de las ciencias a los de cualquier otra actividad social incurriendo en un relativismo gnoseológico.

Horacio Capel ve necesaria la involucración de lo que denomina las dimensiones intelectual y la profesional o social<sup>57</sup>, pero esta distinción, que no parece ser otra cosa que una versión de la perspectiva dicotómica entre internalismo y externalismo, resulta más bien intencional. Porque, en efecto, desde nuestra perspectiva, de lo que se trataría sería de dar cuenta de la pertinencia de los factores externos o sociales desde un punto de vista, como hemos dicho, gnoseológicamente formal. Lo que queremos decir es que la perspectiva según la cual las ciencias pueden ser reducidas a la yuxtaposición de la dimensión intelectual y profesional o social acaba diluyendo a las ciencias en los factores sociales generales o en las decisiones “consensuadas” de la comunidad científica; a la postre, la geografía, tras los análisis gnoseológicos pertinentes, no resultaría un tipo de saber al que cupiera denominar ciencia. A nuestro juicio, las discusiones sobre la naturaleza de una ciencia, y en nuestro caso de la geografía, están involucrando contenidos objetivos que tienen que ver con la verdad científica. No se trata, pues, de que existan o no comunidades institucionalizadas —lo cual ni se afirma ni se niega—; es la comunidad la que tiene que ser vista a través de la ciencia en cuestión y no la ciencia a través de la comunidad. Y es precisamente este sesgo sociologista el que parece orientar las opiniones de Horacio Capel:

La recomposición de los campos disciplinarios es sin duda constante, vista en una perspectiva histórica. Pero también puede comprobarse que no siempre las nuevas líneas de investigación convertidas en subdisciplinas dan lugar a una rama científica autónoma, y que no todas las que empiezan a desarrollarse son, a la larga viables. Eso sólo ocurre cuando se dan *condiciones sociales apropiadas* (sn), es

(56) Capel Sáez, Horacio: “Factores sociales y desarrollo de la ciencia: el papel de las comunidades científicas” en *La geografía hoy. Textos, historia y documentación*. Suplementos Anthropos. Número 43. Abril, 1994. Págs. 5-31.

(57) *Ibidem*, pág. 9.

decir, cuando el grupo de científicos que trabajan en un campo intelectual pueden convertirse en una comunidad científica autónoma con apoyos sociales, o sea, como diría Toulmin, cuando encuentran un “nicho ecológico”, es decir, institucional adecuado.<sup>58</sup>

Sea, pero entonces, como continúa diciendo el mismo Capel, hay que tener en cuenta la dimensión intelectual. Pero ¿qué es esta dimensión intelectual a la que se le han seccionado los contenidos sociológicos para incluirlos luego en una explicación que quiere dar entrada a los factores institucionales como si fueran externos? Lo que nos lleva a postular la necesidad de una perspectiva gnoseológica que dé cuenta de la organización de los componentes sociológicos a una escala tal en la que si, por un lado, tiene lugar el *regressus* a estos componentes sociales, por otro, permita el *progressus* a la estructura misma de la ciencia, incluyendo, desde luego, los componentes semánticos esenciales. Pero esta escala, si anteriormente no podía ser histórica, ahora tampoco puede ser sociológica. De este modo, prescindimos de la dicotomía entre lo externo y lo interno para referirnos a los factores que darían cuenta de la naturaleza de la geografía —supuesto que estemos ante una categoría científica— y de las ciencias en general. Y esto dicho sin perjuicio de que acaso hubiera que reconocer que sean precisamente los llamados factores externos —los intereses académicos de la comunidad de geógrafos, la demanda de geógrafos en la planificación urbana de las democracias de mercado pletórico<sup>59</sup>— los que están influyendo de una manera decisiva para que se forme la geografía como “disciplina académica” pero acaso no como ciencia en el sentido que propone la teoría del cierre categorial.

De ahí que, a la hora de tener en cuenta la pregunta sobre la naturaleza de la geografía, haya que contar con el medio social constitutivo de la “atmósfera” en la que “respira” la geografía. “Atmósfera” significa aquí un conjunto de operaciones concatenadas con determinados procesos fenoménicos dados, a la vez, en el sector dialógico o en el autológico. Esto supone, en marcha, la estructura de la ciencia geográfica<sup>60</sup>. Pero el medio social tiene que ser considerado como una multiplicidad de instituciones junto con otros contenidos cuya escala antropológica ha de descomponerse en materiales circulares vinculados a otros componentes —radiales y angulares—, no dados en continuidad homogénea pero tampoco completamente desconectados entre sí, entendidos en una perspectiva histórica<sup>61</sup>. Según esto las ciencias se constituyen en distintas épocas históricas a partir de un “mundo heredado” organizado a través de

los distintos contenidos circulares, radiales y angulares<sup>62</sup>. El mundo heredado es tanto el mundo contexto en el que se organizan las distintas influencias constitutivas de los campos científicos como el mundo conformado por las distintas construcciones científicas. El mundo heredado podrá ser visto, por una parte, como “mundo precursor” y, por otra, como “mundo resultante”. Así, podremos decir que el mundo heredado, en tanto que mundo precursor, estará constituido por la codeterminación de los distintos “sociofactos” (eje circular), “trazos”, “artefactos” (eje radial) y “mitos” (eje angular). Todos los contenidos que constituyen el mundo heredado se organizan en nebulosas de creencias y se vinculan entre sí a través de una “actividad nematológica” que está asociada a los distintos ortogramas (ideología) que puedan envolver a los diferentes grupos de sujetos. La pertinencia del tratamiento gnoseológico, por lo tanto, estará directamente relacionada con la vinculación del desarrollo de una ciencia con el mundo precursor. Los estudios de sociología de la ciencia (y las incursiones sociológicas en la geografía o de los geógrafos en la sociología de la ciencia) sólo tendrán significado gnoseológico cuando puedan ser interpretadas como sociofactos, trazos, artefactos o mitos. Una interpretación de la geografía que descomponga su estructura en dos niveles o dimensiones, intelectual y social —porque no hay tales dos dimensiones concebidas metaméricamente, a la manera como se concibe la teoría separada de la praxis, la ciencia pura de la ciencia aplicada o las ciencias especulativas de las ciencias prácticas—, no hace más que perder de vista la perspectiva gnoseológica e incurrir en reduccionismos sociológicos que, al relativizar las verdades constitutivas de los saberes científicos, equiparan las ciencias a cualquier otro tipo de ideologías de manera contradictoria. La dimensión social y la dimensión intelectual habrán de ser reinterpretadas diaméricamente de suerte que su interrelación no sea otra cosa que las distintas concatenaciones entre los contenidos del mundo precursor susceptibles de ser segregados en la constitución del campo científico. Desde esta perspectiva hay que mirar con recelo —y a cierta distancia— las concepciones que hablan de ruptura epistemológica como hace José Ortega Valcárcel:

Lo que distingue la geografía de sus prolongados antecedentes históricos, como sucede con otros muchos campos de las ciencias modernas es un rasgo epistemológico esencial. La geografía moderna se constituye a partir de una *ruptura epistemológica* (sn) que la separa de las formas precedentes de conocimiento sobre el espacio. Corresponde a la fundación de un campo epistemológico en el sentido que lo planteaba Foucault.<sup>63</sup>

(58) Ibidem.

(59) Bueno Martínez, Gustavo: *Panfleto contra la democracia realmente existente*. La esfera de los libros. Madrid, 2004.

(60) Bueno Martínez, Gustavo: *Teoría del cierre categorial (5 Vol.)*. Pentalfa. Oviedo, 1992, pág. 296.

(61) Ibidem, pág. 299.

(62) Bueno Martínez, Gustavo: “Sobre el concepto de «espacio antropológico»” en *El Basilisco* n° 5 Primera Época, noviembre-diciembre 1978. Págs. 57-69.

(63) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 7.

Decimos recelo y distancia porque no hay tal separación de las “formas precedentes del conocimiento”. Estas “formas precedentes” no serían otra cosa que el “mundo precursor” y, por tanto, tampoco hay ruptura epistemológica entendida como si de un todo se separase una placa. Parece más adecuado pensar el mundo precursor como un todo formado por sociofactos, artefactos y trazos relictos dinámicos y activos nematológicamente, y siempre visto desde la perspectiva de una categoría concreta. Lo que ocurre es que desde una o algunas partes del mundo precursor (anómalo) comienza a dirigirse las críticas al mundo heredado. Cuanto más activos estén los contenidos ideológicos menor habrá sido la segregación de los mismos pero más débil la cristalización del campo gnoseológico respectivo.

Las influencias sociales en las ciencias pueden ser vistas como influencias dadas en un mundo precursor constituido por sociofactos, trazos, artefactos y mitos, obstaculizando, canalizando o conformando los contenidos científicos. Esto supone romper —insistimos— con la dicotomía interno-externo e incorporar gran parte de los contenidos de la sociología de la ciencia al análisis gnoseológico con toda pertinencia. Y desde esta perspectiva lo social y profesional en tanto que *finis operantis* queda integrado en los *finis operis* desplegados a través de las configuraciones objetivas del mundo precursor. Gustavo Bueno señala tres procedimientos a partir de los cuales los análisis sociológicos pueden ser interpretados desde una perspectiva gnoseológica: por un lado, mediante procesos de *absorción*, por los propios contenidos científicos, de aquellos contenidos “sociales” a los que se habían *reducido* previamente; por otro, entendidos los análisis sociológicos en cuanto a su *función crítica*; y, por último, como *contexto determinante* de las ciencias<sup>64</sup>.

Volviendo, pues, a la corriente principal de nuestra argumentación hay que decir que, aun admitiendo la pertinencia de un interrogar por la naturaleza de la geografía desde los puntos de vista, de la epistemología, de la historia de la geografía o desde la perspectiva de la sociología de la geografía, los planteamientos epistemológicos, históricos y sociológicos son insuficientes por parciales y porque, por otra parte, acaban siendo intentos de interpretación gnoseológica, acaso fragmentarios. La pregunta por la naturaleza de la geografía es una pregunta de naturaleza filosófica gnoseológica. Tampoco es una cuestión ontológica o epistemológica, aunque arrastre presupuestos ontológicos y epistemológicos.

Estas son las razones que nos llevaban más arriba a rechazar la tesis según la cual los geógrafos tuvieran títulos legítimos, en cuanto geógrafos, para recorrer estos campos. Repárese en que no estamos diciendo que no

haya geógrafos —como puedan ser los casos de Claval, Capel, Harvey, Harsthorne o Hettner— que hayan producido trabajos encomiables sobre la naturaleza de la geografía. De lo que se trata es de argumentar que tales producciones son más bien “metageográficas” en cuanto filosóficas. Ningún geógrafo podría prescindir de un elenco de ideas más o menos disueltas o sistematizadas en el curso histórico de la evolución del pensamiento geográfico. Lo más corriente es que nos encontremos con planteamientos que se adscriben a ciertas filosofías ya existentes (a la concepción de las ciencias sociales de Habermas, como Unwin; a la dicotomía ciencias idiográficas/ciencias nomotéticas, como en Harsthorne) con ciertas notas producidas por la filosofía espontánea de los geógrafos que muchas veces da lugar a concepciones eclécticas, en las que se suman como en un bricolaje partes de filosofías distintas —sin dejar de lado, como ya se ha dicho las concepciones gnoseológicas de las ciencias—. En todo caso, ello debe ser considerado como una prueba de la importancia que tiene para los mismos geógrafos las cuestiones gnoseológicas y, en particular, la interrogación por la naturaleza de su propia labor; cuestiones que se viven de manera “dramática”. Un “drama” que, como hemos dicho, involucra escuelas, corrientes y generaciones de geógrafos enfrentados entre sí. El interés de las autoconcepciones eclécticas reside en el desvelamiento de su función ideológica —y nematológica— en tanto que representaciones que incorporan coordenadas provenientes de sistemas diferentes. Pero el punto de vista ecléctico también debe ser tenido en cuenta desde una perspectiva gnoseológica crítica.

Habida cuenta de todo lo anterior la tarea que se nos plantea, entonces, es la de dar una respuesta a la pregunta “¿Qué es la geografía?” desde una perspectiva que, teniendo en cuenta los estudios de la epistemología, de la sociología de la ciencia y de la historia de la ciencia, no sea epistemológica, ni sociológica ni histórica. Porque sabemos que estamos ante una tarea que desborda el campo de los saberes geográficos propiamente dichos, tampoco pretendemos llevar adelante una síntesis de lo que la filosofía espontánea de los geógrafos haya ido sedimentando. Hay que reconocer que la naturaleza de la pregunta por el carácter de la geografía, entendiendo su sentido en un contexto polémico (unidad y distinción de las ciencias) es de estirpe filosófica. Sin embargo, lo decisivo no es señalar su naturaleza filosófica sino acertar con los criterios adecuados que permitan una interpretación ajustada al ejercicio de la misma geografía. Estos presupuestos están actuando incluso en quienes no se los plantean. Por mínima que sea, los geógrafos, en el papel de gnoseólogos, ejercen una idea de ciencia más o menos sistematizada. No es posible embarcarse en el análisis sobre la naturaleza de la geografía (ni de ninguna otra institución científica) fingiendo una neutralidad con relación a los presupuestos y premisas filosóficas.

(64) Bueno Martínez, Gustavo: *Teoría del cierre categorial (5 Vol.)*. Pentalfa. Oviedo, 1992, pág. 303-312.

Nosotros partimos de los presupuestos gnoseológicos del materialismo filosófico que interpreta las ciencias como instituciones objetivas y por tanto suprasubjetivas. Esta gnoseología materialista puede ser interpretada como un desarrollo *sui generis* del materialismo histórico. Como dice el propio Gustavo Bueno:

La fórmula acuñada del materialismo histórico (la que figura en el Prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx), a saber: "la conciencia humana [y, en general, el pensamiento, las ideas] está determinada por el ser social del hombre", se reinterpretará aquí en estos términos: "la conciencia de los problemas científicos y filosóficos, así como el planteamiento de los mismos, está determinada por el estado del mundo precursor".<sup>65</sup>

Desde este punto de vista, las relaciones gnoseológicas, la producción de las diferentes ideas científicas, las representaciones de las ciencias y la conciencia que los propios científicos tienen de ellas se da íntimamente concatenada a la actividad material (gnoseológica) de los propios científicos, vinculada a instituciones científicas, pero también a otras que no lo son. Y estas condiciones son las del mundo heredado:

Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto aquellas con que se han encontrado ya hechas (sn) como las engendradas por su propia acción.<sup>66</sup>

Es decir, el "mundo heredado" en tanto que "mundo precursor" y "mundo resultante". Los presupuestos de nuestra interpretación gnoseológica suponen una relación diamétrica entre la forma y la materia de las ciencias lo que significa que mantiene una posición crítica con relación a otras doctrinas (teorías de la ciencia) para las cuales la materia y forma de las ciencias es pensada metaméricamente: descripcionismo, teoreticismo y adecuacionismo. La geografía, en cuanto ciencia, será analizada desde estos presupuestos. La idea canónica de ciencia nos permitirá someter su unidad y distinción a un examen crítico. No cabe aquí argumentar que utilizamos una idea de ciencia externa al campo geográfico porque contraargumentaremos —tégase en cuenta el razonamiento apagógico— diciendo que tampoco es posible una idea genuina interna al campo geográfico. La idea de ciencia de la teoría del cierre categorial presupone ya la comparación entre las ciencias. Tampoco cabría decir que lo importante es el objeto y no la geografía: "la discusión es sobre el espacio y no sobre la geografía —dice Milton Santos—"<sup>67</sup>; porque ni siquiera el espacio

como "objeto" de la geografía puede ser pensado al margen de criterios gnoseológicos. Así pues, se impone penetrar en esa multiplicidad heterogénea a la que llamaremos saberes geográficos.

---

### 3. Saberes geográficos

---

Seguramente los contenidos de este epígrafe, bien en su totalidad o bien en parte, suscitarán el desacuerdo de muchos geógrafos. Probablemente se argumentará que nuestro concepto de saberes geográficos es demasiado amplio y que, en virtud de ello, se incluyen contenidos que no responden a "lo que es" la geografía en cuanto ciencia. En efecto, no privilegamos unos contenidos geográficos con relación a otros, pero, en todo caso, nos atenemos al ejercicio de los propios geógrafos. Cuando se afirma que hay unos saberes geográficos en sentido estricto ya estamos ejerciendo una idea de geografía y consiguientemente una idea de ciencia, si es que vinculamos "lo que es" la geografía con la ciencia.

Esta es la postura de Rafael Pujol quien diferencia un saber propio del "geógrafo profesional", que enseña y practica una geografía universitaria, de las concepciones de las "personas ajenas al ámbito de la geografía científica"<sup>68</sup>. También es la opinión de José Estébanez Álvarez<sup>69</sup>, quien se lamenta de la existencia de cierta visión de la geografía alejada de la producción científica actual —fecha de 1992—. Igualmente, Ortega Valcárcel establece límites entre los saberes geográficos, distinguiendo la geografía propiamente dicha de los discursos sobre el espacio y de las representaciones de los agentes que contribuyen a construir (otros dirán a destruir) el entorno en el que viven.

La geografía no puede confundirse con la multiplicidad de discursos sobre el territorio y el espacio que genera la sociedad y que ha generado de forma tan abundante a lo largo de la historia.<sup>70</sup>

Y, sin duda, estas apreciaciones están acertadas. Y existen criterios (rigor, sistematismo, especificidad, lenguaje propio, existencia de un gremio, &c.) que conducirían a acotar un campo al que todos convinieran en llamar geografía. Pero, con esto, estamos dando vueltas a la misma cuestión, porque es la existencia de ese campo lo que se discute. De otra manera, la pregunta por el carácter de la geografía sería puramente retórica.

---

(68) Puyol Antolín, Rafael (Coord.): *Geografía Humana*. Pirámide. Madrid, 1992, pág. 13.

(69) Estébanez Álvarez, José: "El carácter de la geografía" en Puyol Antolín Rafael (Coord.): *Geografía humana*. Pirámide. Madrid, 1992, pág. 18. Sin embargo, hoy —2011— muchos geógrafos, entre los que cabría destacar a Lindón, Hiernaux y Claval, hablan de campos emergentes de la geografía frente a los campos tradicionales, y de giros de la geografía frente a las líneas que desde siempre se venían trabajando en el seno de la misma.

(70) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 503.

---

(65) Bueno Martínez, Gustavo: *Teoría del cierre categorial (5 Vol.)*. Pentalfa. Oviedo, 1992.

(66) Marx, Karl & Engels, Friedrich: *La ideología alemana*. L'Eina Editorial. Barcelona, 1988, pág. 11.

(67) Milton Santos: *La naturaleza del espacio*. Ariel. Barcelona, 2000 pág. 16.



Por otra parte, algunos geógrafos como Paul Claval sugieren la distinción de dos niveles de saberes geográficos, un nivel al que podríamos denominar de la vida cotidiana y el de las construcciones científicas sin necesidad de apreciar uno más que otro; pero los dos estarían formando parte de la geografía.

Voici donc, à deux niveaux, ce qu'offre la géographie:

dans la vie de tous les jours, elle regroupe des savoir-faire de bon sens pour se diriger, se retrouver et tirer parti de lieux. Cela veut dire que les connaissances géographiques ne sont pas toutes scientifiques: personne ne peut vivre sur Terre sans apprendre à se repérer, à se reconnaître; un groupe ne peut subsister sans disposer de techniques de mise en valeur du milieu et d'aménagement de l'habitat;

la réflexion scientifique fait découvrir, derrière le paysage et la distribution des hommes et des activités, la genèse des milieux naturels, leur équilibre souvent fragile et la prise en main des lieux par des groupes qui les modèlent, les exploitent et le font vivre, les aménagent ou le ruinent, s'y sentent en exil ou s'y épanouissent.<sup>71</sup>

Son los propios geógrafos los que hablan de discursos geográficos y los que dan pie a tener en cuenta las representaciones de los mismos agentes sociales (sujetos temáticos). Son los geógrafos quienes, en el ejercicio, interpretan los discursos y las representaciones de los sujetos temáticos como saberes geográficos. Yves Lacoste nos habla de una “geografía de los profesores” en pie de igualdad con una “geografía de los estados mayores”<sup>72</sup> “devaluando” así el carácter específico de la geografía científica. Se podría decir que la idea central de *La geografía: un arma para la guerra* supone una demolición de la geografía como categoría cerrada con independencia de los planes y programas políticos. Bien es cierto, que la postura de Lacoste podría ser reinterpretada, desde una perspectiva gnoseológica, en términos de ciencia práctico-práctica. David Harvey manifiesta su asombro por el hecho según el cual los geógrafos no reconocen la heterogeneidad de los “conocimientos geográficos” como propios:

Dentro de la Geografía hay, curiosamente, muy poco reconocimiento formal de que los conocimientos geográficos reunidos en diferentes ámbitos institucionales varían de acuerdo con las necesidades, las culturas y las normas institucionales específicas. Si la geografía en cuanto disciplina aspira a ser juez y árbitro de la aplicación adecuada de conocimientos geográficos sensatos, uno de los primeros pasos que debe dar es el de proporcionar principios para evaluar la producción de conocimientos geográficos en diferentes escenarios institucionales.<sup>73</sup>

(71) Claval, Paul: *Épistémologie de la géographie*. Armand Colin. París, 2007, pág. 8.

(72) Lacoste, Yves: *Opus cit.*, pág. 11.

(73) Harvey, David: *Espacios del capital*. Akal. Madrid, 2007, pág. 230.

El mismo Harvey distingue diferentes ámbitos de producción de conocimientos geográficos: el aparato estatal, el poder militar, las instituciones supranacionales, las ONGs, empresas y comercios, medios de comunicación, ocio y turismo, las instituciones educativas<sup>74</sup>. Así pues, hablar de los saberes geográficos, en plural y en sentido amplio no parece desproporcionado ni impertinente. Es necesario, entonces, saber a qué nos referimos cuando hablamos de saberes geográficos.

Concebiremos los saberes geográficos como una clase de saberes referidos, a su vez, a la clase de saberes que denominaremos “conjunto del saber”. Pero el conjunto del saber no debe ser interpretado como una clase armónica sino como una clase *in fieri*, donde las relaciones entre los distintos saberes suponen uniones, separaciones, préstamos, conflictos, solapamientos, desintegraciones... Unos saberes pueden construirse por la crítica a otros, &c. Generalmente se emplea los términos “saber” y “conocimiento” de manera indistinta. Sin embargo, aquí empleamos preferentemente el término “saber” con el fin de distanciarnos del sesgo epistemológico que connota el vocablo “conocimiento”, porque la escala en la que pretendemos mantenernos es la escala de los saberes objetivos entre los que están las ciencias. En este sentido, los saberes nos remiten a un marco o contexto caracterizado por una cierta densidad institucional. Los saberes acogen tanto a situaciones objetivas como subjetuales y prácticas como teóricas. Habrá que poner el origen de los distintos saberes en determinadas situaciones prácticas y técnicas —bien es cierto que las técnicas suponen saberes *in media res*— con las que se encuentran los hombres enmarcados en contextos histórico-culturales precisos. Desde esta perspectiva, los saberes suponen la intervención de los sujetos en un mundo que de alguna manera ya tiene que estar dado a su escala operatoria (estética, manipulativa). Son los saberes prácticos los que nos conducen, en contextos muy precisos y determinados, a este tipo de saberes a los que se suele llamar teorías. Entonces, “teórico” se encuentra aquí completamente alejado de sus connotaciones relativas a la contemplación o a la mirada divina. Los sujetos operatorios al intervenir en el mundo entorno realizan operaciones de aproximación y separación con los objetos que de alguna manera ya deben estar *institucionalizados*<sup>75</sup>, *transformándolos, estableciendo vínculos y relaciones. Los saberes subjetuales suponen un contexto de saberes objetivos. Las anamnesis y prolepsis*<sup>76</sup> *constitutivas de las operaciones de los sujetos explican suficientemente las relaciones entre saberes subjetuales y saberes objetivos sin incurrir en esquemas metaméricos de conjugación de*

(74) Harvey, David: *Opus cit.* Págs. 225-252.

(75) Bueno Martínez, Gustavo: “Ensayo de una teoría antropológica de las instituciones” en *El Basilisco* Segunda Época nº 37, julio-diciembre 2005. Págs. 3-52.

(76) Bueno Martínez, Gustavo: “Ensayo de una teoría antropológica de las ceremonias” en *El Basilisco* Primera Época nº 16, septiembre 1983-agosto 1984. Págs. 8-37.

*conceptos*<sup>77</sup>, pero los saberes lo son de los seres humanos y, por tanto, nos remiten a estructuras normativas lo que significa que los diferentes saberes remiten así mismo a una organización social determinante en la cual los distintos sujetos aparecen coordinados. El hecho ya de presuponer una densidad institucional determinada en la que tienen lugar las distintas concatenaciones en un proceso de múltiples anamnesis y prolepsis llevados a cabo en los diferentes cursos operatorios de los sujetos implica contar con que la constitución de los distintos saberes que forman la extensión del conjunto del saber brota en un contexto circular organizado (bandas, tribus, Estado) cada uno según su escala y su altura histórica. Estaríamos, por ejemplo, en el marco histórico cultural próximo al que nos describe Gordon Childe:

En las extensas llanuras de aluvión y en los terrenos llanos de las riberas, la necesidad de realizar grandes obras públicas para drenar y regar la tierra y proteger los poblados hizo que la organización social tendiera a consolidarse y el sistema económico a centralizarse. Al mismo tiempo, los habitantes de Egipto, Sumer y el Indo se vieron obligados a organizar algún sistema regular de comercio o trueque, para asegurarse el abastecimiento de materias primas esenciales. La fertilidad de las tierras dio a sus habitantes los medios de satisfacer su necesidad de importaciones. El excedente de productos domésticos no sólo debió ser suficiente para intercambiarlo por materiales exóticos; también debió servir para sostener un cuerpo de comerciantes y de trabajadores de los transportes encargados de obtenerlos, y un cuerpo de artesanos especializados para trabajar las preciosas importaciones con mejor provecho. Pronto se hicieron necesarios los soldados para proteger por la fuerza los convoyes y la retaguardia de los comerciantes, los escribas para llevar registro de las transacciones cada vez más numerosas y complicadas, y los funcionarios del Estado.<sup>78</sup>

Será, pues, la virtualidad totalizadora de las organizaciones sociales y políticas el marco en el que se desarrollan el conjunto del saber según el estado del mundo. Es en este contexto donde la experiencia práctica funcionaría como saber mismo, pero también como motor de la constitución de los diferentes saberes a los que cabría denominar científicos<sup>79</sup>.

Es posible reconocer en toda organización social una estructura mínima canónica. Así, tanto las sociedades naturales como las sociedades políticas estatales<sup>80</sup> estarían dotadas de esa estructura constitutiva mínima. Bien es cierto que las sociedades naturales se organizan a

la escala de la distributividad constitutiva de la barbarie mientras que en las sociedades políticas estatales suponen la fractura de la distributividad de la barbarie y la conformación de una escala atributiva que nos remite al concepto de civilización<sup>81</sup>. Esto nos permite sentar la tesis de la asimetría de los distintos tipos de saberes que se van constituyendo a lo largo de un proceso histórico cultural muy complejo. Ya no podremos hablar en el mismo sentido para referirnos a los saberes míticos, mágicos, religiosos, científicos, tecnológicos, &c. Unos saberes se constituirán por referencia y crítica hacia otros<sup>82</sup>. No todas las sociedades, comunidades u organizaciones sociales alcanzarán el mismo tipo de saberes. El descubrimiento o invención de la escritura fue crucial para el desarrollo y constitución de la sociedad política, pero a la vez relegó a aquellas otras que no alcanzaron la escritura o que sólo pudieron alcanzarla al incorporarse a otras, disolviéndose a la vez como tales, pasando sus componentes personales a coordinarse con los de aquella en la que se integren. La escritura, por tanto, permitiría a ciertas organizaciones políticas ir abriendo el territorio que supone su mundo entorno e irlo incorporando a su propio círculo cultural que a su vez también se irá transformando. Los descubrimientos geográficos son indisociables de la historia universal y la geografía en tanto que saber institucionalizado lo es de este proceso. Y en este sentido la geografía como construcción del mapamundi es indisociable de la filosofía. La ciencia y la filosofía son los saberes característicos de la escala atributiva que entraña la civilización. Así pues, podemos concluir que los saberes sólo se forman por referencia a las culturas de las que brotan. Sólo aquellas culturas que han roto el círculo de la distributividad relativa a la barbarie, iniciando relaciones asimétricas con el resto —pero disolviéndose objetivamente como tales, sin perjuicio de que determinadas actividades nematológicas prediquen su pervivencia como culturas—, son las que han desarrollado los saberes científicos y técnicos con la suficiente potencia para incorporar el mundo de los otros al suyo propio disolviendo así la existencia efectiva de los otros mundos en su propio ortograma<sup>83</sup>. Con esto nos ponemos en guardia frente al relativismo y al emicismo<sup>84</sup>.

Cada cultura debe ser entendida como un sistema morfodinámico actuando en el contexto de otras culturas o sistemas morfodinámicos, lo que constituye una auténtica biocenosis institucional formada por instituciones simples y complejas, ceremonias y otros contenidos no propiamente institucionales. Como el entorno de cada cultura está constituido también por otros sistemas morfodinámicos, el límite de este entorno puede llegar a ser el globo terráqueo en su

(77) Bueno Martínez, Gustavo: "Conceptos conjugados" en *El Basilisco* Primera Época nº 1, marzo-abril 1978. Págs. 88-92.

(78) Gordon Childe, V: *Los orígenes de la civilización* FCE. México, 1974 pág. 174.

(79) A este respecto véanse las obras de Bernal, John D.: *Historia social de la ciencia (I y II)*. Península. Barcelona, 1989; Mumford, Lewis: *El mito de la máquina (I y II)*. Pepitas de calabaza. Logroño, 2011.

(80) Bueno Martínez, Gustavo: *Primer ensayo sobre las categorías de las "ciencias políticas"*. Biblioteca Riojana. Logroño, 1991.

(81) Bueno Martínez, Gustavo: *Etnología y utopía*. Azanca. Valencia, 1971.

(82) Alvargonzález, David: *Ciencia y materialismo cultural*. UNED. Madrid, 1989.

(83) Bueno Martínez, Gustavo: *El mito de la cultura*. Editorial Prensa Ibérica. Barcelona, 2004.

(84) Bueno Martínez, Gustavo: *Nosotros y ellos*. Pentalfa. Oviedo, 1990.

integridad. A partir de estas ideas (cultura como sistema morfodinámico, entorno, existencia de otras culturas o sistemas morfodinámicos) podemos dibujar la estructura canónica misma de toda cultura u organización social. En ella, habrá que reconocer, pues, la existencia de una *capa basal* referida al entorno de donde la sociedad en cuestión obtiene la energía para su mantenimiento y pervivencia (agua, madera, carbón, petróleo, pero también lapislázuli y especias). Pero esta capa basal no debe ser interpretada en términos de una infraestructura económica que en última instancia determinaría los contenidos superestructurales de la sociedad, porque es a través de tales contenidos superestructurales cómo tiene lugar el análisis e interpretación del propio entorno, toda vez que debe abandonarse su consideración en términos de meras excrecencias culturales. Pero el entorno supone la estructura de otros sistemas morfodinámicos, lo que implica reconocer que cada cultura o sociedad desarrollará una suerte de cordón o corteza protectora (entendida abstractamente) a la que podemos llamar *capa cortical*. La capa cortical regularía en parte las relaciones con otras culturas, evitando con ello la disolución de unas en otras. Pero *ad intra* el cuerpo de cada esfera cultural presupone la existencia de una *capa conjuntiva* mediante la cual se establecen las conexiones entre la capa basal y la capa cortical. El equilibrio morfodinámico constitutivo de una sociedad o cultura sería el equilibrio entre las capas cortical, basal y conjuntiva durante un intervalo de tiempo indefinido (*eutaxia*)<sup>85</sup>.

A partir de estas premisas mínimas, estamos en condiciones de abordar aquello que habríamos de entender por saberes geográficos. Los saberes geográficos no habrá que remitirlos a mecanismos o motores psicológicos como la curiosidad científica o el afán por saber, porque de lo que se trata es de ver la “curiosidad” y el “afán por saber” canalizados en contextos objetivos. Sólo es posible entenderlos en el marco de una cultura determinada. Efectivamente, no se trata de suprimir la curiosidad, sino de negar su interés gnoseológico. Conceptos tales como “curiosidad científica”, “afán de conocimientos”, “necesidades” no añaden nada a un análisis gnoseológico debido a su textura genérica –*lisológica*<sup>86</sup>–; *por otra parte, son tales conceptos los que deben ser explicados. Parece más adecuado interpretar morfológicamente* los saberes geográficos, por tanto, constituyéndose en una sociedad política determinada por referencia a sus capas basal, conjuntiva y cortical. Determinados saberes geográficos relacionados con contenidos relativos a la estructura económica de una sociedad política tendrán mucho que ver con saberes organizados desde la capa basal. Los saberes geográficos vinculados con contenidos de la

organización política territorial nos remitirán a las capas basal y conjuntiva. Los saberes geográficos organizados en torno a contenidos geopolíticos remitirán, a su vez, a la capa cortical.

Desde este punto de vista, la tesis de Yves Lacoste según la cual la geografía sería un arma para la guerra no tendría ninguna novedad, sin perjuicio de su valor crítico frente a una pretendida geografía exenta (“geografía de los profesores”). Porque la geografía no sólo habría sido, de siempre, un arma para la guerra sino que la guerra habría constituido la verdadera armadura de la geografía. Yves Lacoste no habría descubierto ningún océano ni tierra desconocida nueva. En realidad, la tesis de Lacoste ni siquiera se dirige contra una geografía efectivamente exenta sino contra una concepción de la geografía como ciencia aséptica y neutral. Pero la efectividad de los saberes geográficos los involucra con las prácticas sociales, económicas, políticas y culturales.

Ni siquiera se podría hablar con rigor gnoseológico de una ciencia pura frente a una ciencia aplicada. Las ciencias, como sabemos, nos remiten a contextos prácticos y técnicos. El origen de las ciencias está en las técnicas y tecnologías que implican igualmente un contexto operatorio. Este origen práctico y técnico de las ciencias las engrana con los procesos de la producción<sup>87</sup>. La dicotomía ciencia pura/ciencia aplicada resulta, a todas luces, superflua —ya se prime el concepto de pureza, ya se prime el concepto de aplicación— pues toda ciencia es desde el principio aplicada, con lo que hablar de ciencia pura carece de sentido; y porque utilizar la expresión ciencia aplicada queriendo poner el énfasis en lo práctico presupone, a la vez, mantener que hay otras ciencias puras que ponen el énfasis en lo teórico, pero, como ya hemos dicho, tal ciencia pura no existe, con lo cual carece de sentido hablar de ciencia aplicada. Toda ciencia, en la medida en que surge de las prácticas y las técnicas, es por definición aplicada. Así pues, también resulta una duplicación innecesaria distinguir una geografía pura de una geografía aplicada. La geografía clásica francesa habría defendido la idea de la geografía como ciencia pura; frente a ella, existiría una ciencia pragmática, utilitaria o aplicada, practicada en los países anglosajones<sup>88</sup>. Se suele decir que la geografía tiene dos dimensiones o componentes: una dimensión científica y una dimensión utilitaria. Por la primera, se pretendería dar cuenta de las relaciones entre los factores naturales y humanos y de su diferenciación espacial; por la segunda, se haría hincapié en poner el conocimiento científico al servicio de la acción. Estos componentes no tendrían la misma relevancia a lo largo de la historia registrándose fases en las que habría predominado el lado científico y fases en las que habría predominado el lado utilitario o aplicado. A partir de la segunda guerra mundial, el

(85) Bueno Martínez, Gustavo: *El mito de la cultura*. Editorial Prensa Ibérica. Barcelona, 2004.

(86) Bueno Martínez, Gustavo: “En torno a la distinción «morfológico/lisológico» en *El Catoblepas*. Número 63. Mayo 2007. Pág. 2. (<http://www.nodulo.org/ec/2007/n063p02.htm>)

(87) Bueno Martínez, Gustavo: *Idea de ciencia desde la teoría del cierre categorial*. UIMP. Santander, 1976.

(88) Phlipponneau, Michel: *Geografía aplicada*. Ariel. Barcelona, 2001.

componente utilitario habría cobrado una mayor fuerza debido a que los cambios sociales y políticos que afectan a los territorios generarían un enorme campo de aplicaciones. Estas razones habrían hecho que los geógrafos comenzasen a ser contratados como expertos y de ahí que se hablase de geógrafos profesionales<sup>89</sup>.

Michel Phlipponneau sugiere que la misma dimensión aplicada de la geografía supondría una plataforma importante para la estabilidad de la ciencia de la geografía:

Al mismo tiempo, hoy en día se abre un amplio campo de aplicaciones con la importancia que adquieren los problemas del medio ambiente. Pero estos comprenden también aspectos humanos y económicos a los que deben responder los programas de formación orientados a la profesionalización. Fundamentalmente son las aplicaciones las que impiden la fragmentación entre las diversas ramas de la geografía física y la geografía humana.<sup>90</sup>

Una geografía aplicada que al dirigirse principalmente a la ordenación del territorio preservaría mejor la unidad de la geografía:

La ordenación del territorio es lo que representa siempre el más amplio campo de aplicaciones para la geografía, aquel en el cual el joven geógrafo puede manifestar plenamente sus dos cualidades esenciales, el sentido de la síntesis y el espacio. Es lo que ha dado lugar a un mayor número de materias destinadas hacia la profesionalización de diversos niveles y de orientación generalista o especializada: ordenación del espacio rural, urbano, regional, del conjunto del territorio, de los diversos tipos de medios geográficos, desde el litoral hasta la montaña. Representa también el ámbito en el que aún existe mayor potencial de desarrollo y el que preserva mejor la unidad de la geografía.<sup>91</sup>

Pero no está claro que la unidad de una ciencia, y por lo tanto la unidad de la geografía, dependa de la profesionalización de los científicos —de los geógrafos orientados a la ordenación del territorio—. Tampoco la medicina —acaso orientada a la ordenación del cuerpo— podría considerarse una ciencia caracterizada por su unidad; ni por la especialización de sus profesionales en torno a las enfermedades del cuerpo humano; aunque presupongan la síntesis, no por ello constituye una ciencia distinguible por su unidad. Se trata de una suerte de corporativismo explicable desde los intereses grupales de la comunidad específica, justificado retóricamente con argumentos gnoseológicos. Pero no es esto lo que discutimos sino la naturaleza aplicada de la geografía. En realidad, las raíces de la problemática que se suscita en torno a la geografía aplicada se extienden por todo

el ámbito geográfico desde determinados tramos del eje pragmático en su engranaje con sociofactos y artefactos característicos de una situación en la que otros profesionales también acotan sus campos gnoseológicos involucrando el mismo tipo de términos y objetos. A nuestro juicio, lo que se está haciendo al poner toda la fuerza en el concepto de geografía aplicada y de geógrafo profesional es una defensa del gremio y no una defensa —si cupiera— de la geografía en cuanto disciplina por derecho propio —que, por otra parte, no sería necesario defender—. Cuando aquí hablamos de geógrafos, desde la perspectiva *etic* que presupone el materialismo gnoseológico, lo hacemos partiendo de la idea de que la geografía se concibe como una ciencia. Pero cuando se habla de geógrafos profesionales desde la plataforma de una geografía aplicada lo que se defiende es una categoría profesional con independencia de la existencia o no de una categoría científica. Así que cabría concluir que la esfera profesional de los geógrafos —la comunidad geográfica— no constituye, por el hecho de existir gremialmente, una esfera categorial geográfica de la misma manera que ocurre con el gremio de los médicos —que incluye a los colegios de médicos—, pues tampoco podríamos hablar de una ciencia llamada medicina. Porque la unidad de la geografía no vendría dada por la existencia de determinados componentes asimilables al eje pragmático del campo gnoseológico, aunque la existencia de una ciencia sí incluya el eje pragmático. La unidad profesional o gremial del oficio del geógrafo (aplicado o no) no garantiza la existencia de ciertos saberes científicos cuya racionalidad categorial interna involucre una especificación diferenciadora de otras ciencias y que constituya su unidad<sup>92</sup>.

Podemos ilustrar lo que decimos con el caso de la geología. Desde un punto de vista gnoseológico, resultaría superfluo distinguir una geología pura de una geología aplicada. La geología se constituyó como ciencia a partir de contextos prácticos vinculados a las técnicas de producción y la explotación minera. El origen de la geología habría que ponerlo en un principio en la petrología y en la mineralogía ligadas a las actividades mineras y, por supuesto, a los intereses de explotación del subsuelo para encontrar materias primas y fuentes de energía. El regressus que desde las prácticas y técnicas mineras condujo hasta la constitución de la geología es solidario del progressus desde las teorías geológicas condujeron hasta las prácticas mineras de nuevo. No cabe llamar al regressus ciencia pura y al progressus ciencia aplicada fracturando una dialéctica realmente existente constitutiva de la geología. Los antecedentes de la geología, en una perspectiva gnoseológica, son la metalurgia y la minería, prácticas intensificadas con la evolución industrial, aunque ya desde el neolítico existían en muchas sociedades. Las prácticas artesanales

(89) Phlipponneau, Michel: *Opus cit.*, pág. 8.

(90) Phlipponneau, Michel: *Opus cit.*, pág. 10.

(91) *Ibidem*.

(92) Bueno Martínez, Gustavo: *Teoría del cierre categorial (5 Vol.)*. Pentalfa. Oviedo, 1992. Págs. 395-399.

dadas en las distintas culturas suponen el desarrollo de una multiplicidad de instituciones basales engranadas con otras de tipo cortical (ocupación de un territorio rico en bronce o en hierro) y conjuntivo (formación de funcionariado)<sup>93</sup>. Las técnicas artesanales ligadas a la metalurgia involucrarían mitologías explicativas, pero el desarrollo de la geología como ciencia iría desmontando tales mitologías a la vez que construyendo un cuerpo de saberes que desembocaría en lo que hoy conocemos como geología<sup>94</sup>.

Retomando nuestra argumentación, habría que concluir postulando el carácter práctico y operatorio de las ciencias. En el caso de la geografía, tendríamos que verla —como muchos otros saberes, por otra parte— asociada al desarrollo de determinadas culturas, organizaciones sociales y/o sociedades políticas. Sería, por tanto, pertinente postular la existencia de una multiplicidad heterogénea de saberes geográficos. El reconocimiento de esta multiplicidad heterogénea nos permite suspender el juicio, por el momento, sobre la supuesta jerarquía entre los mismos, partiendo, como hacen algunos autores, de la dicotomía entre unos saberes académicos y universitarios frente a otros mundanos y vulgares (neogeografía). Todos los saberes geográficos presupondrán una escala operatoria. La tesis de Lacoste de la geografía como arma bélica está enfocada críticamente desde una

(93) Pero ni siquiera se podría hablar de ciencia aplicada (práctica) frente a ciencia pura (teórica) en el sentido de dar a entender un corte entre una fase ideológica de la geología y una fase científica, que se acabaría desentendiendo de los lazos de intereses y de los planes políticos, al constituirse la teoría de la tectónica de placas, por ejemplo. Muy al contrario, la geología y la cartografía geológica están involucradas en procesos políticos que atañen a las distintas capas y ramas de una sociedad política. No es exclusivo de la geografía ser un arma para la guerra. En este sentido, podríamos decir que la guerra de Afganistán, por ejemplo, es tan política como geológica, en la medida en que los saberes geológicos forman parte del engranaje basal de la misma. El interés por el suelo de Afganistán involucra una multiplicidad de estados orientados desde la perspectiva de sus capas basal y cortical. El valor geoestratégico de Afganistán es su misma riqueza minera, en la medida en que la gran concentración de minerales podría convertir el país, según Sarah Simpson, en uno de los centros mineros más ricos del mundo. Y es aquí donde desempeña la geología un papel crucial. La teoría de la tectónica de placas, por lo tanto, sin perjuicio de su verdad gnoseológica —y acaso precisamente por ello— permite reconsiderar bajo una nueva luz el valor geoestratégico de Afganistán, que será visto ahora como un trozo de corteza terrestre, resultado de las colisiones entre diferentes placas, dando lugar a la formación de los mayores yacimientos del planeta a lo largo de los márgenes convergentes —donde será posible encontrar minerales del grupo del platino como el paladio o el rodio, empleados en la fabricación de catalizadores; o tierras raras como el neodimio tan importante para la fabricación de discos duros o imanes de alta potencia—. La guerra de Afganistán moviliza tanto helicópteros Back Hawk, para transportar a los escoltas formados por marines, como a grupos de geólogos en misiones enfocadas a obtener muestras mineralógicas y a cartografiar determinadas áreas de potenciales yacimientos. ¿Cómo separar la ciencia geológica de la política? Es la verdad de la tectónica de placas la que revela el sentido basal de la guerra de Afganistán, movilizándolo a la vez componentes conjuntivos y corticales. En este sentido, las *normas fundamentales imperialistas —depredadoras o generadoras—* relativas a los estados que concurren en la guerra se ejercen *in media res* y la representación de las normas *ejemplaristas* y *aislacionistas* se nos aparecerán como claramente ideológicas. Cuando Sarah Simpson considera la conversión de Afganistán en un país pacificable en el que tendría lugar la sustitución del cultivo del opio por la explotación de sus reservas minerales está presuponiendo en cierta manera la idea de un imperialismo generador (Simpson; Sarah: “Riqueza mineral de Afganistán” en *Investigación y Ciencia*. Número 423. Diciembre 2011. Págs. 50-57).

(94) Álvarez Muñoz, Evaristo: *Filosofía de las ciencias de la tierra*. Pentalfa. Oviedo, 2004. Págs. 38-53.

perspectiva, a nuestro juicio, redundante, pero también tiene el mérito (por su ejercicio) de haber roto con una concepción no operatoria de la geografía, al reconocer a los sujetos temáticos como sujetos operatorios<sup>95</sup>. El carácter de saber estratégico (*finis operantis*) de la geografía interesa desde la perspectiva de los sujetos temáticos, es decir, la geografía como saber estratégico pertenece también a los sujetos actantes. Y esto es tanto como decir que el sujeto gnoseológico se configura, en este sentido, a la misma escala que el sujeto actante, diluyéndose así la diferencia entre saberes geográficos universitarios ajenos a la concepción ingenua del gran público, poniéndose, por ello mismo, a prueba la propia científicidad de la geografía. No queremos decir que no sea posible delimitar un campo de conocimiento geográfico con “su praxis, su semántica y su gramática” —para emplear la expresión de Ortega Valcárcel—, pero sí que los saberes geográficos parecen constitutivos de un contexto fenoménico. El mismo Ortega Valcárcel lo reconoce a su manera:

Estas derivas del discurso geográfico surgen de su carácter poco elaborado, desde el punto de vista teórico, como campo de conocimiento, en relación con un objeto geográfico que tampoco ha sido construido de forma consecuente, y con un lenguaje poco riguroso lleno de metáforas, de términos alquilados a otras disciplinas, de vocablos de uso coloquial. Circunstancias que han permitido su escasa definición, confundido con simples nociones de uso coloquial o cultural. La reivindicación reciente de un lenguaje *de la* geografía, diferenciado del lenguaje de geografía apunta a esta necesidad de depurar y definir el uso de las “palabras de geografía”.<sup>96</sup>

Y esta dimensión fenoménica es la que queremos que se reconozca al hablar de saberes geográficos. En otro sentido, hay que decir que no por la utilización de metáforas el lenguaje de las ciencias se hace menos riguroso: la palabra “célula” pertenece al campo de la biología siendo un término riguroso y nuclear dentro de su escala, biológico por derecho propio, y, sin embargo, es a la vez una metáfora o, si se quiere una analogía. La cuestión, volvemos a recordar, no es la utilización de metáforas o analogías, porque las metáforas y las analogías pueden constituir modos de las ciencias completamente pertinentes, según el caso. La cuestión es que estas metáforas tengan potencia conceptual suficiente como para transformarse en partes formales —claras y distintas— del campo de una ciencia.

Así pues, y aun admitiendo las objeciones de Ortega Valcárcel, tendremos que reconocer la existencia de múltiples saberes geográficos. Serán saberes geográficos tanto las representaciones de los agentes sociales y los individuos que operan en el espacio geográfico como

(95) Lacoste, Yves: *La geografía un arma para la guerra*. Anagrama. Barcelona, 1977, pág. 124.

(96) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 503.

las llamadas vivencias y experiencias colectivas. Sin duda, las discusiones sobre el territorio, el paisaje, el espacio social, &c. responden a intereses y a campos disciplinarios diferentes, pero todos se caracterizan por ser saberes geográficos. Igualmente, incluiremos entre los saberes geográficos los relatos de viajes, las descripciones de sitios y lugares, las observaciones “espaciales” de los historiadores, pero también de los novelistas y literatos en general. No podemos tampoco rechazar las llamadas geografía de los ingenieros y geografía de los estados mayores, así como tampoco la geografía de los grandes operadores de turismo. Si se quiere admitiremos que estos saberes son saberes parageográficos o protogeográficos, pero desde la perspectiva materialista que presupone el origen práctico y técnico de las ciencias es necesario contar con este tipo de saberes, porque, en todo caso, formarían el caldo de cultivo fenoménico de la geografía: la experiencia de los agentes sociales, políticos y económicos incluyen saberes sociales de la misma manera que quienes se ven afectados por las operaciones de éstos desarrollarán sus propios saberes o contrasaberes neogeográficos. De alguna manera, Karl Schlögel, en su obra *En el espacio leemos el tiempo* recoge la efectividad de la multiplicidad de los saberes geográficos<sup>97</sup>: “El espacio resuena en las metáforas del “panorama político” con su “derecha”, su “centro” y su “izquierda””<sup>98</sup>. La frase de Ratzel, que constituye el título del libro, “En el espacio leemos el tiempo” ya nos remite a una escala operatoria, dada en un presente anómalo. El “giro espacial” del que se hace eco Schlögel incluye el más variado tipo de contenidos y presupone una conexión con las operaciones de los sujetos humanos (planes, fines y programas); por tanto, con el tiempo histórico en el que aquellas operaciones tienen lugar. Interesa del libro de Schlögel el hecho según el cual no privilegia ningún contenido en su análisis espacial. Los distintos términos se incorporan en tanto que componentes fenoménicos que presuponen a su vez operaciones sobre el espacio geográfico o, dicho de otra manera, operaciones que son constitutivas del espacio geográfico.

El interés de David Harvey por las condiciones de cientificidad de la geografía le ha llevado a la consideración de lo que él denomina ámbitos de producción de conocimientos geográficos<sup>99</sup>. El conjunto de saberes que Harvey analiza resulta de mucha utilidad desde nuestros presupuestos, porque interpreta estos ámbitos de producción del saber geográfico desde coordenadas completamente ajustables a las distintas capas del poder político que propone el materialismo filosófico. Los saberes geográficos, desde esta perspectiva, se presentarían como saberes sobre el territorio desplegándose unas veces a una escala

formalmente política y otras a una escala materialmente política, pero siempre vinculados o entreverados con las distintas capas de la sociedad política, en sentido descendente o en sentido ascendente.

Así pues, los ámbitos de producción de los “conocimientos geográficos”, señalados más arriba, constituidos por el “aparato estatal” o por las “organizaciones no gubernamentales” pueden ser vistos como “ámbitos práctico-prácticos” desde los que se van organizando saberes geográficos entreverados con la capa conjuntiva del poder político. Los ámbitos formados por el “poder militar”, las “instituciones supranacionales”, pero también, de nuevo, las “organizaciones no gubernamentales” son ámbitos directamente vinculados a la capa cortical. Y los ámbitos relacionados con lo que Harvey denomina “intereses empresariales y comerciales” y con los “sectores de los medios de comunicación de ocio y turismo” podrán ser relacionados con la capa basal de la sociedad política. De aquí resulta, que los saberes geográficos ya no pueden ser considerados como saberes exentos, independientes de toda realidad práctica. Ya no se tratará de que la geografía tenga que ver con la descripción y explicación de estos “conocimientos geográficos”, lo que sin duda es así, sino de que los conocimientos geográficos constituidos a esta escala práctica, fenoménica, son “estructuralmente”, es decir, formalmente, partes del saber geográfico.

El “aparato estatal” a través de sus funciones de gobierno, administración, tributación, planeamiento y control social recopila y analiza la información geográfica<sup>100</sup>; estaríamos en una perspectiva coordinable con lo que según nuestro planteamiento serían las capas conjuntiva y basal. Los contenidos geográficos son piezas fundamentales para la constitución del Estado, el cual puede ser concebido como el contexto —ámbito según Harvey— de producción de saberes geográficos por excelencia. Los planes y políticas relativas a los distintos sectores de la producción desarrollan conocimientos geográficos y se desenvuelven a través de saberes geográficos (agricultura, silvicultura, transportes, industria, &c.). El Estado interviene en las distintas escalas espaciales a través de leyes generales y de normas parciales y específicas en los distintos territorios. La planificación política y económica desde la perspectiva conjuntiva de la sociedad política produce nuevas configuraciones territoriales (autonomías, federaciones) que pueden afectar profundamente a las estructuras de la capa basal de una sociedad política determinada. Los propios geógrafos están muchas veces involucrados en estos procesos políticos de producción de saberes geográficos. Como sostiene Harvey la incorporación de los geógrafos, en tanto que agentes del poder estatal, a la planificación es objetiva, sin perjuicio de que ellos lo reconozcan o no<sup>101</sup>.

(97) Schlögel, Karl: *En el espacio leemos el tiempo*. Siruela. Madrid, 2003.

(98) Schlögel, Karl: *Opus cit*, pág. 13.

(99) Harvey, David: *Opus cit*, pág. 229.

(100) Harvey, David: *Opus cit*, pág. 230.

(101) Harvey, David: *Opus cit*, pág. 231.

El “poder militar” es una de las instancias más características de la capa cortical de la sociedad política y en muchos casos constituye una parte decisiva que puede arrastrar u orientar las actuaciones desde otras capas. La producción de mapas o la elaboración de rigurosos sistemas de información geográfica (SIG) son de primer orden para el poder militar. La importancia del poder militar, por otra parte, habría sido crucial ya desde la cristalización de los estados prístinos. También las “instituciones supranacionales” pueden ser analizadas como parte del desenvolvimiento de la capa cortical de una sociedad política (diplomacia, poder federativo). Instituciones supranacionales tales como el Banco Mundial, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, la OIT, la OMS, la UNESCO, la FAO, &c. no son otra cosa que nudos diplomáticos que suponen el acuerdo o el consenso —en contextos de conflicto— de distintos intereses estatales desde la capa cortical. Desde estos ámbitos se produce gran variedad de conocimientos geográficos (agricultura, salud, trabajo, medio ambiente, &c.). Las ONGs pueden ser vistas desde la capa conjuntiva o dese la capa cortical de la sociedad política. Desde la capa conjuntiva pueden ser asimiladas a otras instituciones de la “sociedad civil”. Desde la capa cortical pueden interpretarse como procedimientos materialmente políticos mediante los cuales unos estados intervienen en otros. Las organizaciones no gubernamentales incorporan un gran número de saberes geográficos (Amnistía Internacional, Greenpeace). Harvey incluye aquí, con razón, a las instituciones religiosas; la Iglesia Católica habría tenido funciones de primer orden entre las sociedades políticas durante la Edad Media. La implantación y difusión del monasterio medieval no habría sido otra cosa que una forma de producción y transformación del espacio.

Los “intereses empresariales y comerciales” deben ser vistos desde la perspectiva de la capa basal de la sociedad política, aunque sin perder de vista su involucración con las otras capas del poder. La necesidad objetiva de expertos por parte de las empresas para dar solución a cuestiones de ubicación, de disponibilidad de recursos, política medioambiental, seguridad en la inversión de recursos humanos, &c. genera una gran cantidad de saberes de tipo geográfico. Las exigencias de explotación de recursos piden incluso el concurso de los especialistas (geólogos, geógrafos, ingenieros, biólogos, &c.). Por otra parte, los “sectores de los medios de comunicación, del ocio y del turismo” desempeñan también un importante papel en la producción de saberes geográficos. Habría que resaltar la producción de representaciones geográficas o, en todo caso, espaciales a un público en general. Desde el punto de vista de la representación estas instancias cambian continuamente la percepción del espacio a través de la publicidad.

David Harvey contempla asimismo los saberes o conocimientos geográficos desde las “instituciones

educativas” y de investigación. Sin duda, en este ámbito, encontraremos saberes que involucran a las distintas capas de la sociedad política. En todo caso, lo que queremos poner de manifiesto es que los saberes que se producen aquí, a diferencia de los que acabamos de enumerar, son saberes dados en un plano más doctrinal —saberes  $\alpha$ —, mientras que en los otros casos estaríamos ante saberes de tipo empírico —saberes  $\beta$ —, sin perjuicio de que unos se produzcan en un sentido ascendente y otros en un sentido descendente —los saberes de quienes se ven afectados por planes de ordenación del territorio—. Los saberes de las instituciones educativas y de investigación son los de los economistas, sociólogos, antropólogos, politólogos y no exclusivamente los saberes de los geógrafos.

En todo caso, es importante advertir que la reinterpretación de los distintos ámbitos de la producción de los saberes geográficos de la que habla David Harvey desde la perspectiva de las tres capas de la sociedad política propuestas por el materialismo filosófico constituye ya por sí misma una crítica a la teoría de los tres sectores —ideología implícita en las argumentaciones de Harvey—<sup>102</sup>.

Este es el contexto pragmático de la dialéctica relativa a la unidad y distinción de las ciencias (de la geografía). Numerosos científicos —repetimos, y no sólo los geógrafos— operan con términos relativos a fenómenos como la circulación general atmosférica, la biodiversidad, la difusión de enfermedades, el transporte internacional, la asistencia sanitaria, el problema del agua o el desarrollo urbano. ¿Cómo debemos interpretar los conflictos gnoseológicos fronterizos? ¿Cómo una amenaza o cómo un diálogo entre disciplinas? Como hemos dicho, los llamados “ámbitos de producción” de saberes geográficos son plurales y diversos y son ámbitos prácticos. La geografía se encuentra frente a otras disciplinas o ciencias que compiten con ella. El estatuto gnoseológico de ciencia no resulta de la voluntad de agrupar esta disparidad de saberes en un edificio o en una publicación que lleve el sello de una institución educativa o universitaria.

La escala de los saberes geográficos, de quienes son afectados por los planes y programas geopolíticos se proyecta en el lenguaje, y en los modos de vida (mitología, costumbres, imaginario). Buena parte de las instituciones culturales son, sin lugar a dudas, instituciones geográficas desplegadas en el espacio como no podría ser de otra manera. Un sistema de carreteras o de ferrocarriles puede verse como un complejo de instituciones antropológicas constitutivas ellas mismas del espacio geográfico. Las normas de circulación, los horarios, las conexiones, la ubicación de las estaciones de repostaje presuponen una serie de saberes geográficos. Las distintas y posibles trayectorias de un taxista ovetense,

(102) Bueno Martínez, Gustavo: “El tributo en la dialéctica sociedad política/sociedad civil” en *El Basilisco*. Segunda Época n° 33, SEPTIEMBRE, 2003. Págs. 3-24

madrileño o californiano son saberes geográficos con los que cuentan tanto los sujetos como los geógrafos, tanto el viandante como Harvey, Bunge o de Castro. No se trata de recordar lo que es sabido para resucitar las primeras argumentaciones de la llamada geografía radical ni de redescubrir la dimensión subjetiva de la geografía — porque las dimensiones subjetiva y objetiva siempre están en las ciencias—. Si, como dice Horacio Capel, en la base de los argumentos de la geografía radical estaban los problemas reales que empezaban a formularse en los años 60 y 70 del siglo XX, como el problema ecológico, la segregación social en las ciudades norteamericanas, la guerra del Vietnam, el movimiento negro, &c., &c.<sup>103</sup> es porque la argumentación misma se constituye en un contexto fenoménico donde el saber llamado geográfico crítico está “participado” de otros saberes también geográficos. Las “expediciones geográficas”<sup>104</sup> de Bunge por los barrios urbanos marginales deben ser vistas en este sentido práctico (práxico). La disciplina de la geografía se constituye como saber geográfico en el vertedero de los saberes geográficos.

En suma, la reflexión de David Harvey tiene la virtud de ejercer una perspectiva fenoménica de los saberes geográficos —la de los sujetos temáticos—. Su punto de vista, criticable por razones gnoseológicas, resulta sin embargo interesante en cuanto que, en este contexto, ejerce una concepción de la geografía vinculada a las prácticas políticas de planificación espacial. Bien es cierto que Harvey parece entender la vinculación del poder político con los saberes geográficos como una crítica al poder político mismo —recogiendo algunos de los puntos de vista de Foucault—, pero desde nuestra perspectiva, lo que interesa es constatar la efectividad de su ejercicio que reconoce una pluralidad de saberes geográficos realmente existentes vinculados a la estructura de las sociedades políticas y, por tanto, a las prácticas sociales, económicas, técnicas, políticas, culturales, &c.

Ahora bien, si, por un lado, el concepto de saberes geográficos ligados a las prácticas y técnicas sociales, económicas, políticas, &c., nos remite a un conjunto de contenidos, por decirlo así, profanos, con relación a lo que se entienda por disciplina de la geografía, por otro lado, nos encontramos con el hecho según el cual los geógrafos pueden ser vistos según las tres dimensiones de Phlipponneau de expertos, ciudadanos y agentes políticos<sup>105</sup> —en rigor, más que ser vistos, habrá que decir que son esas mismas dimensiones objetivamente las que se están ejerciendo en ellos—. Desde este punto de vista, podemos considerar las operaciones de los geógrafos establecidas en un marco fenoménico cuya escala es la misma que la de los sujetos estudiados por la propia geografía. Aunque hablaremos más adelante

sobre esta cuestión, podemos decir ahora que el sujeto de la geografía puede ser entendido desde un doble plano como sujeto gnoseológico, pero también como sujeto temático, situados en la inmanencia del mismo campo geográfico. La idea del geógrafo considerado como experto, como ciudadano o como actor político nos lleva ante un conjunto de saberes geográficos en el contexto de la experiencia de los agentes sociales, políticos y económicos. Por ejemplo, el geógrafo como ciudadano introduciría su experiencia de científico social en tanto que puede verse afectado por los planes y programas geopolíticos basales, corticales o conjuntivos; el geógrafo como experto pondría al servicio de quienes le contratan saberes geográficos propiamente dichos, es decir, los saberes de las disciplinas o ciencias geográficas.

El geógrafo en tanto que experto puede ser entendido como el poseedor de una serie de conocimientos sobre el medio geográfico, como especialista en una serie de técnicas precisas o como quien domina un método particular de investigación; y será la referencia de instituciones privadas y públicas con diferentes y contrapuestos intereses. Phlipponneau nos cuenta que durante las elecciones regionales francesas de 1998 el diario *Le Monde* consultaba a los geógrafos en calidad de expertos sobre asuntos regionales<sup>106</sup>. El geógrafo como experto puede ser, así mismo, visto como una Personalidad Cualificada (PQ) y numerosas veces se lo verá asociado a las administraciones de empresas, asociaciones, administraciones públicas, &c. El papel de geógrafo experto es una figura nacida antes del concepto como tal. Podríamos citar las indicaciones de Maquiavelo en *El príncipe* a propósito de la necesidad del gobernante de conocer los territorios sobre los que gobierna, por no remontarnos más atrás en la historia. Phlipponneau señala que si bien se puede considerar al geógrafo como un experto sobre cuestiones del espacio geográfico no es el único especialista. También los economistas, sociólogos e ingenieros dominan determinados ámbitos del saber y pueden expresar sus opiniones sobre distintos aspectos relacionados con su competencia. La figura del geógrafo como experto o como Personalidad Cualificada (PQ) plantea cuestiones relacionadas con la deontología, que sin duda muchas veces se vinculan con cuestiones de filosofía moral (ética —bioética—, moral). También las cuestiones deontológicas aparecerán embrolladas con las políticas ideológicas. Cabe ver en el geógrafo igualmente una dimensión ciudadana en la medida en que los geógrafos forman parte de determinadas sociedades políticas.

La dimensión ciudadana del geógrafo aparece tanto cuando, en calidad de geógrafo (experto), expresa sus opiniones en sus trabajos, en sus estudios e investigaciones como cuando, en calidad de ciudadano, se apoya en su dominio de un determinado campo del saber. Y sin embargo, no por esto cabría hablar de

(103) Capel Sáez, Horacio: *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*. Barcanova. Barcelona, 1981, pág. 426.

(104) Capel, Horacio: *Opus cit.*, pág. 227.

(105) Phlipponneau, Michel: *Opus cit.* Págs. 61-78.

(106) Phlipponneau, Michel: *Opus cit.*, pág. 62.



una geografía ciudadana habida cuenta de que toda geografía ya es por sí misma una geografía ciudadana. El reconocimiento de la geografía como un saber ciudadano por esencia supone una crítica a cualquier tipo de saber que pretenda sustancializar ciertos tipos de saberes como saberes de ciudadanía. El geógrafo no es más que un ciudadano particularmente cualificado<sup>107</sup> por su formación y por el dominio de unos conceptos, temas y un lenguaje característico. Pero el dominio de esa gramática, de esa praxis y de esa semántica —en términos de Valcárcel— no le hace más ciudadano que cualquier otro individuo, sea o no especialista. Pero como ciudadano el geógrafo podrá adscribirse —aunque sería más justo decir que está envuelto por ella— a una determinada ideología y sus investigaciones podrán estar al servicio de unos fines, planes y programas o de otros. Esta dimensión del geógrafo como ciudadano estará íntimamente relacionada con la dimensión política (el geógrafo como político). El geógrafo puede aparecer, entonces, como geógrafo comprometido —que toma partido—, no neutral con relación a determinados contextos e ideologías políticas, estados.

El geógrafo en tanto que actor político tendrá responsabilidades políticas o no según se entienda su lugar en el entramado de las capas y ramas del poder político en sentido ascendente o descendente<sup>108</sup>. Ahora bien, reconocer la dimensión política de los geógrafos no significa que se postule la existencia de un partido de los geógrafos<sup>109</sup>. En el seno de la misma geografía se suele hacer una distinción entre una geografía política de carácter más bien descriptivo y una geopolítica cuyo carácter es más interventivo<sup>110</sup>. Sin embargo, esta dicotomía parece estar fundada en otra más general pero también más metafísica como la de teoría y praxis. De ahí que Phlipponneau califique estas distinciones, acertadamente, con el desafortunado concepto de sutilezas dialécticas —como si quisiera decir embrollos bizantinos—.

Estas dimensiones del geógrafo como experto o profesional cualificado, como ciudadano y como político, de alguna manera presuponen la distinción —al menos en su ejercicio— entre saberes geográficos empíricos positivos y saberes geográficos doctrinales. En tanto que saberes empíricos positivos el geógrafo aparecerá en el nivel de los trabajos de campo como experto. Aquí la separación entre el experto y el ciudadano o el geógrafo político comprometido es muy compleja. Por ejemplo, los análisis de Lacoste sobre los bombardeos norteamericanos de los diques del río Rojo en Vietnam habrían demostrado la utilización de los

(107) Phlipponneau, Michel: *Opus cit*, pág. 68.

(108) Bueno Martínez, Gustavo: *Panfleto contra la democracia realmente existente*. La esfera de los libros. Madrid, 2004.

(109) Phlipponneau, Michel: *Opus cit*, pág. 75.

(110) Esta distinción entre lo *interventivo* y lo *descriptivo* resulta oscura y confusa; todo parece indicar que los geógrafos carecen de criterios para distinguir —si es que ello fuera posible— la llamada geografía política de la geopolítica: ¿son sinónimos o conónimos?, ¿Cuál es la naturaleza de su cononimia?.

trabajos de campo de Pierre Gourou de 1932 sobre los campesinos del delta tonkinés<sup>111</sup>. La publicación de estos análisis tuvo consecuencias geopolíticas decisivas en la opinión pública internacional. El geógrafo empírico es así un geógrafo político y su cualificación es política. Desde el punto de vista doctrinal los geógrafos podrán ser vistos exclusivamente como expertos que dominan los contenidos de un saber exento. Así pues, tanto los saberes geográficos que se ordenan según la experiencia de los distintos agentes o instancias dadas en una sociedad política determinada (los saberes geográficos como saberes económicos, políticos, sociales, religiosos, culturales, &c., los saberes geográficos de los ciudadanos de a pie pero también de las instituciones sociales como las ONGes) como los saberes geográficos ordenados en torno a lo que pudiéramos llamar disciplinas geográficas —los saberes geográficos de los geógrafos, trabajos de campo, estudios geoeconómicos y de geografía social, &c. o saberes geográficos teóricos en tanto que modelos— forman una multiplicidad heterogénea.

La pregunta por “la naturaleza de la geografía” sin duda tiene algo que ver con el orden de los saberes geográficos en torno a un campo o un dominio de fenómenos a los cuales denominamos como fenómenos geográficos. Un ámbito de fenómenos en los que habría que disociar los contenidos impersonales de los contenidos personales como señalaremos más adelante. Hablar de contenidos personales o subjetuales implica de alguna manera tener en cuenta una escala operatoria en la que entran, por derecho propio, ciertos *fines, planes y programas*. Tanto las decisiones de los geógrafos como las de los sujetos geográficos, es decir, los llamados agentes geográficos, son operaciones —diríamos— sobre operaciones objetivadas y suponen el ejercicio de determinados objetivos. El despliegue configuracional de determinadas morfologías paisajísticas involucra una textura de operaciones que ponen en marcha fines, planes y programas —que incorporan en su desenvolvimiento determinadas estructuras raciomorfias desplegadas en el medio por los animales a una escala apotética<sup>112</sup>. Se podría decir que la geografía (con minúscula) son estos fines, planes y programas objetivados como paisaje. Sin embargo, no es este el momento ni el lugar de resolver qué sea la geografía. Tan sólo se trata de constatar el hecho según el cual los saberes geográficos implican las operaciones humanas tanto en el nivel de las “instancias” —para emplear el término de Harvey— como en el nivel de los sujetos gnoseológicos, constituido por los geógrafos mismos, hasta el punto de que tanto unos como otros transitan por el concepto de agentes geográficos. Dicho de otra manera, sólo a través de estas estructuras prolépticas, acaso ligadas a la expansión totalizadora de

(111) Phlipponneau, Michel: *Opus cit*, pág. 70.

(112) “El ovoide es una totalidad, pero, a su vez, es una parte contenida en la totalidad del ecoentorno, en el cual también incluimos a otros ovoides.”, véase: Bueno Martínez, Gustavo: “Algunas precisiones sobre la idea de *‘holización’*” en *El Basilisco*. Segunda Época nº 42, 2010. Págs. 19-80.

una sociedad política determinada, podemos entender la constitución de los saberes geográficos como saberes que tienen que ver con la experiencia práctica y con la constitución del mundo.

La pregunta por el carácter, naturaleza o esencia de la geografía está interesada por el orden clasificatorio de los saberes geográficos, si es que existe algún orden entre estos. La filosofía de la geografía en tanto que gnoseología de la geografía debe penetrar en estos problemas y ofrecer una idea de lo que sea la geografía por mínima que esta pueda ser. Pero, sobre todo, creemos que lo que sí está más que meridianamente claro es el hecho según el cual no se podrá decir que la inteligencia de estos problemas sea una cuestión de naturaleza geográfica. Insistimos, estaríamos ante problemas, podríamos decir, metageográficos, porque son problemas que afectan también a otras ciencias y otras clases de saberes. Pero son metageográficos de la misma manera que también son metasociológicos o metaeconómicos. Desde nuestra perspectiva utilizaremos el concepto de gnoseología de la geografía para referirnos a los análisis que tengan que ver con la aclaración y distinción del lugar de la geografía, como diría Emilio Murcia, en el sistema de las ciencias.

---

#### 4. Una ciencia en migajas

---

Hoy, comienza a ser aceptada, dentro de la llamada comunidad de los geógrafos, la idea de la fractura gnoseológica del campo de la geografía<sup>113</sup>. Tal fractura se presentaría, tanto en el nivel del ejercicio como en el de la representación, en cuanto que una separación, cada vez más evidente, entre determinados contenidos que se agrupan bajo el concepto de geografía física —aunque aquí también la heterogeneidad gnoseológica pudiera permitir hablar de distintas disciplinas— y aquellos otros que se acogen bajo el concepto de geografía humana. En efecto, si consideramos las cosas bajo un punto de vista exclusivamente *pragmático*, podremos observar que las publicaciones de libros y artículos que se acogen a titulares o a sintagmas donde el concepto de geografía física o geografía humana ejerce y representa esta fractura no son algo infrecuente; de hecho, la pregunta “¿ciencia natural o ciencia humana?” parece estar de moda en los manuales y tratados denominados metodológicos y epistemológicos<sup>114</sup>. Y, aunque los propios geógrafos

se esfuerzan por representar la síntesis entre “lo humano” y “lo físico” o “lo cultural” y “lo natural” desde un punto de vista intensional, las cosas no son tan evidentes. Los geógrafos humanos y los geógrafos físicos operan con términos y establecen relaciones entre los mismos de escalas tan distantes entre sí como lo son las que quepa atribuir a los historiadores y a los geólogos. Unos dirán coincidir en la descripción y explicación de los fenómenos que se presentan sobre el espacio y otros replicarán que las coincidencias tienen que ver con el estudio del pasado. Pero difícilmente podremos admitir que términos como “espacio” y “pasado” hagan referencia, respectivamente, a los mismos conjuntos de objetos, aunque de alguna manera tengan que ver con ellos. Lo cierto es que entre la geografía humana y la geografía física hay una separación cuya naturaleza parece residir en algo más que en responder al “nombre” de disciplinas diferentes.

Se hace necesario, pues, señalar algunos de los hitos o jalones que han marcado la constitución de estas dos grandes “ramas” —en expresión de Horacio Capel— de la geografía. Para ello, vamos a apoyarnos en la exposición que Ortega Valcárcel<sup>115</sup> hace en su libro *Los horizontes de la geografía*. Esta resulta ser una descripción emic en la que se da cuenta, con toda la crudeza que puede ofrecer un geógrafo —y con numerosos aciertos—, de la fractura entre la geografía física y la geografía humana. Utilizaremos, pues, su exposición para mostrar algunas cuestiones gnoseológicas relativas a las tentativas de formación de un campo gnoseológico cuyos contenidos (geografía física, geografía humana) difícilmente pueden ser concebidos, desde su racionalidad interna, como estructurándose a la misma escala. Así mismo, encontramos un apoyo importantísimo en el tratado de Daniel Hiernaux y Alicia Lindón<sup>116</sup>, *Tratado de Geografía Humana*, en la medida en que nos ofrece las reflexiones de un buen número de geógrafos sobre su propia disciplina —su historia, sus debates metodológicos, sus centros de interés—. Ambas obras nos permiten trazar el croquis de un dominio gnoseológico particularmente singular. Por último, la obra colectiva de en Johnston, Gregory y Smith es un manual imprescindible<sup>117</sup>.

(113) Como contraprueba podemos aducir el hecho según el cual el nuevo *giro regionalista* podría ser interpretado como una figura dialéctica de *anástasis* precisamente orientada a frenar la disolución (*regressus* disolvente) en curso de la geografía. (Véase: Bueno Martínez, Gustavo: “Sobre la idea de Dialéctica y sus figuras” en *El Basilisco*. Segunda Época nº 19, JULIO-diciembre 1995. Págs. 41-49).

(114) Bavoux, Jan-Jacques: *La Géographie. Objet, méthodes, débats*. Armand Colin. París, 2009.

(115) Ortega Valcárcel, José: *Los horizontes de la geografía. Teoría de la Geografía*. Ariel Geografía. Barcelona, 2000.

(116) Hiernaux, Daniel & Lindón, Alicia: *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. Barcelona, 2006.

(117) Johnston, R. J., Gregory, D. & Smith D. M.: *Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000.

Los saberes geográficos, agrupados hoy en la institución universitaria bajo el nombre de una disciplina denominada geografía, se han ido configurando y organizando históricamente como un conjunto de disciplinas caracterizadas por la inconmensurabilidad entre las mismas, de lo que se desprende, consiguientemente, su heterogeneidad gnoseológica. En este proceso de reorganización y divergencia habrían influido tanto componentes de lo que podríamos llamar la praxis geográfica — académica; enseñanza— como de su gramática y semántica, en un curso histórico registrable, sobre todo, a partir del siglo XIX. Pues bien, desde este mismo momento, ya aparece dada la división en dos ámbitos disciplinarios: el de la geografía física y el de la geografía humana. El propio término de geografía humana se remontaría a principios del siglo XX, aunque habría que tener en cuenta el antecedente de la *Antropogeografía* de Ratzel de 1882. En todo caso, no han faltado quienes vieron a la geografía en el lado de las ciencias naturales.<sup>118</sup>

La geografía física fue concebida en términos de descripción y explicación física (“natural”) de la superficie terrestre<sup>119</sup>. Consecuentemente, quedaría clasificada, a partir de su “objeto”, dentro de las ciencias de la Tierra<sup>120</sup>. Evidentemente, tras la expresión “ciencias de la Tierra” se está ejerciendo la “teoría del objeto formal” de la geografía. A pesar de ser considerada como una ciencia de la Tierra, no se podrá decir que la geografía física sea una disciplina construida por referencia a un campo inmanente de términos, operaciones y relaciones, sino más bien un dominio heterogéneo de saberes que se irán organizando “burocráticamente” en el seno de la institución universitaria. *Mutatis mutandis*, lo mismo cabría decir de la geografía humana, que, apoyándose en el estudio, intencional, de las relaciones entre los hombres y la naturaleza, se autoconcibe, interpretando gnoseológicamente la escala ontológica cultura/naturaleza, como una ciencia puente entre las ciencias de la Tierra y las ciencias humanas. Se pretende dar, así, sentido a

una ciencia geográfica autónoma y unitaria. Pero lo cierto es que, según nuestra interpretación, la geografía parece mantener la fractura —diríamos, gnoseológicamente estructural— entre, por un lado, la geografía física y, por otro, la geografía humana. Valcárcel señala que la organización clasificatoria de la geografía en una geografía general y una geografía regional heredada de Alfred Hettner habría perdido todo su sentido como consecuencia de la fragmentación y desmembramiento en una pluralidad de disciplinas dispares:

Geografía física y geografía humana engloban el conjunto de disciplinas de carácter geográfico, las que algunos denominan ciencias geográficas. Los persistentes esfuerzos por unificar ambos campos e integrar los distintos conocimientos especializados constituyen un rasgo distintivo de la evolución de la disciplina en el siglo XX. Una cuestión no resuelta ni en el marco teórico ni en la práctica. Esta nos muestra un amplio abanico de disciplinas consolidadas que se han desarrollado con ritmos muy diferentes. El proceso es patente en el campo de la geografía física caracterizado por el desequilibrio entre las diversas ramas y la primacía notoria, en el tiempo y la amplitud de la geomorfología.<sup>121</sup>

La geomorfología, en su constitución, habría ido a remolque de la geología. De hecho, pragmáticamente considerado<sup>122</sup>, el campo de la geomorfología habría resultado de las operaciones de los geólogos<sup>123</sup>. La geografía física, pues, tendría mucho que ver con la geología como ciencia de la tierra, y no de la Tierra<sup>124</sup>. La geomorfología, como estudio de las formas del relieve, estaría vinculada al análisis y explicación de las estructuras tectónicas terrestres estudiadas desde el punto de vista de la geología. La geomorfología se construiría principalmente como una ciencia clasificatoria (de esas formas de relieve), pero la clasificación de las formas de relieve parece ser del interés, así mismo, de la geología. De hecho habrían sido los trabajos de los geólogos norteamericanos y alemanes, centrados en torno a la morfología de la superficie terrestre los que habrían comenzado a delimitar un *campo de términos* en torno a las relaciones de causalidad entre el relieve y los cursos de agua, el hielo, la acción marina, los volcanes, &c.; un campo en el que se verifica la ausencia de la escala *humana* (operatoria). Fueron los trabajos pioneros de A. Penck (1858-1945) y de O. Peschel (1826-1875) y los estudios de J. Cjivic en torno a la morfología cársica.

(118) Tal sería el caso de Vidal de la Blache: “La géographie fait parti des sciences de la nature [...] Elle a pour mission de rechercher comment les lois physiques et biologiques qui régissent le globe se combinent en s’appliquant aux diverses parties de la surface de la terre” (Citado en Scheibling, Jacques: *Que est-ce que la géographie?* Hachette. París, 2011, pág. 23). Así mismo, Strachy, Richard: “El lugar de la geografía en las ciencias físicas” en *Revista Contemporánea*. Año II-III. Tomo XI. Septiembre-octubre de 1877. Págs. 205-225.

(119) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 369.

(120) En contraste compárese con la definición de Carl Sauer: “La Geografía no es la ciencia de la Tierra sino el estudio de las tierras” citado por Fernández Christlieb, Federico: “Geografía cultural” en Hiernaux, Daniel & Lindón, Alicia: *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. Barcelona, 2006, pág. 224.

(121) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 370.

(122) Es decir, suponiendo que la geomorfología sea una ciencia cuyos componentes formales se dibujan en sus distintos ejes *sintáctico*, *semántico* y *pragmático*, podemos disociar el eje pragmático a efectos de considerar sus relaciones con otras categorías científicas.

(123) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 371.

(124) Álvarez Muñoz, Evaristo: *Filosofía de las ciencias e la tierra. El cierre categorial de la geología*. Pentalfa. Oviedo, 2004.

Así pues, la geomorfología, vinculada a la geología se entendía como una Topografía y una Fisiografía, es decir, como partes de la geología. De hecho, situados en un plano puramente sociológico, las primeras cátedras de geografía se orientaron a cuestiones de tipo físico tanto en Europa como en Estados Unidos. En Estados Unidos, habría que señalar a los geógrafos John Wesley Powell (1835-1902), G.K. Gilbert y H. Gannett. Bien es cierto que la figura destacable es la de W. Harris Davis (1850-1934) cuya teoría del “ciclo de la erosión” ha tenido enorme importancia en el desarrollo posterior de la geomorfología. En Europa, también la geología habría marcado los inicios de la geomorfología. En Alemania, F. von Richthofen y A. Penck; además geógrafos como A. Passarge (1867-1958) y A. Hettner (1859-1941) fueron geomorfólogos. En Francia, E. De Martone (1873-1955) y H. Baulig (1877-1962) también fueron geomorfólogos.

Ahora bien, a partir de estos apuntes, podemos vislumbrar como cuestión de primera importancia el hecho según el cual la geomorfología se va constituyendo como una disciplina cuya racionalidad interna o *escala gnoseológica* —geomorfológica— va apareciendo cada vez con mayor autonomía con relación al resto de las ciencias geográficas (desde los *términos objetuales*, las *operaciones* y las *relaciones*). Es una autonomía que la hace independizarse no ya de la geografía humana sino dentro de lo que pudiera llamarse geografía física, sin perjuicio de la confluencia en torno a centros de interés comunes con otras ciencias o disciplinas geográficas —pongamos por caso en la actualidad la geografía de los riesgos—. Quedaría por ver si esta autonomía se refiere también al propio campo de la geología. En este punto, los debates entre geomorfólogos y geólogos son intensos. Otra cuestión interesante es la de si la geografía física puede ser reducida a la geomorfología o si es posible hablar de la geografía física con sentido gnoseológico como categoría científica. Como dice Valcárcel:

Una disciplina que integre los diversos componentes del medio físico *de forma más realista* (sn) en cuanto a la incidencia e importancia de los mismos en el conjunto.<sup>125</sup>

Es decir, la constitución de una “auténtica” geografía física. A nuestro juicio, lo que aquí se plantea está más en la línea de una “ciencia buscada” o “deseada” que de una “ciencia encontrada”. Se podría decir que todas las cuestiones debatidas tienen mucho que ver con la escala operatoria en la que nos movamos, amén de la escala constituida por las relaciones anudadas entre los términos del campo. Por ello, habrá que poner en cuarentena propuestas como las del geógrafo J. Tricart de integración global de los contenidos en una geografía física<sup>126</sup>. En efecto, la geografía física agrupa o pretende agrupar un

conjunto de disciplinas formado por la climatología, hidrografía y biogeografía, aparte de la geomorfología. Pero cada una de estas disciplinas parece no mantener relaciones de la misma escala<sup>127</sup>. Habría que pensar si esta unidad deseada no conduce más bien a una filosofía natural sui generis (una nematología determinada en torno a componentes geográficos espaciales) que a una ciencia propiamente dicha. La cuestión aquí planteada queda abierta, porque no es este el lugar ni el momento de llevar a cabo la magna tarea de analizar el estatuto gnoseológico de cada una de las disciplinas que se acogen a la capa de la geografía física.

Algo parecido, modificando los términos de referencia, podemos decir de la climatología. Esta disciplina ha tenido un desarrollo que parece encaminarse hacia la formación de un ámbito disciplinario diferenciado —y, por lo tanto, que ha *segregado de su campo* los contenidos geomorfológicos, hidrológicos o botánicos (biogeográficos), en cuanto contenidos constitutivos como partes formales del campo, sin perjuicio de que se inserten en él como partes materiales— que hacia la integración junto con el resto de disciplinas en una ciencia denominada geografía física. La climatología, como disciplina, se vincula con la meteorología y con la física de la atmósfera y, en cuanto que ciencia geográfica, habrá que decir que se mantiene en un nivel clasificatorio y descriptivo fenoménico (clasificación de los climas). Así, por ejemplo, los trabajos de J. Hann (1839-1921) con su *Manual de Climatología* y W. Köppen (1846-1940). La teoría meteorológica de los frentes constituyó cierto desarrollo de la climatología (escuela de Bergen: W. K. Bjerknes (1862-1951)) y J. Bjerknes (1897-1975) en torno a los conceptos de masas de aire, frentes (frente polar) y circulación general de la atmósfera, que, sin perjuicio de que un análisis en profundidad concluya o no su textura categorial propia parecen dibujar en el plano sintáctico y semántico el perfil de una escala constitutiva contradistinta a la de la geomorfología. La teoría de la Circulación General de la Atmósfera de C. G. Rossby (1898-1957), elaborada en los años de la Segunda Guerra Mundial parece indicar las líneas maestras para la indagación del cierre categorial de la meteorología, aún a expensas de una teoría de la dinámica de fluidos; incluso teniendo en cuenta el descubrimiento y explicación de la teoría del Jet Stream. La teoría de la Circulación General de la Atmósfera ha puesto el marco en el que se mueven tanto la meteorología como la climatología modernas<sup>128</sup>. La clasificación de los tipos de tiempo responde a la dinámica de los distintos centros de acción y permite una conceptualización local regional o general. En la nueva orientación de la geografía climática, están muy

(127) Otra cosa es que los componentes climatológicos, hidrográficos y biogeográficos pasen a formar parte de la geomorfología en cuanto que *partes materiales*.

(128) Barry, R. G. & Chorley, R. J.: *Atmósfera, tiempo y clima*. Omega. Barcelona, 1980. ; Capel Molina, José Jaime: *El clima de la península Ibérica*. Ariel. Barcelona, 2000. Véase también Cuadrat, J. M. & Pita, M. F.: *Climatología*. Cátedra. Madrid, 2011.

(125) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 376.

(126) Tricart, Jean: *La Tierra, planeta viviente*. Akal. Madrid, 1981.

presentes los nombres de P. Pèdelaborde (Francia), O. G. Siston (ámbito anglosajón) y H. Flohn (Alemania). Recientemente las orientaciones de la climatología geográfica se dirigen a la interpretación de los fenómenos físicos desde el punto de vista de la problemática social. Aquí, los “centros de interés” más comunes son los que tienen en cuenta las “intrusiones antrópicas” en los “procesos naturales” atmosféricos o las determinaciones derivadas de la localización de los fenómenos meteorológicos; así, la localización de áreas catastróficas, relacionándolas con procesos de hambre, migraciones y cambios sociales (sequías persistentes, gota fría, ciclones, &c.). Pero también a los climas locales, microclimas, climas urbanos, &c., teniendo en cuenta la perspectiva de la incidencia humana en el medio<sup>129</sup>.

Parece que la climatología geográfica se constituye como una categoría geográfica actualmente en expansión que ha multiplicado sus campos de estudio. Ahora bien, lo que interesa desde nuestro punto de vista —y en lo que insistimos—, es entender en qué sentido esta nueva orientación es pertinente gnoseológicamente. No parece tan evidente que del interés social, político, económico, &c. se derive la cristalización constituyente de un estatuto gnoseológico estructurado de forma autónoma para la climatología geográfica. Pero tampoco está clara su integración (entendiendo esto como la concatenación formal de los términos que darían lugar a la escala categorial) en una geografía física, digamos, por derecho propio. No decimos que los estudios climatológicos geográficos sobre los riesgos climatológicos o meteorológicos de determinadas áreas terrestres no tengan un interés geográfico como también lo puedan tener sociológico o económico. Lo que queremos insinuar es que si los distintos géneros de materialidad que constituyen el mundo se organizan morfológicamente como categorías de escalas inconmensurables relativas a distintas identidades sintéticas, cabría decir que, por mucho que se desee, no por el hecho de describir las “relaciones entre el hombre y el medio” desde un punto de vista social (sociológico) estaríamos autorizados a decir que nos hallamos ante una disciplina —acaso la climatología— organizada en tanto que una *categoría gnoseológicamente cerrada*.

La hidrografía atiende al estudio de las aguas. Durante mucho tiempo se había mantenido como una disciplina descriptiva: estudio de las cuencas hidrográficas y sistemas fluviales<sup>130</sup>. La sistematización de los datos recogidos (datos climáticos, caudales con estaciones meteorológicas y de aforo) permitió establecer el concepto de régimen fluvial y, unido a este concepto, los de estiajes y avenidas. De la misma manera que en el caso de la climatología geográfica, las orientaciones

de la investigación actual se dirigen a los centros de interés (nódulos temáticos) que ponen de manifiesto las relaciones del hombre con el medio (dimensión social, uso y gestión del agua, &c.). En este sentido, se tiene en cuenta los conceptos de ciclo hidrológico y de balance de agua en la Tierra<sup>131</sup>. Otras perspectivas en la misma orientación que la geomorfología, pero también que la climatología consisten en la evaluación de los riesgos naturales. Desde este punto de vista, se podría establecer ciertas relaciones entre los fenómenos meteorológicos y los hidrológicos; ahora bien, ¿fundamenta esta vinculación la escala de una nueva disciplina? ¿No hay que tener en cuenta la distinción entre las *partes materiales* y las *partes formales* de una ciencia? A nuestro juicio, parece que la cuestión de los riesgos naturales y de la escasez del agua, con toda la problemática social, política y económica que lleva aparejada induce a interpretar a la geografía de las aguas más en el sentido  $\beta$ -operatorio que como una geografía física y natural (sentido humano por referencia a las técnicas, a los fines y planes, por ejemplo).

El ámbito en el que se organiza la biogeografía tendría una trayectoria paralela al de la hidrografía<sup>132</sup>. Como el resto de las disciplinas geográficas comentadas más arriba se inscribe en el área de la geografía física. Los antecedentes de la biogeografía estarían en la geografía botánica y en la zoogeografía, las cuales eran partes de la biología. La biogeografía se habría formado como una ciencia clasificatoria taxonómica ya desde los tiempos del mismo Alexander von Humboldt (1805) en su *Ensayo sobre la Geografía de las Plantas*. El desarrollo de los enfoques fitosociológicos (J. Braun Blanquet y H. Gaussen; F. E. Clements) serán importantes para la constitución de la geografía botánica en la primera mitad del siglo XX. Considerando una escala gnoseológica que podríamos denominar *semántica* comienzan a construirse conceptos como los de asociación vegetal, formación vegetal, invasión, colonización y competencia, insertados en un marco evolucionista que permiten construir relaciones con cierta racionalidad interna. Y, junto a las nociones de serie y de clímax nos ponen en presencia de la dinámica de las formaciones vegetales. Estos conceptos habrían posibilitado la constitución de una disciplina como la biogeografía que con la idea de ecosistema le habría dado coherencia y autonomía. Sin embargo, la cuestión de calado gnoseológico queda planteada respecto a la distinción con relación a otros ámbitos disciplinarios como la botánica o la ecología. Los nexos entre biogeografía y biología son muy fuertes y si la geografía quiere erigirse en disciplina efectiva debe constituir una escala propia, porque las operaciones de representación en un mapa —por ejemplo— no son razón suficiente para distinguir la biogeografía de la biología. Por mucho que se empeñe en alcanzar las intenciones de Humboldt, corre el riesgo de

(129) Desde la perspectiva de la teoría del cierre categorial esta alternativa se explicarían teniendo en cuenta la distinción entre las metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias.

(130) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 382.

(131) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 383.

(132) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 385.

no ser algo más que una filosofía de la naturaleza como ya hemos señalado<sup>133</sup>. Pero tampoco los estudios paisajísticos son, por sí mismos —porque su objeto se identifique en el paisaje— constitutivos de una categoría diferenciada en el conjunto del saber con claridad y distinción, pues no es el objeto (no existe tal objeto) el que da la unidad a las ciencias. En cuanto al análisis histórico de la dinámica vegetal, en relación con las sociedades humanas, se ve claramente que no es algo ajeno al campo de las ciencias humanas; lo difícil es mantener aquí la tesis de una geografía física (natural). Y lo mismo diremos con relación a las prácticas de las evaluaciones de impacto medioambiental, &c.

A modo de recapitulación, podemos decir que los geógrafos parecen luchar —tales serían sus intenciones— orientados a la consecución de la síntesis final: las síntesis de una integración de disciplinas en una ciencia única, autónoma, llamada geografía física. Pero, a la luz de su constitución histórica y de la organización estructural efectiva de estas disciplinas, de su núcleo conceptual (de su “gramática” y su “semántica”), de su cuerpo de términos, operaciones y relaciones inmanentes y del curso de sus programas, resulta más parecida a la imposible consecución de un nuevo poliedro regular: ¿no es esta una imposibilidad estructural? Las palabras de Ortega Valcárcel, a las que nos acogemos, nos parecen de una claridad más que meridiana y se alinean con nuestras sospechas.

A pesar de ello, la situación objetiva y actual es la de una serie de disciplinas con escasos nexos internos y con perfiles específicos. *Geomorfología, climatología, hidrogeografía y biogeografía* componen cuatro campos diferenciados, con más vínculos con las disciplinas naturales correspondientes que entre sí. La geografía física carece de entidad si por tal entendemos una disciplina unitaria, con una conceptualización y metodologías propias inserta en un marco teórico definido. La geografía física es sólo una denominación tradicional y cómoda.

Tras esa denominación se encuentran cuatro disciplinas independientes, cada una con una evolución separada y con enfoques distintos, con presupuestos teóricos y metodológicos diferentes. El proyecto de Humboldt de una “descripción física del globo” no ha conseguido cristalizar en la geografía moderna, aunque este horizonte siga planteado en la mente de algunos geógrafos con preocupaciones teóricas y epistemológicas. Las propuestas de una geografía física integrada, como *L'Ecogeographie* que formulaba Tricart, no han logrado consolidación.<sup>134</sup>

En efecto, esta es la geografía física encontrada —sin aureola alguna—. Por esta razón tampoco cabe esperar su cristalización gnoseológica en torno a determinados problemas geográficos. Los problemas geográficos podrán actuar como fulcros de enganche o como centros de interés (dialógico o normativo), lo

cual ni se duda ni se impugna, pero ello no es garantía de científicidad, entendida ésta como constitución de una categoría científica cerrada. En todo caso, estos problemas geográficos inclinan a los saberes geomorfológicos, hidrogeográficos, climatológicos y biogeográficos hacia el ámbito de la geografía humana. Resta saber si la incardinación de sus contenidos en una supuesta geografía humana es una incardinación formal o material.

A continuación intentaremos presentar los rasgos característicos de lo que se viene entendiendo por geografía humana: su desarrollo y su organización. La geografía humana es el otro gran ámbito constitutivo de la geografía. La heterogeneidad de disciplinas también es aquí el rasgo definitorio, potenciado por la multiplicidad de escalas y corrientes a las que habría que añadir, en los últimos años, los denominados *giros geográficos*<sup>135</sup>.

La geografía humana encontrada se nos presenta, en realidad como un dominio relativamente amplio de disciplinas como, por ejemplo, la geografía de la población<sup>136</sup> (demografía), la geografía económica<sup>137</sup>, la geografía política<sup>138</sup>, la geografía social<sup>139</sup>, la geografía urbana<sup>140</sup> o la geografía histórica<sup>141</sup>; y algunas otras que, si no han desaparecido totalmente tienen un uso más restringido. La unidad de todas estas disciplinas en una geografía humana —como ciencia matriz— cabría verla dada a través del mapa: la representación cartográfica de los fenómenos espaciales. La antropogeografía de finales del siglo XIX y principios del XX, a su vez, habría incorporado un principio gnoseológico (metodológico) que suponía tener en cuenta las relaciones entre el hombre y el medio en el marco del evolucionismo<sup>142</sup>, en un contexto de conflicto con la morfología social. Desde este punto de vista, el complemento necesario de la geografía humana parecía ser la geografía física. Sin embargo, la geografía humana y la geografía física mantienen entre sí una síntesis más intencional que efectiva. Acaso porque la buscada unidad entre geografía humana y física que se estaba planteando desde una perspectiva ontológica como unidad o interrelación entre el hombre y el medio no ha podido ser efectivamente encontrada a una escala gnoseológica; de manera que los geógrafos estaban desempeñando su oficio teniendo presente una idea de geografía, en cierto sentido, aureolada. La

(135) Hiernaux, Daniel & Lindón, Alicia: *Los giros de la Geografía Humana. Desafíos y horizontes*. Anthropos. Barcelona, 2010.

(136) Ogden, Philip: “Geografía de la población” en Johnston, R. J., Gregory, D. & Smith D. M.: *Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000. Págs. 253-254.

(137) Lee, Roger: “Geografía económica” en Johnston, R. J., Gregory, D. & Smith D. M.: *Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000. Págs. 262-268.

(138) Tylor, Peter: “Geografía política” en Johnston, R. J., Gregory, D. & Smith D. M.: *Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000. Págs. 288-291.

(139) Jackson, Peter: “Geografía social” en Johnston, R. J., Gregory, D. & Smith D. M.: *Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000. Págs. 296-298.

(140) Johnston, Ron: “Geografía urbana” en Johnston, R. J., Gregory, D. & Smith D. M.: *Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000. Págs. 298-300.

(141) Overton, Mark: “Geografía histórica” en Johnston, R. J., Gregory, D. & Smith D. M.: *Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000. Págs. 268-271.

(142) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 389.

(133) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 386.

(134) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 387.

“fractura” entre estas dos “ramas de la geografía” se mantendría a lo largo de todo el siglo XX, demostrando que la anomalía gnoseológica de la geografía no es un estado transitorio. Pero ni siquiera la geografía humana parece poder presentarse en la “república de las ciencias” como una disciplina gnoseológicamente consolidada. Su organización se parece más a la de una federación cantonalista que a la de un cuerpo político vertebrado formalmente. Las palabras de Valcárcel son esclarecedoras:

Finalmente, la geografía humana será una denominación genérica de carácter clasificatorio, que permite englobar las diversas ramas geográficas cuyo objeto son los fenómenos sociales. Sirve para reunir las diversas disciplinas geográficas, tanto las preexistentes como las nuevas que surgen del desarrollo de los estudios geográficos. No ha llegado a convertirse en una disciplina unitaria con teoría, concepto y método propios, como parecía formularse en sus orígenes. La cuestión de la unidad de la geografía que subsiste a lo largo del siglo XX responde a las dificultades de integrar el conjunto de ramas geográficas en un cuerpo teórico y metodológico único.<sup>143</sup>

El campo de la geografía humana involucra “fenómenos humanos”, lo cual lo separa, desde un punto de vista intensional, de la geografía física. El hecho de operar con fenómenos humanos —valga la redundancia— implica que su escala está próxima a la de las *ciencias humanas y etológicas* como la economía, la historia, la sociología y la etnología, compartiendo con ellas incluso importantes franjas de términos en tanto que partes materiales de las mismas, lo que nos debería poner, de nuevo, en la dirección de la crítica a la idea del objeto de las ciencias. El problema de los límites gnoseológicos brota cuando estos contenidos comienzan a constituirse como partes formales difícilmente justificables como geográficas: ¿en qué consiste, entonces, el punto de vista geográfico?, ¿habría que hablar, como proponen algunos autores, de una omniabarcante ciencia social?

De igual manera que hemos visto en el caso de las disciplinas que formarían parte de la geografía física, la geografía humana tiene una gran dispersión temática<sup>144</sup>. Y estas subdisciplinas se muestran inconexas entre sí, cada una con su propio ritmo, adquiriendo el perfil de un campo propio<sup>145</sup>, con independencia del resto: ¿acaso

habría que decir que la concepción de la geografía humana como disciplina ni siquiera habría existido en los primeros momentos de su constitución, es decir, que fue más intencional que efectiva? Estaríamos, según Valcárcel, ante un conglomerado de disciplinas orientadas más a la dispersión y desmembramiento que a la unidad gnoseológica. En efecto, se trataría de una situación análoga a la de la geografía física según la cual las distintas subdisciplinas de la geografía humana habrían evolucionado de modo desigual.

La geografía histórica<sup>146</sup> es una de las disciplinas geográficas de mayor tradición y en la actualidad parece mostrar cierta recuperación<sup>147</sup>. La tradición de la geografía histórica la situaba en unas coordenadas próximas a las de la arqueología, pero orientada a la reconstrucción de la imagen de espacios del pasado. Sería el proyecto del *Theatrum Orvi* de Ortelius, en el siglo XVI, la reconstrucción de los espacios bíblicos y lugares santos en el siglo XVIII y los cambios de frontera de los países<sup>148</sup>. La geografía histórica ha ido ampliando el radio de su campo a las distintas etapas históricas (medieval, moderna y contemporánea). Vinculada con la geografía histórica, la geografía cultural norteamericana se caracteriza por su sesgo paisajístico, influencia de la geografía regional alemana. La geografía histórica se orienta en la actualidad a la reconstrucción de las estructuras espaciales del pasado mediante la utilización de los modelos históricos de cambio de las distintas formaciones sociales. En la implantación de esta orientación metodológica habría tenido mucha importancia la escuela de *Annales*. Pero la cuestión que se nos plantea en este punto es la de si la geografía constituye una disciplina en la cual quien determina la escala de campo es “lo geográfico” o “lo histórico”. Ahora bien, tal cuestión, así planteada, adolece de un sesgo ontológico, porque la escala viene dada por la propia construcción. En realidad, la geografía histórica se constituye a partir de operaciones con reliquias y relatos<sup>149</sup> en un circuito gnoseológico en el que el antes y el después ya están dados como “pretérito”. Sirvan

---

que lo vertebre. Por otra parte, la distinción *campos/profesión* parece deudora de los conceptos de ciencia pura y ciencia aplicada. Desde la idea de campo gnoseológico que ofrece la teoría del cierre categorial, daríamos cuenta de la constitución de nuevos campos por la “transformación” de los campos precursores sin necesidad de utilizar el concepto metafísico de emergencia; así mismo, tampoco tendríamos necesidad de distinguir una ciencia pura de una ciencia aplicada constitutiva del ejercicio profesional.

(146) Muchas veces se tiende a definir la geografía histórica como la geografía humana del pasado. Esta definición es ya por sí misma oscura, por lo que respecta a la expresión “geografía humana del pasado”. Pero además el concepto de pasado es el que resulta a todas luces metafísico. Porque en realidad la Historia no puede ser definida, con rigor gnoseológico, como la ciencia del pasado. El pasado del que hablan los historiadores pertenece a la historia (*res gestae*) y no a la Historia (*rerum gestarum*). Véase nota 5.

(147) Zusman, Perla: “Geografías Históricas y fronteras” en Hiernaux, Daniel & Lindón, Alicia: *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. Barcelona, 2006. Págs. 170-186.

(148) Johnston, R. J.; Gregory, D.; Smith, D. M.: *Diccionario de Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000, pág. 268.

(149) Bueno Martínez, Gustavo: “Reliquias y relatos. Construcción del concepto de «Historia fenoménica»” en *El Basilisco* nº 1 (Primera Época), marzo-abril 1978. Págs. 5-16.

(143) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit.*, pág. 390.

(144) *Ibidem*.

(145) Conviene aclarar que el concepto de “campo gnoseológico” de una ciencia que estamos utilizando aquí en perspectiva *etic* se presenta como un concepto contradistinto al utilizado, desde una perspectiva *emic*, por Alicia Lindón y Daniel Hiernaux. Estos autores en su *Tratado de Geografía Humana* distinguen entre “campos tradicionales”, “campos emergentes” y “ejercicio profesional”. Ya de por sí, la distinción *tradicional/emergente* resulta cuanto menos inadecuada gnoseológicamente; responde sin duda a criterios históricos —externos—, por lo que, en todo caso, habría que ver en qué sentido lo emergente no supone una reorganización y transformación de lo tradicional. Además, la distinción se realiza por la vía negativa lo que hace confuso al concepto de campo toda vez que desconoce un criterio formal

estas impresionistas observaciones para demostrar la dificultad de considerar a la geografía histórica como una disciplina geográfica más que como una franja de la historia misma (*historia rerum gestarum*).

También la geografía médica<sup>150</sup> fue una de las disciplinas geográficas de mayor tradición. La geografía médica podría ser considerada como un saber protogeográfico ya desde el siglo XVIII<sup>151</sup>. En el contexto de su constitución, estaría la ideología del higienismo que recogía la concepción hipocrática de la enfermedad (topografías médicas). Pero también el colonialismo decimonónico europeo habría creado las condiciones para el ejercicio de los estudios sobre la morbilidad. El nacimiento, a partir de Pasteur, de la moderna bacteriología habría supuesto el traslado del campo de estudio del entorno al individuo (cuestión esta que debería ser reformulada gnoseológicamente, porque con la expresión “traslado del campo de estudio del entorno al individuo” se mueve en términos puramente fenoménicos). Ello habría llevado a la desaparición de la geografía médica. Sin embargo, desde los años 70 del siglo XX, comenzó una recuperación de esta disciplina vinculada al análisis de los factores de riesgo de las poblaciones humanas (estudio de los patrones espaciales de morbilidad y mortalidad) y al estudio de las infraestructuras de abastecimiento de agua y de alcantarillado<sup>152</sup>. En realidad, se trata de analizar el espacio desde una perspectiva socioeconómica. El estudio de los factores de riesgo como componentes de un campo no constituye por sí mismo explicaciones geográficas. En todo caso, cabría ver tales factores de riesgo actuando como principios gnoseológicos de las ciencias operantes en otras ciencias tales como la biología, la economía o la sociología. Acaso la escasa atención que se constata por parte de los geógrafos<sup>153</sup> hacia esta disciplina sea inversamente proporcional a la atención que sus términos reciben desde otras disciplinas.

La geografía rural (también geografía agraria<sup>154</sup>) ha sido una de las partes más antiguas de la geografía humana, incluso concebida como parte integrante de la geografía económica. Su mayor cultivo lo tuvo en el marco de la tradición ambientalista: la geografía del paisaje y el concepto regional de “géneros de vida”<sup>155</sup>. Los temas característicos de la geografía rural estaban relacionados con las configuraciones espaciales agrarias, el poblamiento, los cultivos y las técnicas agrícolas.

(150) Curtis, Sarah: “Geografía Médica” en Johnston, R. J., Gregory, D. & Smith D. M.: *Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000. Págs. 286-288.

(151) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 395.

(152) Johnston, R. J.; Gregory, D.; Smith, D. M.: *Opus cit*, pág. 287.

(153) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 397.

(154) Mientras que en la obra de Johnston, R. J., Gregory, D. y Smith, D. M. se distingue entre la Geografía Agraria (de orientación geográfico-económica) y la Geografía Rural, dando entrada a dos voces en el diccionario, en la de Hiernaux, Daniel & Lindón, Alicia sólo se recoge la expresión Geografía Rural.

(155) Paniagua Mazorra, Ángel: “Geografía rural” en Hiernaux, Daniel & Lindón, Alicia: *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. Barcelona, 2006. Págs. 71-83

El estudio del poblamiento rural y del hábitat mantuvo estrechas relaciones con el punto de vista etnológico, de manera que importantes regiones de la geografía agraria se entrecruzan con las culturas y los rasgos culturales de la etnología. Acaso porque el formato lógico de los “géneros de vida” pueda tener la misma estructura lógica que el concepto de cultura<sup>156</sup>. Desde los años cuarenta del siglo XX, aparecen nuevos enfoques que se centrarán ya no en el poblamiento sino en las actividades agrarias en su conjunto: la estructura agraria, los sistemas y métodos de cultivo, las orientaciones productivas, &c. La trama del paisaje sería producto de la morfología agraria (campos y hábitat). Son las geografías agrarias de P. George y de D. Fauchez en Francia<sup>157</sup>. Sin embargo, en los países de habla inglesa se mantendrá más la tradición de la geografía agrícola, desde una perspectiva económica. No obstante, también ha habido una geografía preocupada por los usos del suelo, iniciada por L. D. Stamp en la década de 1930. En los años setenta, se iniciaría en Reino Unido un cambio de concepción arraigado en los precedentes orientados hacia los usos del suelo y que guarda relación con la cada vez mayor urbanización del campo con el consiguiente deterioro de los espacios naturales. Esta nueva geografía no atenderá tanto a las actividades agrícolas como a una concepción del espacio, más integradora en virtud de los nuevos usos del espacio. Habría que decir que la aparición de estos nuevos hechos constituiría un nivel fenoménico en cierta manera determinante de la transformación del campo de la disciplina: los conflictos surgidos entre los usos tradicionales y los nuevos usos. Difícilmente, la escala gnoseológica de esta geografía parece acotar un campo con independencia de la introducción de *principios económicos o sociológicos*, o incluso con independencia de explicaciones históricas. Los cambios y oscilaciones de la geografía agraria o rural podrían verse como desplazamientos en virtud de los intereses de otras disciplinas.

El campo de la geografía urbana engloba un vasto conjunto de *términos, objetos y fenómenos*, llegando a ocupar un lugar pujante dentro de la geografía humana, a pesar de que los estudios de geografía urbana son relativamente tardíos en la geografía. La escala gnoseológica de la geografía urbana se ha servido de *modelos ambientalistas*, centrados en el emplazamiento y la situación, *modelos morfológicos de factura histórica*, *modelos económico-funcionalistas* y *modelos sociológicos*. El modelo morfológico de la ciudad buscaba ordenar el espacio urbano a través de *clasificaciones y tipologías* urbanas introduciendo también explicaciones genéticas con base histórica. En la segunda mitad del siglo XX, la geografía urbana anglosajona introduce elementos innovadores vinculados con la sociología

(156) Bueno Martínez, Gustavo: *Etnología y utopía*. Azanca. Valencia, 1971.

(157) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 399.



urbana de la Escuela de Chicago. Pero también son los propios *fenómenos urbanísticos* de las economías de la posguerra mundial los que señalarán el nuevo tipo de términos y objetos de la geografía urbana. Se abre una perspectiva regionalista de la ciudad: región urbana. Los trabajos de R. Dickinson, Van Cleef, W. Christaller, R. Ullman, B. J. Berry y F. Horton marcarían las líneas normativas de la nueva geografía urbana. Una cuestión de primer orden que se ha planteado más como una polémica metodológica o epistemológica que gnoseológica (como una crítica al neopositivismo más que como una crítica al teoreticismo) es la de si el desplazamiento de la geografía urbana hacia intereses de tipo sociológico o económico no nos pone antes en el campo de una nueva disciplina y no ante un nuevo método o ante nuevos materiales. A partir de los años sesenta, la geografía urbana se vuelca hacia los problemas sociales y económicos acogiéndose a un modelo directa o indirectamente vinculado al materialismo histórico y a la teoría de la lucha de clases (M. Castells, D. Harvey, M. Santos, H. Capel, &c.)<sup>158</sup>. Las teorías radicales y marxistas llevan a cabo una crítica ideológica en términos muy duros contra la geografía urbana de cuño funcionalista, pero, acaso, solamente porque gnoseológicamente están desplazando el campo de la disciplina a la escala de las *metodologías operatorias*. Lo que dicho de otra manera significa que su crítica es gnoseológicamente inocua. Mayor dificultad hermenéutica ofrecen los enfoques humanistas, fenomenológicos, existencialistas y feministas. Pero, en todo caso, estos estudios urbanos tan heterogéneos y desvinculados entre sí se podrían interpretar, a veces, como una sociología dada a una escala muy próxima a las operaciones de los agentes geográficos estudiados por el geógrafo —diríamos que se mantienen en un *estado  $\beta$ -operatorio*—. Dicho de otra manera, por una parte, parece que dejaríamos de estar ante la geografía y, por otra parte, ante un saber propiamente científico —en el sentido de cerrado categorialmente— para encontrarnos ante el mismo campo de la praxis espacial, sin tener que argumentar que estamos ante saberes parageográficos, porque estos saberes parageográficos son los mismos saberes geográficos —en el sentido de los dos niveles de saberes geográficos de los que habla Paul Claval<sup>159</sup>— en cuanto constituyen las operaciones de los sujetos temáticos, operaciones con las que hay que contar en el campo de la geografía humana. La relativa autonomía que se suele reconocer a la geografía urbana habría que vincularla a una disciplina cristalizada con su propio campo de términos operaciones y relaciones. Pero es muy difícil concebir a la ciudad como el “objeto” de una disciplina y no más bien como un objeto más entre otros, susceptible de ser incorporado en varios campos,

(158) Carreras Verdaguier, Carles & García Ballesteros, Aurora: “La geografía urbana” en Hiernaux, Daniel & Lindón, Alicia: *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. Barcelona, 2006. Págs. 84-94. También, Johnston, R. J.; Gregory, D.; Smith, D. M.: *Opus cit*, pág. 298.

(159) Claval, Paul: *Épistémologie de la géographie*. Armand Colin. París, 2007.

unas veces como término formal y otras como término material. De ahí que ni siquiera la geografía urbana podría refundar a la geografía humana como parece pretender Valcárcel<sup>160</sup>.

También desde el ámbito de la geografía económica se intentó la reducción de la geografía humana: toda geografía humana sería geografía económica. La geografía económica (geografía colonial, geografía comercial, geografía estadística)<sup>161</sup> constituye hoy día el dominio de mayor desarrollo en las geografías regionales y generales. De igual manera, aquí encontramos gran heterogeneidad y disparidad con relación a otras disciplinas geográficas y por la confluencia de varias corrientes geográficas. El contexto de cristalización de esta disciplina habría que verlo en el colonialismo del siglo XIX y en el papel que jugaron las sociedades geográficas en la constitución de la geografía (geografía humana). Así, en sus comienzos, la geografía económica no pasaría del inventario y de las descripciones dadas a una escala fenoménica. Tal como es entendida en la actualidad, la geografía económica surge en la década de 1950, impulsada por los modelos espaciales gravitatorios de inspiración metodológica positivista. El campo de la “nueva geografía” se configura a partir de modelos donde la variable distancia<sup>162</sup> parecía el componente formal esencial de la disciplina. Pero en realidad, la escala de la geografía económica era una escala econométrica en la que el *sujeto temático* era concebido según el principio de los términos del *homo oeconomicus* de la economía. Las distintas subdisciplinas se enfocaban desde esta perspectiva económica. Los modelos espaciales aplicados en este contexto fueron los de A. Weber, A. Löst, Von Thünen, Christaller, y estas, a su vez, determinaron el sesgo metodológico de la geografía industrial, la geografía del comercio y la geografía de los transportes. En realidad, podríamos decir que estamos en el campo de la economía neoclásica<sup>163</sup>. La crítica desde la llamada geografía radical llevada a cabo en los años sesenta sobre esta metodología geográfica, denominada también cuantitativismo, cuando se realiza desde la perspectiva marxista no parece desplazar el campo gnoseológico de la economía. Pero si se lleva a cabo desde una perspectiva política estaríamos ante saberes de otra naturaleza, y, en todo caso cabría ver este debate en los términos de la dialéctica entre las *metodologías  $\alpha$  y  $\beta$ -operatorias*, según la distinción de la teoría del cierre categorial.

Un caso paradigmático dentro de geografía humana es el de la geografía de la población. La geografía de la población, aunque vinculada con los análisis geográficos

(160) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 408.

(161) *Ibidem*.

(162) Rosales Ortega, Rocío: “Geografía económica” en Hiernaux, Daniel & Lindón, Alicia: *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. Barcelona, 2006. Págs. 129-146.

(163) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 411. También, Johnston, R. J.; Gregory, D.; Smith, D. M.: *Opus cit*, pág. 263.

espaciales (variaciones espaciales de la distribución demográfica<sup>164</sup>) ha desarrollado un ámbito propio a caballo entre la geografía humana y la sociología. Se podría conceder que la geografía de la población, en tanto que demografía, es una disciplina de relativa autonomía. Esta autonomía habría sido posibilitada por la “gramática” estadística elaborada en torno a determinados términos objetuales (poblaciones, migraciones, nacimientos, muertes, censos, padrones, &c.)<sup>165</sup>. La escala gnoseológica de la geografía de la población es completamente distinta de la escala de la geografía urbana o cualesquiera otras disciplinas geográficas. Los modelos de transición demográfica operan con términos del mismo nivel. Cada vez con mayor fuerza, la identificación entre geografía de la población y demografía hacen de esta disciplina un campo autónomo. Las críticas que se pueden hacer a este proceso de clausura de la disciplina parecen llevadas a cabo desde una geografía humana aureolada más que desde una geografía de la población efectiva<sup>166</sup>.

La geografía es una disciplina como hemos dicho estrechamente vinculada al tejido de las diferentes sociedades políticas. Esto hace que actúe como termómetro ante los cambios sociopolíticos y económicos con la cristalización de nuevos centros temáticos, campos o corrientes geográficas. La geografía del ocio habría que verla como el resultado de las transformaciones de las democracias de mercado pletórico. La geografía del ocio (*Recreational Geography*), también conocida como geografía del tiempo libre, se desarrolló a partir de la década de 1960. Simultáneamente, las democracias de mercado pletórico del llamado capitalismo tardío desplegaban las nuevas mercancías en las cuales consisten las “actividades de recreo” envueltas en una ideología de tinte felicitarario canalla<sup>167</sup>. La geografía del ocio se presenta como un campo complejo, carente de una teoría geográfica cuya racionalidad interna remite a criterios propiamente espaciales. Algunos autores interpretan la geografía del turismo como un campo emergente<sup>168</sup>. Es cierto que hay un ámbito de estudio que involucra a los operadores turísticos y las actividades de entretenimiento (ocio, turismo, recreación). Pero los productos científicos resultado de análisis espaciales se plantean a una escala gnoseológica económica, sociológica, psicológica, &c. En muchas ocasiones, se suele interpretar esta disciplina como un ámbito supradisciplinario o interdisciplinario<sup>169</sup> pero sin saber muy bien a qué nos estamos refiriendo con estos conceptos. En realidad, como señala Valcárcel con acierto, la geografía del ocio se mantiene a un

nivel descriptivo empírico —fenoménico, diríamos— desconectada de los otros campos o ámbitos geográficos. Otras veces, los análisis de la geografía del ocio no pasan de ser estudios de geografía histórica, ¿acaso podría ser de otra manera?

Un caso particular que ha dado lugar a cierta equivocidad<sup>170</sup> es el de la geografía social. La geografía social, por un lado, se refiere a una perspectiva dentro de la geografía humana (hablamos de geografías sociales), pero, por otro, hace mención a una disciplina alternativa a la propia geografía humana. En todo caso, estamos ante planteamientos deudores de la sociología e introducidos en los campos geográficos desde una perspectiva marxista como fue el caso de los primeros trabajos de Pierre George<sup>171</sup>. Aquí se trataría de ver el espacio geográfico como espacio social remitente a un marco esencial constituido por el modo de producción y los conflictos de clase. El ámbito de las geografías sociales estaría constituido por términos como minorías, grupos marginales, razas, colectivos, minorías étnicas, inmigrantes, &c. Y fenómenos como marginación, segregación, &c. La presencia de este tipo de cuestiones se ha hecho cada vez más notoria con el empuje de las geografías radicales a partir de los años 1970. Por lo que respecta a la geografía social, en singular, se presenta como una alternativa global a la geografía humana<sup>172</sup>, tanto desde la perspectiva francesa (geografía social francesa) como desde la alemana (geografía social alemana). Desde la perspectiva geográfica social alemana se plantea una metodología funcionalista (trabajo, reproducción, residencia, consumo, diversión) desde la que se pretende dar cuenta de los fenómenos espaciales<sup>173</sup>. Desde estos presupuestos, se explicará toda la organización del espacio, tanto en una escala general como regional. Podríamos decir que es una geografía que reduce los distintos componentes y dimensiones del espacio geográfico a componentes circulares del espacio antropológico<sup>174</sup>. En el caso de la geografía social francesa, estaríamos ante un ámbito abierto recientemente (1980). Se trataría de entender la geografía como una disciplina basada en “lo social”: el espacio como producto social. Con todo, por nuestra parte cabría la siguiente consideración: si el espacio geográfico tiene a ser explicado a partir de componentes sociales, las diferentes dimensiones espaciales serán vistas como términos fenoménicos de suerte que sólo a los “factores sociales” correspondería una explicación esencial, pero, entonces, ¿cómo sería posible seguir

(170) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 421.

(171) George, Pierre: *Sociología y Geografía*. Península. Barcelona, 1974.

(172) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 423.

(173) Ruppert, K. & Schaffer, F.: “La polémica de la geografía social en Alemania I” en *Geo Crítica* Nº 21, mayo, 1979, Universidad de Barcelona, y Ruppert, K. & Schaffer, F.: “La polémica de la geografía social en Alemania II” en *Geo Crítica*, Nº 22, julio, 1979, Universidad de Barcelona.

(174) Bueno Martínez, Gustavo: “Sobre el concepto de «espacio antropológico»” en *El Basilisco* nº 5 Primera Época, noviembre-diciembre 1978. Págs. 57-69.

(164) Johnston, R. J.; Gregory, D.; Smith, D. M.: *Diccionario de Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000, pág. 253.

(165) Pressat, Roland: *El análisis demográfico* FCE. Madrid, 1983.

(166) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 415.

(167) Bueno Martínez, Gustavo: *El mito de la felicidad*. Ediciones B. Barcelona, 2005.

(168) Hiernaux, Daniel & Lindón, Alicia: *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. Barcelona, 2006.

(169) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 419.

hablando de geografía?, ¿no estamos resucitando el mismo debate con que nació la geografía humana?

¿Qué estatuto gnoseológico cabría atribuir a la geografía política? El término geografía política hacía referencia a finales del siglo XX a una geografía humana y económica. La geografía política, en cierta manera, ha seguido la estela iniciada por Ratzel en su *Politische Geographie* de 1897 entendida en el sentido de la geopolítica<sup>175</sup>. La geografía política puede —y de hecho así ocurre— ser interpretada como una ciencia política, con el mismo fundamento con el que puede ser tenida como ciencia geográfica. Su ámbito disciplinario tiene mucho que ver con los distintos poderes de la sociedad política según sus *capas* y *ramas* y según su dimensión ascendente o descendente<sup>176</sup>. Por tanto, su ámbito terminológico está formado por territorios, fronteras, estados, circunscripciones, recursos, &c. Conceptos tales como el de espacio vital (*lebensraum*), interpretado o no desde presupuestos darwinistas sociales, caen claramente en el espacio gnoseológico de las categorías políticas. La obra de F. Ratzel, O. Maull, H. Mackinder y A. Demangeon serían obras pertenecientes tanto a las categorías políticas como a las geográficas. Pero la geografía política, difícilmente puede verse como una ciencia que haya clausurado su campo. La propia constitución polémica y operatoria de lo que, sobre todo en el siglo XX, ha venido a llamarse estudios de las relaciones internacionales<sup>177</sup>, imposibilita esta clausura. La geografía política tiene que ver con el Estado, pero no mucho más de lo que tiene que ver cualquier otra disciplina geográfica, de manera que el carácter operatorio (*proléptico*) de la geografía política puede, asimismo, predicarse de la geografía humana. En este sentido, habría que decir que la geografía ha sido siempre un arma para la guerra. Aunque históricamente se han utilizado expresiones distintas o alternativas a la de geografía política como geopolítica, en el fondo estaríamos ante perspectivas o planos distintos de una misma disciplina considerando las distintas capas y ramas de la sociedad política. Acaso la geopolítica haya desaparecido, en cuanto que término a mediados del siglo XX, como consecuencia del expansionismo alemán que habría desembocado en la Segunda Guerra Mundial. Pero es difícil no reconocer que el conflicto bélico como relación entre dos estados ha sido la constante de cualquier época histórica. El final de la Segunda Guerra Mundial habría apagado la llama de la geopolítica, sobre todo con la fuerza de la guerra fría, pero la geografía (o parageografía) de los estados mayores, como diría Lacoste, seguía ejerciéndola con todas sus consecuencias.

(175) Castro Martínez, Pedro: “Geografía y geopolítica” en Hiernaux, Daniel & Lindón, Alicia: *Tratado de Geografía Humana*. Anthropos. Barcelona, 2006. Págs. 187-201 Véase, así mismo, Johnston, R. J.; Gregory, D.; Smith, D. M.: *Diccionario de Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000, pág. 304.

(176) Bueno Martínez, Gustavo: *Panfleto contra la democracia realmente existente*. La esfera de los libros. Madrid, 2004.

(177) Duroselle, Jean-Baptiste: *Todo imperio perecerá. Teoría sobre las relaciones internacionales*. FCE. México, 1998.

Durante la guerra fría (1945-1991) la geopolítica como estrategia de USA y de la URSS siguió estando activa. Actualmente, la geografía política se entiende también como geopolítica y ha introducido nuevos componentes del campo como el análisis de las relaciones de poder. En otro sentido, se consideran también términos del campo los grupos políticos, las actitudes electorales, la distribución espacial de estos componentes, &c. Pero aquí siempre cabe la duda de si estamos ante escalas sociológicas o politológicas en vez de geográficas. A partir de la década de 1970, la geografía política se vuelca sobre temas relacionados con la economía política y las relaciones internacionales buscando explicación a fenómenos relacionados con la geografía electoral, la estructura espacial de los grupos y los comportamientos políticos a distintas escalas cartográficas. Se concebirá el globo terráqueo como un sistema—mundo, siguiendo los presupuestos de Wallerstein<sup>178</sup> (economía mundo, mercado mundial, sistema de Estados, estructuras tripartitas, &c.). Pero estos planteamientos siguen siendo deudores de una concepción del Estado entendida a partir del dualismo sustancializado entre la dicotomía base y superestructura, porque el Estado será visto como un “marco” institucional dependiente de otros procesos. Otras veces, el Estado será considerado como un instrumento de poder entre otros, siguiendo las pautas analíticas de Michel Foucault (voluntad de poder). La tesis de Lacoste según la cual la geografía es un arma para la guerra se inscribe en esta línea geopolítica<sup>179</sup>.

Una corriente o perspectiva geográfica que está teniendo gran importancia en la actualidad es la llamada geografía feminista<sup>180</sup> (aunque bien es cierto que sus cultivadores son minoritarios). Se explicaría esta nueva perspectiva, que Hiernaux y Lindón consideran como un campo emergente dentro de la geografía humana, en virtud de las nuevas corrientes ideológicas ligadas al feminismo, pero, sobre todo, en virtud del creciente papel de la mujer en las actividades productivas. A partir de la década de 1960, se van introduciendo temas geográficos e intereses temáticos relacionados con “lo femenino” y con su proyección en el espacio. Sin embargo, la perspectiva feminista en geografía no solo plantea nuevas líneas de investigación sino que quiere presentarse con una “epistemología” propia y una “metodología” específica, acaso queriendo decir con ello que “busca” erigirse en una nueva ciencia. Estaríamos, pues, ante un nuevo campo —un nuevo *giro*—: el de la *gender geography*. De entrada, este planteamiento resulta, cuanto menos, voluntarista, porque las condiciones de nacimiento de una categoría científica son ellas mismas suprasubjetivas y no se reducen exclusivamente al *eje*

(178) Taylor, Peter J.: *Geografía política. Economía mundo, Estado-Nación, Localidad*. Trama Editorial. Madrid, 1994.

(179) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 434.

(180) También “Geografías Feministas”: Véase Johnston, R. J.; Gregory, D.; Smith, D. M.: *Diccionario de Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000, pág. 300.

*pragmático del espacio gnoseológico*. Los sociofactos son importantísimos pero piden el concurso de trazos y artefactos. La *gender geography* se situaría en la línea ideológica de descubrir la situación específica de las mujeres, es decir, fenómenos como la segregación social y la marginación femenina, la crítica al patriarcado y la reinención de la lucha de clases como lucha de géneros o sexos. Por otra parte, se defiende cierto anarquismo metodológico y un sociologismo reductivo que critica todo saber consolidado como forma masculina de descubrimiento. Pero la *gender geography* tiene escasa implantación y, en realidad, los asuntos que abarca no pasan de ser los mismos que atañen a la geografía general humana, si bien es cierto que haciendo especial hincapié en cuestiones relativas a los papeles o funciones sociales desempeñadas (en positivo o en negativo) por las mujeres. De alguna manera, se podría decir que la importancia de la eclosión de la mujer en las democracias de mercado pletórico está relacionada con la *holización* racionalizadora<sup>181</sup> de tales sociedades políticas. Los campos institucionales (universidades, escuelas) de mayor fertilidad de los planteamientos feministas serían, pues, aquellos donde el proceso de holización se está llevando a cabo. La geografía feminista se caracteriza por la heterogeneidad temática: discriminación de la mujer en ámbitos universitarios, y relevancia de la mujer en la tradición geográfica, crítica al discurso geográfico masculino. Pero las relaciones en la sociedad capitalista, desde un punto de vista gnoseológico, no son otras que las relaciones sociales o relaciones culturales, cuando hablamos de etnias diferentes (teorías feministas postcoloniales) ligadas, a la crítica del etnocentrismo (ilusión etnológica)<sup>182</sup> según las cuales el discurso geográfico estaría soportando el pesado lastre de ser masculino y blanco. Los campos de la geografía feminista fertilizan exclusivamente en el ámbito de la geografía humana<sup>183</sup>. Esto es un indicio del hecho según el cual, cuando la constitución de una disciplina se acerca más a lo que pudiera llamarse o entenderse como un cierre categorial, la posibilidad de introducir un *sujeto gnoseológico* con nombre y apellidos se hace más difícil. El hecho de que los geógrafos feministas se vuelquen sobre la geografía humana constituye ya una contraprueba de su irrelevancia gnoseológica. Por otra parte, resta por saber en qué sentido los estudios de la geografía feminista son propiamente geográficos y no sociológicos o etnológicos en el supuesto de que estemos hablando de una célula categorial diferenciada; entendiendo, de paso, como crítica poco crítica o superficial la que objetase la cuestión de la unidad y distinción de las ciencias como parte del discurso masculino. Los análisis del espacio femenino (rural o urbano), los espacios domésticos, de la casa, de la sexualidad, &c., deberían ser entendidos

desde categorías geográficas más allá de entenderse como geografías por el hecho de acogerse a un rótulo como el de “geografía de género”. En efecto, como reconoce Valcárcel, la geografía de género ha supuesto el cultivo de numerosos temas en los que se ponía de manifiesto el papel de la mujer desde perspectivas feministas. Pero esto no supone automáticamente la racionalidad interna constitutiva de una categoría científica con su “praxis”, su “gramática” y su “semántica”. El sujeto gnoseológico cuando es segregado de un campo categorial, y lo es cuando la ciencia cristaliza como tal, no tiene ni género ni sexo; y no porque, efectivamente, no lo tenga sino porque es formalmente irrelevante ante la constitución de las verdades científicas (*identidades sintéticas*). Valcárcel pasa por reconocer a los discursos feministas un papel crítico frente a la concepción de la razón ilustrada. Pero por lo que habría que reconocer este valor crítico no sería en cuanto discurso feminista sino en tanto que discurso más potente capaz de *reducir* y *absorber* al anterior. En todo caso, desde la perspectiva de la teoría del cierre categorial, la *gender geography* difícilmente puede entenderse como algo más que como una multiplicidad temática específica (feminista) pero común a la geografía humana. Nada nuevo.

Hasta aquí hemos levantado la cartografía gnoseológica de la geografía humana según las líneas de su extensión (cada una de las disciplinas o “ramas” particulares), tratando, a la vez, de mantenernos cercanos al punto de vista emic de los propios geógrafos. Lo que pretendemos con esta sucinta reexposición, relativa a la multiplicidad de disciplinas que constituyen lo que se suele entender por geografía (geografía humana), es poner de manifiesto la existencia de una heterogeneidad de saberes efectivos difícilmente ajustables a lo que pudiéramos entender como una disciplina unitaria y a la que cupiera llamar ciencia; y tratar de argumentar que esta es más bien una ciencia deseada que encontrada. Heterogeneidad y disparidad constitutivas de la geografía física y de la geografía humana a las que algunos geógrafos no han dudado en considerar como un saber en migajas. Pero, sobre todo, una fractura entre la geografía física y la geografía humana, cuya naturaleza estructural es muy difícil, por no decir imposible, de demostrar. Intentos metodológicos como el de Schaefer de hacer de la geografía una ciencia unitaria frente a la excepcionalidad que supondría el regionalismo<sup>184</sup> por la vía de una metodología común a la de las ciencias físicas no ha logrado establecer una disciplina sin fracturas. Ni siquiera las llamadas ciencias naturales se convierten en una ciencia unitaria, por mucho que se practique este método. La fractura entre la geografía física y la geografía humana obedece a profundas razones gnoseológicas, relacionadas con la formación de las ciencias. Todas las ciencias son

(181) Bueno Martínez, Gustavo: *El mito de la Izquierda*. Ediciones B. Barcelona, 2003.

(182) Bueno Martínez, Gustavo: *Etnología y utopía*. Azanca. Valencia, 1971.

(183) Ortega Valcárcel, José: *Opus cit*, pág. 456.

(184) Schaefer, Fred K.: *Excepcionalismo en Geografía*. Ediciones de la Universidad de Barcelona. Barcelona, 1980.

humanas en la medida en que su origen tiene que ver con las técnicas y las praxis. Esto supone que cada ciencia se origina en un mundo entorno constituido por técnicas ligadas a sociofactos, artefactos y mitos<sup>185</sup>. Ahora bien, la constitución efectiva de una ciencia, sin perjuicio de que pueda ser reducida a los componentes del mundo heredado ha de poder absorberlos neutralizándolos o incorporándolos como partes formales suyas. La diferencia entre las ciencias humanas y las ciencias naturales está relacionada con la estructura de cada ciencia. No podemos entrar en este momento en la distinción entre las ciencias humanas y las ciencias naturales, es decir, entre las metodologías  $\alpha$ -operatorias y las metodologías  $\beta$ -operatorias. Pero debemos adelantar que si la geografía humana puede ser considerada como tal es porque en la constitución de su campo nos encontramos con un estrato fenoménico difícilmente neutralizable o eliminable del campo. La intersubjetividad y la universalidad de las ciencias naturales debe ser interpretada como una eliminación de las operaciones del sujeto gnoseológico de suerte que esta clase de ciencias podrá erigirse en el momento mismo de la neutralización de las operaciones como ciencias objetivas y sus construcciones como verdaderas (no hay otro sentido de la universalidad). Pero existe determinado tipo de ciencias en las que la eliminación de las operaciones no sólo es imposible sino que, por el contrario, necesita de las mismas en su campo. Las operaciones del sujeto que nos conducen a determinados tipos de verdades sólo serán posibles en la medida en que supongan las operaciones de los sujetos que están dentro del campo de la misma ciencia o sujetos temáticos. Al contar con las operaciones de los sujetos temáticos ejercemos un principio de higiene gnoseológica, porque eliminamos operaciones atribuibles a otros sujetos como los ángeles, los demonios malignos o los extraterrestres; ello supone un principio crítico. Pero, a la vez, la necesidad de mantener estas operaciones recursivamente imposibilita que estos campos cristalicen como lo hacen los campos de la geología, de la física o de la biología. Lo mismo ocurre con las disciplinas de la geografía humana con relación a las que hemos interpretado como pertenecientes a la geografía física.

Sin entrar ahora en la cuestión —por otra parte, de gran relevancia— sobre si disciplinas como la geomorfología, la climatología o la biogeografía son ciencias autónomas, con su propio campo y organizadas con una escala propia constitutiva de su racionalidad inmanente, o si disciplinas como la geografía social y la geografía económica son partes de la sociología y de la economía, respectivamente, y no de una disciplina denominada geografía humana, lo que sí podemos constatar es que las primeras son distinguibles de

(185) Bueno Martínez, Gustavo: *Teoría del cierre categorial (5 Vol.)*. Pentalfa. Oviedo, 1992.

las segundas a partir de la confirmación o no de la presencia de operaciones en sus respectivos campos. Disciplinas como la geomorfología, la biogeografía o la climatología se caracterizan porque en sus campos no se registra la presencia de las operaciones humanas. Ni en los procesos que entran en la explicación, por ejemplo, de la dinámica de vertientes ni en los componentes que concurren en la formación de los frentes, ni en los procesos de difusión de determinada especie florística son pertinentes gnoseológicamente las operaciones. Esto no significa que los factores humanos no concurren a la explicación pero estos intervienen desde esta perspectiva gnoseológica como los factores físicos, es decir, entendidos *paratéticamente*. Por el contrario, tanto en los procesos de transición de régimen demográfico como en las explicaciones sobre la transformación de un paisaje determinado constatamos la aparición de forma constitutiva de las operaciones, es decir, de *nexos apotéticos*. Las operaciones podrán ser eliminadas en el curso analítico pero habrá que volver a ellas en el curso sintético. Podría decirse incluso que toda geografía es, ante todo, geografía humana, ya que si los geógrafos tienen en cuenta los aspectos físicos y naturales del paisaje es para ver en qué medida las operaciones de los seres humanos los modifican o se adaptan a ellas<sup>186</sup>. Porque las propias morfologías constitutivas del paisaje que aparecen como términos del campo de la geografía humana son morfologías humanas, es decir, *morfologías institucionales*<sup>187</sup>. Y, en tanto que morfologías institucionales, incorporan componentes, sí, circulares y angulares, pero también radiales<sup>188</sup>.

Sirvan estas consideraciones para dar cuenta de la dificultad objetiva a la hora de responder a una pregunta que interroga sobre la naturaleza de la geografía. Por esta razón, nuestras pesquisas seguirán la pista de la geografía humana. Otra opción supondría recorrer cada una de las disciplinas que forman parte, al menos nominalmente, de la lista —emic— de los conocimientos geográficos. No obstante, aún nos queda una cuestión por tratar, relativa a la organización de los contenidos de la geografía, a saber: la dicotomía entre una geografía regional y una geografía general.

(186) El denominado *debate Brenner* (Véase Johnston, R. J.; Gregory, D.; Smith, D. M.: *Diccionario de Geografía Humana*. Akal. Madrid, 2000, pág. 122) podría ser interpretado en términos de las metodologías  $\alpha$ -operatorias y las metodologías  $\beta$ -operatorias. En efecto, las tesis de Brenner en torno a la transición del feudalismo al capitalismo se mueven en términos de estructura del poder de clase, lo que reproduce en el propio campo operaciones de la escala del sujeto gnoseológico (operaciones  $\beta$ ), mientras que las tesis de Postan, al regresar a factores, ecológicos, anteriores, se situaría en la perspectiva de las operaciones  $\alpha$ . Otra cosa muy distinta es que este debate deba interpretarse como geográfico y no histórico, sin pedir el principio.

(187) Bueno Martínez, Gustavo: “Ensayo de una teoría antropológica de las instituciones” en *El Basilisco* Segunda Época n° 37, julio-diciembre 2005. Págs. 3-52

(188) Bueno Martínez, Gustavo: “Sobre el concepto de «espacio antropológico»” en *El Basilisco* n° 5 (Primera Época), noviembre-diciembre 1978. Págs. 57-69

Se suele atribuir a Vareño<sup>189</sup> la organización de los saberes geográficos en dos partes, las cuales parecen haberse arraigado en la tradición geográfica: una geografía general y una geografía especial y regional. Aunque la geografía actual dista bastante de la organización de buena parte de los contenidos que Vareño contemplaba como geográficos, lo cierto es que la mayoría de los manuales clásicos de geografía se presentaron durante mucho tiempo como geografías generales o como geografías regionales. Todavía la segunda edición de la obra *Les fondamentaux de la géographie*, dirigida por Annette Ciattoni e Yvette Veyret<sup>190</sup>, se concibe como una geografía humana general. Geografía general y geografía regional han sido dos formas complementarias de presentar los contenidos geográficos —sin perjuicio de que su ejercicio fuera puramente intencional—. En el fondo de esta clasificación, se están ejerciendo criterios lógico-materiales que toman en consideración la extensión y la intensidad de lo abarcable por la geografía. Desde esta perspectiva, cuando la corriente de la geografía radical hablaba —con la voz de Lacoste— críticamente de la geografía como una disciplina por archivadores —o compartimentos estancos— parecía que estaba aludiendo al agrupamiento de contenidos dispares, sin conexión interna, bajo el epígrafe de la geografía general o de la geografía regional. El criterio extensional con el que se estaba operando, a la postre, es el que divide los contenidos de la geografía entre los que tienen una extensión regional o particular y los que tienen una extensión universal. La geografía regional abarcaría contenidos relativos a determinadas áreas o regiones del globo o se circunscribiría sólo a un Estado, provincia, departamento o región (por ejemplo, Geografía Descriptiva de Europa, Geografía de España), mientras que la geografía universal abarcaría contenidos extensibles a todo el orbe terráqueo (por ejemplo, Geografía Universal, Atlas de Geografía Universal). El criterio de la intensionalidad dividiría los contenidos geográficos entre los componentes específicos y los componentes globales o generales. La geografía general recorrería todos los contenidos temáticos, físicos y humanos —cuando no se circunscribía exclusivamente a los humanos—, y la geografía especial se restringiría a algunos y en el límite a uno. De esta manera, al cruzar ambos criterios (extensión e intensidad) resulta una matriz de dos filas y dos columnas que arroja cuatro enfoques o maneras distintas de presentar a los estudios: I) una geografía especial y particular; II) una geografía general y particular III) una geografía especial universal y IV) una geografía general universal.

INTENSIÓN EXTENSIÓN	Especial	General o global
<b>Particular o regional</b>	I Geografía especial particular <i>Geografía del subdesarrollo</i> de Ives Lacoste	II Geografía general particular <i>Geografía General de España</i> de Manuel de Terán
<b>Universal</b>	III Geografía especial universal <i>Geografía Económica</i> de Joseph H. Butler	IV Geografía general universal <i>Géographie Universelle</i> de Eliseo Reclus

Cabría poner ejemplos de estos distintos enfoques: los grandes atlas vendrían a ser una suerte de geografía universal general. Un manual clásico como la *Geografía General de España* de Manuel de Terán podría ser vista como una geografía por países (regional), pero a la vez general. La *Geografía humana* de Max Derrueau habrá de ser vista como la geografía universal específica. Ahora bien, el ejercicio de estos criterios lógicos nos parece más intencional que efectivo. Así, por ejemplo, los contenidos que se acogen a una representación como la de *Geografía General de España* de Manuel de Terán son en realidad una secuencia de contenidos específicos, es decir, la yuxtaposición en un mismo manual de diferentes estudios especiales de geografía de España. En efecto, una geografía general sólo puede desenvolverse como varias geografías específicas: relieve, climas, ríos, vegetación, población, agricultura, pesca, poblamiento rural y urbano, industria, turismo, transportes, comercio, organización territorial, &c. Y esto es lo que habría sido visto por quienes, acertadamente, han hablado de una clasificación por archivadores —*plan à tiroirs*—. Efectivamente, esta organización de los contenidos de la geografía resulta, cuanto menos, artificial o no ajustable a las intenciones que se declaran.

## 5. La Geografía como Geografía humana

En el apartado anterior, hemos podido asistir a la descripción de un escenario según el cual la geografía se nos mostraba como un conjunto heterogéneo de disciplinas que parecen separarse, cada vez más, una de

(189) Capel Sáez, Horacio “La personalidad geográfica de Vareño” en Vareño, Bernhard: *Geografía General*. Ediciones de la Universidad de Barcelona. Barcelona, 1980.

(190) Ciattoni, Annette & Veyret, Yvette: *Les fondamentaux de la géographie*. Armand-Colin. París, 2010.

otra, llegando en el límite a identificarse con ciencias vecinas, como la geología, la economía o la sociología, según el caso. Al mismo tiempo, se mantienen los dos rótulos tradicionales englobantes de este conjunto de ciencias, a saber: la geografía física y la geografía humana. Estas paradojas han erosionado enormemente las concepciones que sobre su propio quehacer tienen los geógrafos. Y, sin embargo, no deja de haber quien considera que la geografía está más viva que nunca.

Uno de los rasgos que permite caracterizar a la geografía como una actividad científica —una actividad orientada a dar cuenta de lo particular (idiográfico): las regiones— es el que supone que, en la constitución de los diferentes espacios, paisajes o regiones, intervienen factores sociales, económicos, culturales, demográficos, históricos, políticos, &c. El análisis del espacio geográfico habría de contemplar explicaciones en las que se diese cuenta del grado de implicación de cada uno de aquellos factores. La unidad de la geografía vendría, así, dada porque, aun siendo la ciencia que trata del espacio, y siendo este una realidad multidimensional, cada una de tales dimensiones involucraría componentes antropológicos —la geografía se verá como una ciencia humana o una ciencia social—: “Étudiant non pas l’homme (comme la psychologie par exemple), mais plutôt les hommes en tant que groupes, la géographie est plus précisément considérée comme l’une des sciences sociales”<sup>191</sup>. Consiguientemente, habría que decir que la geografía tiene por objeto el estudio y análisis del espacio humanizado. Tal es la tesis de Milton Santos<sup>192</sup>. Ahora bien, esta argumentación, en el fondo de tipo ontológico, en la medida en que quiere ser coherente con sus presupuestos propone una *ciencia total*, interdisciplinar, cuya unidad vendría dada por el hecho de constituirse como ciencia humana, según unos, o social, según otros. Pero esta aseveración se nos muestra como puramente intencional, porque, entre las ciencias geográficas —y, por ende, entre las ciencias sociales constitutivas de esa unidad según la interdisciplinariedad fuerte de que habla Milton Santos<sup>193</sup>— debemos contemplar también la presencia de disciplinas como la climatología o la geomorfología. Pues bien, si, por un lado, es cierto que estas ciencias sin duda están relacionadas con la actividad humana, y sus contenidos de hecho son de gran relevancia a la hora de abordar estudios de geografía agraria o análisis de riesgos geográficos, por otro, parece que la escala gnoseológica según la cual se construirían sus verdades científicas es muy distinta —como se ha dicho más arriba— a, por ejemplo, la de la geografía de la población o a la de la geografía económica —pero también a la de ciencias como la etnología, la economía, la sociología, &c.—, sin perjuicio de que, ciertamente,

aquellas mantengan, así mismo, la autonomía de sus propios campos. Este argumento es el que ha permitido a algunos geógrafos dirigir una contumaz crítica a la tan deseada unidad de la geografía. Con todo, no se trata de negar —ni afirmar— la unidad de la geografía. En cualquier caso, buscar una respuesta al problema de lo que sea la geografía requiere como mínimo regresar a los principios gnoseológicos implícitos en nuestras afirmaciones o lo que es lo mismo elaborar una teoría de la ciencia que haya recorrido este camino regresivo en su enfrentamiento dialéctico con otras teorías de la ciencia. ¿Es la geografía una ciencia humana? o, de otra manera, ¿es la geografía una geografía humana? Parece que la distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y metodologías  $\beta$ -operatorias propuesta por Gustavo Bueno, como criterio de demarcación entre las ciencias humanas y las ciencias naturales y aun como criterio que nos permite dar cuenta de la estructura dialéctica interna de las propias ciencias humanas, se ajusta a los procesos y polémicas características del campo de la geografía<sup>194</sup>.

Pero debe advertirse que el caso de la geografía es particularmente complejo, porque si, por un lado, puede ser caracterizada por involucrar una dialéctica interna común a otras ciencias humanas —entre unas metodologías  $\alpha$ -operatorias y otras  $\beta$ -operatorias—, por otro, parece reproducir internamente la fractura propia de la república de las ciencias entre ciencias humanas y etológicas y ciencias naturales. Este escenario da cuenta, a nuestro juicio, de las permanentes polémicas en torno a la cuestión de la unidad de la geografía. De manera que se podría negar la unidad de la geografía, sobre todo, porque, según cierta perspectiva, es más intencional que real, toda vez que reconocemos su pertinencia, es decir, la unidad de la geografía como geografía humana si bien entendida polémicamente. En este sentido, sólo sería posible salvar la unidad de la geografía en tanto que ciencia humana, pero, entonces, habría que reconocer que determinadas disciplinas no son ciencias geográficas *sensu stricto*, aunque en su desarrollo hayan de tratar con el espacio geográfico. También otras disciplinas como la etnografía o la historia tienen que tratar con el espacio geográfico, pero su espacio gnoseológico se organizaría a una escala distinta.

Pues bien, generalmente se incluye a la geografía en la clase de las ciencias humanas —ciencias sociales según otros—. Institucionalmente la geografía se encontraría vinculada a las Facultades de Letras, aunque, según los casos y los países la autonomía universitaria ha creado programas independientes; también el sistema de catalogación de bibliotecas la incluye en un conjunto al lado de la historia. Los criterios implícitos en estas determinaciones seguramente son puramente administrativos o por asociación intuitiva de temas, o

(191) Bavoux, Jean-Jacques: *La Géographie. Objet, méthodes, débats*. Armand Colin. París, 2009, pág. 57.

(192) Santos, Milton: *Por una geografía nueva*. Espasa Calpe. Madrid, 1990, pág. 131.

(193) Santos, Milton: *Opus cit*, pág. 113.

(194) Bueno Martínez, Gustavo: “En torno al concepto de «ciencias humanas». La distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias” en *El Basilisco*. Número 2 (Primera época). Mayo-junio 1978. Págs. 12-46.

incluso mixtos. En otros contextos, los criterios pueden ser ontológicos o epistemológicos, &c. Este panorama, a efectos gnoseológicos, contribuye a la oscuridad e indistinción que rodea toda posible determinación del estatuto de la geografía. Holt Jensen, por ejemplo, da cuenta de ella:

El lugar que ocupa la geografía dentro de la clasificación tradicional de las ciencias llevada a cabo por las Facultades correspondientes, no queda nada claro. Algunas de sus partes están estrechamente ligadas a las matemáticas y a las ciencias naturales, otras a la historia, la filosofía y las ciencias sociales.<sup>195</sup>

Tan solo este tipo de confusiones ya hace pertinente preguntar por su lugar entre las ciencias, de ahí la necesidad de tratar con claridad y distinción lógico-material los conceptos filosóficos con que nos referimos a la geografía. Por tanto, a la pregunta por el estatuto gnoseológico de la geografía podemos responder con otra pregunta, ¿es la geografía una ciencia humana? o, de otra manera, ¿es la geografía una ciencia no humana? La respuesta a esta pregunta entraña una serie de supuestos —generalmente ejercidos de forma implícita— que son los que vamos a tratar de exponer.

Quienes mantienen que la geografía es una ciencia humana, a la vez que niegan la otra —que la geografía pertenece al conjunto de las ciencias no humanas—, lo hacen tratando la expresión “ciencias humanas” bien según la *perspectiva del plano intensional* o según la *perspectiva del plano extensional*, o incluso tratando implícita y simultáneamente la expresión “ciencias humanas” desde ambos planos<sup>196</sup>. Cuando se dice que la geografía —y no exclusivamente la geografía humana— es una ciencia humana, aunque sea postulando que es una ciencia de síntesis —como cuando se habla de la geografía regional—, nos situamos en un plano intensional, porque lo que hacemos es trazar una línea divisoria con respecto a otras ciencias, apoyándonos en una definición de ciencias humanas según la cual éstas se concebirán como versando sobre el hombre o sobre lo humano del hombre. Evidentemente, no se trata tanto de que interpretemos a la geografía intensionalmente como de que caracterizamos a las ciencias geográficas a partir de un presupuesto de ciencias humanas dado en el plano intensional. Desde la perspectiva del plano intensional, no discriminaremos cada una de las ciencias sino que separaremos bloques o conjuntos en virtud de la propia definición que se atribuye a “ciencias humanas”. Así por ejemplo, la perspectiva del plano intensional estaría siendo ejercida en la utilización que el geógrafo Massimo Quaini hace de las palabras de Gusdorf: “Cada

una de las ciencias humanas encuentra su verdadero significado con relación a una ciencia del hombre, unitaria y general”<sup>197</sup>; aunque Quaini evidentemente no saca las conclusiones de la imposibilidad de esta antropología general predicada por Gusdorf. Es la misma perspectiva que está en la afirmación de Milton Santos según la cual el objeto de la geografía sería el espacio humanizado<sup>198</sup>. Así, cuando se utiliza el término ciencia humana como nota característica de la geografía, se establece una discriminación con relación a otras ciencias supuestamente no humanas en tanto que no tratan de cosas que atañen al hombre. La perspectiva del plano intensional nos permite dar cuenta de las divisiones entre áreas de ciencias dicotómicas o tricotómicas como por ejemplo entre ciencias inorgánicas/orgánicas/superorgánicas o entre ciencias formales/naturales/humanas<sup>199</sup>. Aplicado el argumento a la geografía, vemos que se caracterizaría por ser una *ciencia de lo superorgánico* o también una *ciencia humana*. La misma expresión de geografía humana ya supone el ejercicio de la perspectiva intensional. La complejidad del tratamiento del concepto de ciencias humanas desde el plano intensional es muy profunda como ha puesto de manifiesto Gustavo Bueno. En efecto, la oposición entre ciencias naturales y ciencias humanas tiene una clara raíz ontológica, porque procede como si ella misma fuese el reflejo de las dos mitades en las que se divide el universo: el orden de la naturaleza y el orden de la libertad<sup>200</sup>. El orden de la libertad heredero del orden de la Gracia de Leibniz se habría convertido en el Reino de la Cultura (Reino del Espíritu). Estas dicotomías estarían a la base de distinciones actuales como las de ciencias naturales/ciencias del espíritu, ciencias naturales/culturales o ciencias naturales/ciencias sociales<sup>201</sup> que han estado presentes a lo largo de los debates históricos sobre el estatuto de la geografía<sup>202</sup>. En suma, cuando aplicamos el criterio intensional a la geografía presuponemos una definición de ciencia humana y, por tanto, adscribimos a la geografía a un grupo de ciencias y no a otro. Consecuentemente, hemos de decir que la perspectiva del plano intensional se está ejerciendo en la caracterización de la geografía en cuanto ciencia, tanto si la definimos como ciencia humana cuanto si la definimos como ciencia natural. Y, sin embargo, este modo de

(197) Gusdorf, G.: *Introduzione alle scienze umane*. Págs. 37 y 46., citado en Quaini, Massimo: *La construcción de la Geografía humana*. Oikos-Tau. Barcelona, 1981, pág. 15.

(198) Santos, Milton: *Por una geografía nueva*. Espasa Calpe. Madrid, 1990, pág. 21

(199) Bueno Martínez, Gustavo: “En torno al concepto de «ciencias humanas». La distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias” en *El Basilisco*. Número 2 (Primera época). Mayo-junio 1978.

(200) *Ibidem*.

(201) *Ibidem*.

(202) En las siguientes obras, podrá observarse cómo, cada uno de los geógrafos se acoge a la dicotomía que mejor se adecua a sus intenciones, pretendiendo pasar, ingenuamente, por un aséptico levantamiento de acta. Paul Claval: *La evolución de la geografía humana*. Oikos-Tau. Barcelona, 1981; Capel Sáez, Horacio: *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*. Barcanova. Barcelona, 1981; Unwin, Tim: *El lugar de la geografía*. Cátedra. Madrid, 1995

(195) Jensen Holt, A.: *Geografía. Historia y conceptos*. Vicens-Vives. Barcelona, 1992. Págs. 4-5.

(196) Bueno Martínez, Gustavo: “En torno al concepto de «ciencias humanas». La distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias” en *El Basilisco*. Número 2 (Primera época). Mayo-junio 1978, pág. 12.



caracterizar a la geografía resulta insuficiente, porque si, por un lado, nos permite arrojar cierta luz sobre vastos ámbitos naturales, formales, humanos, &c., por otro, no es un criterio suficiente para discriminar categorías, regiones internas a cada ámbito<sup>203</sup>.

El otro plano desde el que se puede interpretar a la geografía humana —y que involucra el concepto de ciencias humanas en virtud del cual decimos que la geografía es una ciencia humana— es el extensional o denotativo. Cuando nos referimos extensionalmente a las ciencias humanas, denotamos un conjunto de disciplinas científicas autónomas, es decir, con su propio campo de estudio y estructura gnoseológica. Según esto, formarían parte de la extensión del concepto de ciencias humanas la economía, la sociología, la psicología, la historia, la geografía... *Mutatis mutandi*, diremos que forman parte de la extensión de la geografía humana la geografía de la población, la geografía económica, la geografía urbana, la geografía histórica, la geografía política... Pero no parece posible incluir en su extensión, salvo por un postulado *ad hoc* a la geomorfología, la meteorología, la biogeografía, &c. Esto se ve muy claro cuando coordinamos la oposición ciencias naturales/ciencias humanas en el plano extensional con la distinción de Ibn Hazm de Córdoba entre *ciencias comunes a todos los pueblos* y *ciencias particulares de cada pueblo*<sup>204</sup>. Porque, atendiendo exclusivamente a las ciencias geográficas, tanto la geomorfología, como la climatología y la biogeografía deberían acogerse al concepto de ciencias comunes a todos los pueblos<sup>205</sup>, sin perjuicio de la fisionomía local de cada uno (bosques de umbría y de solana, zonas de altas y bajas presiones, relieves propios de estructura tectónica o de procesos morfoclimáticos, estructuras cársticas o relieves jurásicos) de la misma manera que lo son la geometría o la geología. Por el contrario, la geografía social o la geografía urbana parecen caer bajo el concepto de ciencias particulares de cada pueblo más apropiadamente, de la misma manera que ocurre con la historia o la lingüística. Ahora bien, ¿significaría esto retirar el principio de universalidad propio de las ciencias naturales a las ciencias particulares de cada pueblo? Creemos que no es así, porque el concepto de ciencias particulares de cada pueblo nos permitiría, como dice Gustavo Bueno, introducir el sentido de ciencia interesada, de ciencia “con espíritu de partido” o, dicho de otra manera, de ciencia que no está libre de valor<sup>206</sup>.

(203) Acaso cupiera coordinar la distinción *plano intensional/plano extensional* con el par *lisológico/morfológico*. Pues, en efecto, aunque no serían superponibles punto por punto, parece que la perspectiva del plano extensional permitiría una caracterización de las ciencias humanas y, por ende, de la geografía humana, a una *escala morfológica* —de alguna de sus partes formales— al tener en cuenta las líneas *etológicas* y *temáticas* de las que hablaremos más abajo. Por el contrario, la perspectiva del plano intensional parece moverse más bien a una *escala lisológica*.

(204) Bueno Martínez, Gustavo: “En torno al concepto de «ciencias humanas». La distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias” en *El Basílico*. Número 2 (Primera época). Mayo-junio 1978.

(205) Ver nota 228

(206) Bueno Martínez, Gustavo: “En torno al concepto de «ciencias humanas». La distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias” en *El Basílico*. Número 2 (Primera época). Mayo-junio 1978.

Y en este sentido, cabría entender obras como las de Lacoste, Quaini, Santos o Harvey, toda vez que, como el mismo Bueno señala, posibilitaría recuperar el concepto de “ciencia por participación” desde una perspectiva materialista, considerando que hay saberes revelados por una tradición cuyo significado supone la participación en esa misma tradición<sup>207</sup>. Cabría leer desde este punto de vista las palabras de Milton Santos:

El palimpsesto formado por el paisaje es la acumulación de tiempos pasados, muertos para la acción, cuyo movimiento es dado por el tiempo social. El espacio es el resultado de esa asociación que se deshace y se renueva continuamente entre una sociedad en movimientos permanente y un paisaje en evolución permanente.<sup>208</sup>

Entenderíamos también, en el sentido de ciencia propia de cada pueblo, la crítica dirigida hacia la geografía cuantitativa desde los presupuestos de la llamada geografía radical —crítica, marxista— e incluso la llevada a cabo por la geografía de la percepción<sup>209</sup>.

El tratamiento de las ciencias geográficas desde una perspectiva extensional, es decir, en tanto que le atribuimos denotativamente el concepto de ciencias humanas, nos remite de nuevo al tratamiento intensional en el propio ámbito de las ciencias geográficas fragmentándolas en dos conjuntos: por un lado las ciencias geográficas humanas —la geografía humana— y por otro lado las ciencias geográficas naturales y matemáticas o formales, es decir, la geografía física, la cartografía y la geografía astronómica.

En todo caso, como dice Bueno, entre el plano intensional y el plano extensional existe una dialéctica rica y compleja<sup>210</sup>. Así, la perspectiva intensional, como señalábamos más arriba, sería más propicia para las perspectivas filosóficas como por ejemplo la dicotomía entre ciencias humanas (culturales)/ciencias naturales, resultante de dividir el universo en dos categorías y que en el caso de las ciencias geográficas ha sido la diana de las críticas de Hettner a Rickter en virtud del dualismo subsistente en la categorización gnoseológica de este último. Pero, en la medida en que nos desplazamos hacia una interpretación ontológica (lisológica) perdemos de vista los matices del análisis gnoseológico —y, por lo tanto, toda su efectividad, porque la perspectiva ontológica es más intencional que efectiva, toda vez que resulta de ejercer presupuestos metafísicos—, en la medida en que aquel presupone que las ciencias humanas no se ocupan del hombre sino de categorías

(207) *Ibidem*.

(208) Santos, Milton: *De la totalidad al lugar*. Oikos-Tau. Barcelona, 1995.

(209) Capel Sáez, Horacio: *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*. Barcanova. Barcelona, 1981.

(210) Bueno Martínez, Gustavo: “En torno al concepto de «ciencias humanas». La distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias” en *El Basílico*. Número 2 (Primera época). Mayo-junio 1978.

antropológicas. Y, si esto es así, también habrá que concluir que la geografía humana en cuanto ciencia o es una ciencia particular con un estatuto gnoseológico propio —su *quid proprium*— o es un conjunto de ciencias heterogéneo cada una de las cuales también lo sería por derecho propio, pero que jamás lo es por el hecho de tratar con “el hombre”. Entre otras razones, porque “el hombre” es una idea filosófica propia de la constelación característica de la antropología filosófica<sup>211</sup>.

Sería la imposibilidad de hablar morfológicamente de las ciencias humanas desde la perspectiva del plano intensional la que nos devuelve al plano extensional, donde tiene lugar la verdadera efectividad de las ciencias: la lingüística, la historia, la geografía... Así, las ciencias humanas —la geografía humana— se revelan no desde una perspectiva metamérica —del todo al todo— sino desde una perspectiva diamérica —de unas partes a otras partes—, según la cual “las ciencias humanas son ciencias de lo humano particular desde lo humano particular”<sup>212</sup>. Esta perspectiva parece ser la que se ejerce en el planteamiento metodológico abierto por Massimo Quaini en su obra *La construcción de la Geografía humana*<sup>213</sup>. En efecto, la geografía, según Quaini, no es una ciencia del hombre en general, pues su enfoque está construido desde la perspectiva particular de unos grupos sociales más o menos críticos o revolucionarios que construyen una ciencia —una geografía crítica— frente a otros grupos. Igualmente, cabría ver en estas coordenadas las crónicas de Indias, al menos en el sentido en el que las analiza Horacio Capel<sup>214</sup> porque podríamos decir que las crónicas de Indias (Fernández de Oviedo, Acosta...) son obras de geografía, sobre las Indias recién descubiertas, desde la España Moderna o desde la Roma Antigua a través de España. Como dice Capel, “En la historiografía de Indias la influencia de Plinio se deja sentir no sólo en Fernández de Oviedo sino también en otros cronistas que fueron igualmente lectores atentos del naturalista latino”<sup>215</sup>. Es importante para nuestra argumentación llamar la atención sobre el hecho según el cual sería la potencia cultural de una “tradición” precisa y determinada (el “nosotros”) la que nos sitúa en un punto de vista que nos permite superar las coordenadas relativistas. Es decir, las coordenadas diaméricas (extensionales) de la perspectiva gnoseológica son ellas mismas el ejercicio de la crítica relativista, de la crítica a la ilusión etnológica<sup>216</sup>. La geografía será, pues, la ciencia particular de un pueblo y su potencia

gnoseológica dependerá de la potencia de la tradición cultural en la que se sitúe este pueblo, de manera que esta le permite interpretar el espacio de otros pueblos (el “ellos”) dentro de sus propias coordenadas gnoseológicas disolviendo y reorganizando, por ejemplo, mapas mitológicos o explicaciones fabulosas y legendarias que, sin perjuicio de su “sabor” estético o literario habrán de ser “eliminadas” y “trituras” por el conocimiento racionalista científico. Igualmente, cabría analizar, por ejemplo, la perspectiva geográfica de Harvey<sup>217</sup> en tanto su programa metodológico no iría dirigido a un conocimiento del hombre, sino de unas partes humanas a otras partes humanas —ciencia revolucionaria frente a geografía conservadora, Edilia—, por ejemplo a desenmascarar —según la expresión de Lacoste— las ideologías afines a los planteamientos metodológicos de la geografía cuantitativa, entendida como un instrumento al servicio de las clases poseedoras. Por último, también podemos situar en esta perspectiva a Lacoste:

La geografía es, en primer lugar, un saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares, y son dichas prácticas las que exigen la recopilación articulada de unas informaciones extremadamente variadas y a primera vista heterogéneas cuya razón de ser y cuya importancia no es posible entender si nos limitamos a la legitimidad de la división del Saber para el Saber.<sup>218</sup>

Pero, como ya hemos señalado, esta perspectiva diamérica (extensional) atrae hacia sí una interpretación de las ciencias geográficas que segrega en tanto que ciencias no humanas —aun incorporándolas a su ámbito, pero interpretando los nexos “naturales”, geológicos, biológicos... desde otra escala— al conjunto de ciencias que se englobarían dentro del rótulo de las ciencias geográficas físicas. Esto es característico de la dialéctica entre el enfoque extensional y el enfoque intensional. Dialéctica que, como vemos, cuando es analizada desde el plano extensional, tritura el concepto intensional de ciencias humanas en la medida en que, ahora, estas se caracterizarán no por tratar del hombre en general sino por contener alguna estructura gnoseológica similar<sup>219</sup> que resulte ser clave para dar cuenta de sus peculiaridades gnoseológicas. Por tanto, habríamos de decir que si las ciencias geográficas caen bajo el concepto de ciencias humanas es porque reproducen cierta estructura similar a otras muchas ciencias humanas. Y ello ha de ser de manera efectiva y no puramente intencional como cuando se busca las relaciones entre elementos inconmensurables como ha mostrado Reynaud<sup>220</sup>.

(217) Harvey, David: *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI. Madrid, 1977.

(218) Lacoste, Yves: *La geografía: un arma para la guerra*. Anagrama. Barcelona, 1977, pág. 7.

(219) Bueno Martínez, Gustavo: “En torno al concepto de «ciencias humanas». La distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias” en *El Basilisco*. Número 2 (Primera época). Mayo-junio 1978, pág. 18.

(220) Alain Reynaud: “El mito de la unidad de la geografía” en *Geocriti-*

(211) Bueno Martínez, Gustavo: “Sobre el concepto de «espacio antropológico»” en *El Basilisco* n° 5 Primera Época, noviembre-diciembre 1978. Págs. 57-69.

(212) Bueno Martínez, Gustavo: “Sobre el concepto de «espacio antropológico»” en *El Basilisco* n° 5 Primera Época, noviembre-diciembre 1978. Págs. 17.

(213) Quaini, Massimo: *Opus cit.*

(214) Capel Sáez, Horacio: “América en el nacimiento de la Geografía Moderna” en *La geografía hoy. Textos, historia y documentación*. Suplementos Anthropos. Número 43. Abril, 1994. Págs. 42-59.

(215) Capel Sáez, Horacio: *Opus cit.*

(216) Bueno Martínez, Gustavo: *Nosotros y ellos*. Pentalfa. Oviedo, 1990.

Ahora bien, cuando tratamos de caracterizar a la geografía, como ciencia humana, situándonos bien en su concepto intensional bien en su concepto extensional, tampoco agotamos el análisis gnoseológico de las mismas. Aunque digamos que las ciencias geográficas reproducen la misma estructura gnoseológica de las ciencias humanas, cuando son vistas según el plano intensional o extensional, solamente este concepto, si tiene una relevancia gnoseológica efectiva, nos permitirá analizar unas ciencias respecto a otras desde un punto de vista gnoseológico. Y lo mismo cabría decir cuando intensionalmente caracterizamos a las ciencias geográficas como ciencias humanas en tanto que tienen que ver con el espacio humanizado queriendo decir con ello, a la vez, que es un conocimiento que el hombre realiza sobre sí mismo —*autognosis*— y que es un conocimiento peculiar en el que entra la variable libertad. Estas son las coordenadas en las que se inscriben las polémicas entre el determinismo geográfico y el posibilismo vidaliano:

Un individuo geográfico no resulta simplemente de las condiciones geológicas y climáticas. No es algo librado completamente a las manos de la naturaleza. Es el hombre el que revela la individualidad de un territorio modelándolo para su propio uso. Él establece una conexión entre características no relacionadas sustituyendo la sistemática cooperación de fuerzas a los efectos aleatorios de las circunstancias locales.<sup>221</sup>

No cabe estipularlo *a priori* sino que hay que reconocerlo *in media res* porque si no caeremos en el mismo error que Schaefer<sup>222</sup> al buscar la unidad de la geografía en una supuesta unidad metodológica, es decir, puesto que las ciencias geográficas perseguirían decretar leyes generales sobre el espacio —tal es su argumentación— no se diferenciarían del resto de las ciencias, y dado que todas las ciencias vendrían a tener una estructura legaliforme podríamos postular la unidad de la geografía. Ahora bien, ¿encontramos en todas y cada una de las ciencias geográficas el mismo tipo de estructura que nos permiten verificar su unidad gnoseológica? Es decir, cuando decimos que la geografía es una ciencia humana —o que no lo es— atribuimos al adjetivo humano un contenido gnoseológico interno a la propia estructura de las ciencias geográficas —o en caso contrario porque lo retiramos— pero el adjetivo humano es interno, relevante gnoseológicamente, tanto desde un punto de vista intensional como extensional.

Pues bien, la determinación de la geografía como ciencia humana puede realizarse tanto si seguimos

las líneas constitutivas de la *textura etiológica* de las ciencias como si seguimos las líneas de su *estructura temática*. Desde un punto de vista etiológico —y esta es una cuestión de la máxima importancia— el adjetivo humano no se restringe a las llamadas ciencias humanas, porque toda ciencia es humana —es una construcción humana—, es decir, ha sido generada por el hombre<sup>223</sup>. Esta afirmación lejos de ser un pleonismo nos sitúa en una perspectiva operatoria —materialista— crítica ella misma de concepciones metafísicas como la de “ciencias por participación” o la de quienes conciben a la actividad científica como una “creación del hombre”, y, bien entendido, a las explicaciones mentalistas. Pero, sobre todo, se trata de una perspectiva etiológica según la cual habría que ver en ciertas conductas de los animales prefiguraciones de las ciencias, en virtud del hecho según el cual las técnicas y, por tanto, también las técnicas de determinados grupos de animales (primates superiores, prehomínidos) estarían en la base de las construcciones científicas.

Por otro lado, según las líneas relativas a la estructura temática de las ciencias, el adjetivo “humano” sólo tendrá sentido gnoseológico si aparece vinculado internamente, extensionalmente, a cada ciencia —a cada ciencia geográfica en nuestro caso—. Cuando sea así, podremos hablar —ahora en un sentido intensional— también de ciencias geográficas humanas, es decir, de la geografía humana. Inmediatamente, hemos de decir que no por el hecho según el cual en el campo de las ciencias geográficas en general —por ejemplo en el campo de la geomorfología— aparezcan contenidos humanos —un contenido antropológico: una presa, una excavación, una repoblación forestal— estamos en presencia de una ciencia humana. Se trata de observar que los contenidos humanos que aparezcan en el campo de la geografía tengan pertinencia gnoseológica, a saber: que en su campo aparezca *formalmente determinado* lo humano.

En cada ciencia humana, y, por ende, también en la geografía han de confluír las líneas etiológicas y temáticas, de manera que no diremos apriorísticamente que la geografía es —o no es— una ciencia humana sino que buscaremos en ella las formas según las que se determina lo humano. Es decir, se trata de buscar en las propias disciplinas geográficas. Resumiendo, en palabras de Gustavo Bueno:

Entre los componentes formales de toda ciencia figuran los sujetos gnoseológicos (SG), es decir, los sujetos que construyen las ciencias, en cuanto sujetos operatorios, así como también todos los momentos subjetivos que las ciencias pueden envolver.<sup>224</sup>

ca. Cuadernos críticos de geografía humana. Número 2. Marzo, 1976.

(221) La Blache, Vidal de: “Tableau de la Géographie de France” (1903) citado en Capel Sáez, Horacio: *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*. Barcanova. Barcelona, 1981, pág. 332.

(222) Schaefer, Fred K.: *Excepcionalismo en Geografía*. Ediciones de la Universidad de Barcelona. Barcelona, 1980.

(223) Bueno Martínez, Gustavo: “En torno al concepto de «ciencias humanas». La distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias” en *El Basílico*. Número 2 (Primera época). Mayo-junio 1978, pág. 22.

(224) Bueno Martínez, Gustavo: “En torno al concepto de «ciencias humanas». La distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias” en *El Basílico*. Número 2 (Primera época). Mayo-junio 1978. Págs. 22-23.

Trasladando este razonamiento a la geografía, habremos de decir que la geografía podrá ser entendida como una ciencia humana en la medida en que en su campo esté involucrado el sujeto gnoseológico o, dicho de otra manera, que sólo podremos hablar de geografía humana cuando en su campo aparezca formalmente la figura del sujeto gnoseológico. Se colige, entonces, la existencia de “ciencias geográficas” en cuyo campo ya no aparece internamente el sujeto gnoseológico puesto que se ha eliminado en tanto que sujeto operatorio en virtud del proceso de construcción de las verdades científicas.

Consiguientemente cabría hacer tres consideraciones a propósito de la geografía. En primer lugar, verificar, en los campos de las disciplinas geográficas, la presencia formal de la figura del sujeto gnoseológico constituida por el geógrafo. En segundo lugar, afirmar que es posible identificar determinadas ciencias geográficas, o si se prefiere disciplinas, en las cuales la figura del geógrafo en tanto que sujeto operatorio tiende a ser segregada o neutralizada. En tercer lugar, discriminar la existencia de dos grupos de ciencias geográficas en virtud de que en sus campos se contenga o hayan eliminado la presencia del sujeto operatorio (el geógrafo). Así pues, la división tradicional entre geografía humana, por un lado, y geografía física, por otro, no vendría dada por una supuesta comprensión (*Verstehen*) frente a la explicación (*Erklären*) ni por la dicotomía entre lo particular y lo universal o lo empírico-analítico y lo histórico-hermenéutico, pero ni siquiera por el antagonismo entre una ideología antipositivista contradistinta de otra positivista, dadas en un proceso pendular de enfrentamiento histórico, sino por algo, quizás más complejo y no determinable si no es a una escala micrognoseológica, es decir, por la eliminación o no del campo categorial de la figura del sujeto gnoseológico, a saber: el geógrafo.

---

## 6. Geografía, Sociedad Política e Imperio

---

Queremos plantear ahora una cuestión completamente distinta, pero orientada a ir perfilando una respuesta con relación a lo que entendemos por geografía. Sobre todo, se trata de aportar argumentos en favor de la idea de la constitución de la geografía como disciplina que cristalizaría o se iría configurando a partir de ciertas prácticas y técnicas insertas en una sociedad política determinada. Evidentemente, nos mantenemos en una perspectiva que refuerza y se ve reforzada por los planteamientos gnoseológicos recién expuestos que suponen la confluencia de líneas etiológicas y temáticas según las cuales en el campo de geografía aparece de un modo formal la determinación de lo humano.

Empezaremos por suponer la existencia de saberes geográficos, organizados disciplinariamente o no, desde los momentos más tempranos de la historia humana, a

través de culturas tribales —sociedades naturales— y sociedades políticas. Pero, ante todo, hay que mantener reparos y distanciarse de las tesis que vinculan el nacimiento de los saberes y disciplinas geográficas a *necesidades* —en términos naturalistas—, o a motores psicológicos tales como la *curiosidad*. Los conceptos de *necesidad* y *curiosidad* son conceptos lógicos que no sirven para dar cuenta del surgimiento del conjunto de prácticas e instituciones que nos conducirían en determinado momento histórico a poder hablar de geografía. Entre otras razones, porque por ejemplo, la curiosidad tiene que ser ella misma explicada a partir de contextos institucionales canalizadores. Desde una perspectiva materialista, no se niega la existencia de motivos o causas psicológicas o fisiológicas, como la necesidad biológica (hambre, abrigo, &c.), pero, en términos gnoseológicos, tales motivos son irrelevantes.

El historiador Felipe Fernández-Armesto sostiene que los homínidos que comenzaron a desplazarse en bandas, fuera de la región de la Eva mitocondrial, podrían ser considerados como los primeros exploradores<sup>225</sup>. Sin embargo, el concepto de exploración difícilmente puede ser mantenido y sostenido en un sentido gnoseológico sin contar con cierta envoltura institucional, lo cual supone la existencia también de determinadas *nematologías* relativas a las instituciones simples o complejas o a los complejos institucionales dentro de las cuales estarían las propias exploraciones, bien como programas determinantes bien como resultancia de determinados fines y planes. Las exploraciones en sentido estricto y riguroso sólo podrían entenderse como el momento *conspectivo* de un proceso mucho más amplio en el que habría que contar también con un momento *resolutivo*<sup>226</sup> todo ello orientado a la constitución del *mapamundi*<sup>227</sup>. Sería en estos contextos en los que podríamos hablar de prácticas y técnicas precisas que nos permitirían entender el sentido y la orientación de los primeros saberes geográficos. Por esta razón, rechazamos, por problemáticos, conceptos tales como cuerpo de exploradores para referirse a las bandas de *homo erectus* que se hubieran desplazado por varios continentes, pues “cuerpo de exploradores” exige un nivel de institucionalización difícil de corroborar por los yacimientos y la industria lítica, sin incurrir en una petición de principio<sup>228</sup>, sin perjuicio de que en la actividad operatoria de los prehomínidos y homínidos, tras las transformaciones anamórficas pertinentes, haya que ver exploradores *in nuce*.

---

(225) Felipe Fernández-Armesto: *Los conquistadores del horizonte. Una historia mundial de la exploración*. Destino. Barcelona, 2006, pág. 31

(226) Bueno Martínez, Gustavo: “La teoría de la esfera y el descubrimiento de América” en *El Basilisco*. Segunda Época. Número 1. Septiembre-octubre, 1989. Págs. 3-32.

(227) Bueno Martínez, Gustavo: “Prólogo” a García Sierra Pelayo: *Diccionario filosófico*. Pentalfa. Oviedo, 2000. Págs. 9-19. Véase también “El mapa como institución de lo imposible” en *El Catoblepas*. Número 126. Agosto 2012. Página 2 (<http://www.nodulo.org/ec/2012/n126p02.htm>)

(228) Felipe Fernández-Armesto: *Los conquistadores del horizonte. Una historia mundial de la exploración*. Destino. Barcelona, 2006, pág. 34.

Así pues, la comparación con los animales sólo cobra sentido desde un punto de vista genérico o cogenérico (lisológico) —también las manadas de rumiantes se desplazarían explorando la existencia de nuevos pastizales; los castores ingenian sus propios sistemas de ventilación consistentes en ramas en la parte superior de su madriguera a fin de permitir que entre el aire; y la hormiga obrera de *Pheidole* actúa como una “exploradora” alertando al hormiguero de la presencia de la hormiga de fuego— contradistinto del nivel histórico-cultural (institucional) en el que nos movemos, sin perjuicio de que tengamos que asumir que no hay una esfera animal incomunicada e incomunicable con la humana, pues tanto los animales como los humanos deben ser vistos como *ovoides* centrífugos, provistos de *irruptores*, operando en un mismo *ecoentorno*. Dicho de otra manera, cabría afirmar que las relaciones entre los animales son de una escala y proporción diferente a las de los seres humanos, ya que en el caso de los hombres siempre habría que verlas mediadas por *instituciones culturales* (dialelo antropológico). Las migraciones y, con ellas, las exploraciones son en cierto modo migraciones institucionalizadas, porque los seres humanos que migran lo hacen como miembros de una sociedad portando toda su carga institucional. El propio acervo cultural “transportado” —extrasomático, pero también intersomático e intrasomático— podría ser considerado como el conjunto morfológico de los componentes constituyentes de un mapa del mundo<sup>229</sup> que es a la vez un instrumento para interpretar nuevos espacios en competencia con otros grupos y con los animales. Es el mapa a partir del cual localizamos, por así decir, nuevos lugares en virtud de un nivel histórico determinado. Esto supone que sólo a través de determinadas instituciones interpretamos<sup>230</sup> —etic— los nuevos lugares que son incorporados al acervo común de los saberes geográficos. Por ello, es imposible entender las “expediciones”, sean de *Erectus* sean de *Sapiens* sin un mínimo marco institucional, aunque no quepa afirmar una discontinuidad total (simploké) con los animales (primates superiores, prehomínidos).

Pues bien, habría que contar con que los primeros mapas, en tanto que descripciones y representaciones cartográficas del espacio, serían mapas efímeros: ciertos trazos sobre la tierra —en el barro húmedo, en la arena de las playas— o con construcciones con palos ramas y semillas. Estos mapas serían las primeras formas de saber —que se irían haciendo normativas— sobre los nuevos espacios geográficos —acaso los periplos que narra la tradición mitológica griega podrían ser vistos en este sentido— y a las nuevas sociedades donde el momento cospectivo iría dando paso a un momento resolutivo de manera simultánea. Como dice Fernández Armesto, las rutas eran “memorizadas” a partir de puntos

(229) Bueno Martínez, Gustavo: “El puesto del Ego transcendental en el materialismo filosófico” en *El Basilisco*. Segunda Época. Número 40, 2009. Págs. 1-104.

(230) Bueno Martínez, Gustavo: *Nosotros y ellos*. Pentalfa. Oviedo, 1990.

de referencia en el terreno y en el cielo estrellado<sup>231</sup>, a través de cantos, versos, rituales y gestos. Todo ello, pensamos, que habría de ir dando lugar a un espesor institucional susceptible de ir formando una categoría cultural característica por su especificidad. El hilo de Ariadna que perseguimos estaría entre estos recursos precartográficos y protogeográficos.

Ciertos instrumentos y técnicas inventadas en tiempos prehistóricos como el fuego mismo, las armas de madera endurecidas al fuego o la construcción de vallas para conducir a los animales hacia trampas y lugares de sacrificio suponen ya cierta intervención sobre el entorno y seguramente nuevas formas de concebir el paisaje: la conversión del medio en espacio. Así mismo, habría que pensar en ciertas tecnologías de navegación por muy tempranas que fuesen. El dominio de las técnicas de vela supondría ya un espesor institucional considerable. De suerte que la vela podría ser interpretada como la primera cartografía de los vientos a una escala técnica. Las rutas de la humanidad<sup>232</sup>, que atañen a los mares, no pueden estar marcadas con hitos en la superficie del agua. El paisaje de este sistema dunar líquido, por emplear una metáfora cercana a Max Derrueau, sólo podrá ser reconocido en los hitos del cielo estrellado o en la superficie de las velas empujadas por el viento.

Sin duda, las primeras manifestaciones de la guerra (guerras de tipo 0), en el contexto de sociedades protoestatales o estatales, relacionadas con los movimientos de población y el descubrimiento de nuevas tierras, estarían en el trasfondo de los primeros brotes de lo que pudiera llamarse una geografía y una cartografía; en parte, porque la guerra será un factor de canalización de nuevas empresas. Pero la guerra, en sentido estricto, es impensable fuera del marco de la sociedad organizada a nivel del Estado<sup>233</sup>. Los fines, planes y programas involucrados en la guerra podrían ser interpretados en términos de instituciones —a través de instituciones— con, cada vez, mayor autonomía, según la ley de desarrollo inverso de las esferas culturales y las categorías culturales<sup>234</sup>, dando lugar a cierto tipo de conocimientos geográficos. Consiguientemente, la guerra no puede ser entendida, como pensaba el mariscal Bernard Montgomery, en términos etológicos: algo común a los hombres y a las hormigas<sup>235</sup>. La guerra

(231) Puntos de referencia que, desde la perspectiva del materialismo filosófico, habríamos de interpretar ya como referentes institucionalizados el eje radial del espacio antropológico.

(232) Pérez Herranz, Fernando Miguel & Santacreu Soler, José Miguel: *Las rutas de la humanidad. Fenomenología de las migraciones*. La Xara. Simat de la Vallidigna, 2006.

(233) A este respecto, véanse las lecciones sobre *Filosofía de la Guerra* del profesor Tomás García López (<http://www.fgbueno.es/act/efo010.htm>).

(234) Bueno Martínez, Gustavo: *El mito de la cultura*. Editorial Prensa Ibérica. Barcelona, 2004.

(235) “Muchas especies de hormigas —dice Wilson— establecen guerras con colonias de su propia especie o con especies extrañas. Algunas emplean estrategias que podrían haber sido dictadas por Carl von Clausewitz [...] Las tácticas de batalla que emplean las hormigas son extraordinariamente diversas” Véase Hölldobler, Bert & Wilson, Edward O.: *Viaje a las hormigas. Una historia de exploración científica*. Crítica. Barcelona, 1996. Pág. 81

supone, en efecto, el espesor institucional atinente al Estado, la escritura y otros componentes histórico-culturales ya consolidados y funcionando en el todo complejo de la cultura.

Las rutas comerciales entre diversas sociedades, presuponen así mismo prácticas y técnicas orientadas al conocimiento de la ubicación y localización de los distintos grupos humanos y del itinerario cristalizado que conduce a ellos. La pintura mural que aparece en Çatalhöyük, en la que se representa una población similar a la propia Çatalhöyük, se interpreta como el primer mapa de una población con la que se mantendrían vínculos comerciales<sup>236</sup>. Pero las relaciones comerciales también habrían sido el resorte canalizador o directivo de las exploraciones en varios otros lugares del planeta. Armesto interpreta los exploradores como “vectores” que transportan consigo la cultura<sup>237</sup> lo cual permite una reinterpretación en términos de un proceso de anamnesis y prolepsis institucional. Las exploraciones (colonizaciones griegas, conquistadores españoles), por tanto, habrían sido el marco de los primeros saberes protogeográficos que constituirían una suerte de protocartografía y protomapas.

Consecuentemente, si la guerra y el comercio fueron marcos inexcusables y cruciales, ello nos permite considerar a los primeros saberes protogeográficos como una protogeografía política y una protogeografía económica. Una geografía propia de cada pueblo<sup>238</sup> sobre otros pueblos, lo cual exige la presencia de una capa cortical por mínima que esta sea. La “máquina” en el sentido de Mumford<sup>239</sup> no podría ser pensada en términos de una globalización técnica o tecnológica progresiva, desde la prehistoria hasta el siglo XX, al margen de los mimbres de una sociedad política determinada en expansión imperialista.

Los registros prehistóricos e históricos nos ofrecen numerosos ejemplos de la constitución de una geografía y cartografía vinculadas a determinadas sociedades políticas a través de cuya expresión estarían totalizando el espacio (el territorio). La importancia geográfica de la cartografía puede retrotraerse a las edades del Bronce y Hierro, si bien sería una cartografía, interpretada etic, desde nuestras coordenadas actuales, es decir, desde la constitución de la cartografía moderna. El mapa de Bedolina (Italia) data aproximadamente de entre el 2000 y 1500 a. de C. y es considerado como el plano más antiguo de un asentamiento humano. Sería un plano grabado, aunque no queda claro, con toda seguridad, el significado de sus representaciones<sup>240</sup>.

(236) Felipe Fernández-Armesto: *Opus cit.*, pág. 50.

(237) *Ibidem*.

(238) Bueno Martínez, Gustavo: “En torno al concepto de «Ciencias Humanas». La distinción entre las metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias” en *El Basilisco*. Primera Época. Número 2. Mayo-junio 1978. Págs. 12-46.

(239) Mumford, Lewis: *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana*. Pepitas de calabaza. Logroño, 2010.

(240) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 14.

Cuando Colón llegó a la isla de San Salvador (Guanahani), pudo comprobar que, entre los aborígenes, existía una cartografía, por muy rudimentaria que fuese. Y Hernán Cortés en 1520, al llegar a Tenochtitlan verificó cómo, también, existía una cartografía (Códice Mendoza). Asimismo, el manuscrito presentado por el jefe iowa No chi ning ga en la reunión mantenida en Washington, en 1837, era una representación cartográfica de los ríos Mississippi y Missouri.

Los “sistemas cartográficos” utilizados por los navegantes de las islas Marshall incluyen entre sus términos las estrellas, señales en el mar, el vuelo de las aves y ciertos arquetipos a los que podríamos denominar “cartas náuticas”. Estas, como otras instituciones cartográficas de otras sociedades incorporan un heterogéneo tipo de materiales como la madera flotante, tallada en relieves, cortezas de árbol, pieles, cueros, tejidos pintados, pero también metales, piedras y arcillas. No hay que olvidar que la palabra “mapa” significa etimológicamente tela<sup>241</sup>. La palabra “carta” hace referencia al material sobre el que está hecho el mapa<sup>242</sup>. Las “cartas náuticas” de los nativos de las islas Marshall eran pues ingenios de madera confeccionados como una suerte de urdimbre a partir de los nervios centrales de hojas de palmera. Existían mapas de diversas escalas mayores y menores (rebbelib, meddo y mattang)<sup>243</sup>.

Estos ejemplos constituyen pruebas de que cada sociedad puede llegar a producir ciertos saberes de tipo geográfico (cartográfico en nuestros ejemplos) en virtud de las necesidades objetivas de su círculo cultural. Sin embargo, a nuestro juicio, esta geografía está todavía pegada al terreno y, aunque es muy importante tenerla en cuenta, la interpretamos como la cartografía “propia de cada pueblo”, es decir, una cartografía fenoménica. Sólo en la tradición helénica encontraremos el curso constitutivo de una cartografía “común a todos los pueblos” apoyada en la geometría<sup>244</sup>. Acaso puedan ser considerados como las “geografías vernaculares” de las que habla Claval<sup>245</sup>.

La constitución de los saberes geográfico-cartográficos supone la remoción de multitud de materiales antropológicos. Los “mapas rupestres” hallados en África y en los que se representan

(241) Corominas, Joan: Voz “Mapa” en *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Gredos. Madris, 1983.

(242) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 13.

(243) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 15.

(244) Camprubí Bueno, Lino: “Viaje alrededor del Imperio: rutas oceánicas, la esfera y los orígenes atlánticos de la revolución científica” *El Cato-blepas*. Número 95. Enero 2010, pág. 1 (<http://nodulo.org/ec/2010/n095p01.htm>).

(245) “Les formes, et les contenus des géographies présocratiques, que l’on qualifie volontiers d’ethnographiques, varient d’une culture à l’autre. On peut schématiquement opposer les géographies vernaculaires transmises par la parole et les tableaux descriptifs rédigés par des spécialistes pour satisfaire les curiosités de publics cultivés ou répondre aux besoins des administrations. Les premières sont caractéristiques des sociétés primitives ou des fractions populaires des grandes sociétés historiques. Les seconds apparaissent dans les États déjà structures du monde traditionnel.” Claval, Paul: *Opus cit.*, pág. 11.

determinadas topografías con animales y personas, interpretados como rutas seguidas por chamanes en trance, podrían ser vistos, desde la perspectiva del eje angular del espacio antropológico, como instituciones religiosas<sup>246</sup>. En algunos otros, se representan estrellas o fenómenos celestes (mapas radiales) o también planos de núcleos habitados o de localización de cementerios (mapas circulares). Probablemente estos mapas ni siquiera eran mapas en sentido estricto, efectivos, de ruta alguna, sino más bien una especie de mapamundi en el sentido de una cosmovisión o “mapas cósmicos” como los mapas de los dogon de África Central donde un animal con forma de hormiga tiene una cabeza en forma de placenta que simbolizaría el Cielo y cuyas patas simbolizarían la Tierra<sup>247</sup>. Tampoco ciertas representaciones esquemáticas podrían ser interpretadas como mapas en sentido estricto, así, por ejemplo, las pinturas de Madhya Pradesh en la que alrededor de un círculo central vacío aparecen determinadas formas como cenefas, zigzags o rombos distribuidos en bandas rituales y a lo largo de estas bandas aparecen plantas y animales acuáticos.

Aunque la expansión hacia nuevos territorios se iniciaría en las cuatro grandes áreas geográficas del valle del Nilo, Mesopotamia, valle del Indo y río Amarillo, sólo las morfologías morales de tradición helénica acabarán circunnavegando y recubriendo (imperialismo) el globo terráqueo<sup>248</sup>. Las ciudades del Nilo llegaron a comerciar con Mesopotamia. Es en el antiguo Egipto donde nos encontramos con abundantes crónicas de exploraciones —exploradores de carne y hueso—<sup>249</sup>. La expansión hacia el Alto Egipto a lo largo de milenios llevó a grandes exploraciones hacia el centro de África —expediciones de Harkhuf, en el tercer milenio a. de C. —. Interesa poner de manifiesto los nexos entre geografía y etnología a partir del hecho según el cual Harkhuf habría vuelto a Egipto con un pigmeo (aparte de otras novedades). Conexiones que seguirán a lo largo de la historia de los descubrimientos geográficos. Las expediciones marítimas llegaron a representarse en pinturas, como es el caso de la pintura del templo funerario de Hat sep sut hacia el territorio de Punst. Pero, en Egipto, existió otro tipo de instituciones cartográficas vinculadas a prácticas sociales y económicas como los planos arquitectónicos de tumbas y mapas, elaborados en las bases de los ataúdes, probablemente destinados a conducir al viaje al más allá<sup>250</sup> y que fueron muy importantes. De alrededor de 1500 a. de C. procede el plano de un jardín representado en una superficie de madera con yeso. También de Egipto, procede un mapa cosmológico esculpido en roca de aproximadamente

(246) Felipe Fernández-Armesto: *Opus cit.*, pág. 52.

(247) Felipe Fernández-Armesto: *Opus cit.*, pág. 53.

(248) J.W. Thrower, Norman: *Mapas y civilización. Historia de la cartografía en su contexto cultural y social*. Ediciones del Serbal. Barcelona 2002, pág. 126.

(249) Felipe Fernández-Armesto: *Opus cit.*, pág. 57.

(250) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 21.

el 350 a. de C. y un mapa de una mina de oro en Nubia perteneciente al periodo ramsésida. Debemos tener en cuenta, así mismo, el importante papel que la agrimensura desempeñó en Egipto como consecuencia de las sucesivas inundaciones del Nilo. De hecho las mediciones de los agrimensores se ponen a la base no sólo de la formación de la geografía sino también de la geometría<sup>251</sup>. La agrimensura era una técnica al servicio de la propiedad para establecer las lindes de las parcelas tras las inundaciones. Es de suponer, pues, la utilización de planos catastrales que tendrían un gran valor fiscal para los administradores o incluso para otros objetivos<sup>252</sup>.

En Mesopotamia, también hay constancia de la utilización de mapas que, igual que la escritura, empleaban caracteres cuneiformes. Se han encontrado representaciones a escala, como el que reproduce un pequeño territorio del distrito de Nipur (canales, puertas, casas, fosos, parques) de alrededor de 1500 a. de C.; de escala intermedia, como el mapa acadio de 2300 a. de C. hallado en Nuzi y que incorpora cursos de agua, asentamientos humanos y montañas; y de “escalas menores” (mapamundi) que soporta una visión “asiriocéntrica” del mundo<sup>253</sup>.

La cartografía en Oriente, sobre todo en China (cuencas del río Amarillo y Yang-Tse), ha sido de gran relevancia. No hay que olvidar, por ejemplo, los contactos entre la India y Mesopotamia (influencias matemáticas y cosmológicas). La cartografía China ha influido en otras partes de Oriente. El levantamiento cartográfico chino es contemporáneo del griego de la época de Anaximandro. También en China hallamos lo que podría denominarse estudios geográficos próximos a una antropogeografía, descripciones geográficas de costas, e hidrográficas. Los mapas eran utilizados con fines administrativos y militares. Es de destacar la utilización de una retícula ortogonal en la construcción de los mapas, introducida al parecer por el astrónomo Chang Heng, contemporáneo de Ptolomeo. Los mapas se van haciendo mejores con la expansión del imperio. La mayor realización cartográfica parece ser un mapa fechado en el año 1137 (Yu-gi-tu), construido con una retícula ortogonal y cuya precisión es asombrosa en relación con los mapas de proyección Mercator actuales. Sin embargo, la cartografía china quedaría estancada y no sería hasta la llegada de las sociedades europeas el momento cuando se incorporara a la tradición cartográfica y geográfica de herencia griega, aceptando a lo largo del siglo XIX la idea de longitud y latitud<sup>254</sup>.

En el Mediterráneo, aparecen hacia el final del segundo milenio las sociedades fenicias y helenas con las que se desarrollarán las rutas comerciales y cuya

(251) Murcia Navarro, Emilio: *La Geografía en el Sistema de las Ciencias*. Universidad de Oviedo, 1995.

(252) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 22.

(253) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 24.

(254) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 45.

herencia<sup>255</sup> se transmitirá a través de la Edad Media. A partir del siglo VIII a. de C., cristalizarán las ciudades-estado de la Hélade, cuyas exploraciones reproducirán otros tantos enclaves griegos en el Mediterráneo. Se inicia así la tradición helénica que habría de incorporar a la egipcia y mesopotámica en tanto que partes de su mundo precursor. La colonización griega, por lo tanto, debe ser interpretada como la reproducción y difusión de instituciones más o menos complejas características de la cultura griega (la ciencia y la filosofía). Estos exploradores serían así, los primeros “vectores” —en palabras de Fernández-Armesto— de la difusión de lo helénico por el resto del planeta. En este sentido podríamos ver la *Odisea* de Homero como una descripción cartográfica en tanto ha sido considerada un mapa cantado. Los viajes de los griegos llegaron a desbordar el marco Mediterráneo, aunque no llegarían a cruzar el Atlántico. Piteas habría llegado hasta el país de Thule<sup>256</sup>, acaso situado en Europa del Norte. También los viajes cartagineses deben ser mencionados: los viajes de Hanno por las costas africanas, los viajes del cartaginés Himilco<sup>257</sup>. En suma, en la Antigüedad se desarrolló una intensa y heterogénea labor cartográfica orientada a representar todo tipo de fenómenos espaciales. Así, podemos hablar de mapas en un sentido más o menos parecido a los mapas actuales, aunque también planos: mapas, cartas náuticas, planos y globos. No obstante, en Grecia también habrían proliferado mapas “especulativos” a los que Heródoto despreciaba por carecer de la guía del conocimiento.

En rigor, sólo podemos hablar de una geografía y cartografía científicas a partir de Grecia, pues serían los griegos quienes sistematizan un cuerpo de términos y relaciones constitutivo de lo que hoy podemos denominar cartografía —en la Grecia Antigua no había una separación entre geografía y cartografía—, aunque aquellos saberes eran una multiplicidad heterogénea de términos que hoy son reclamados por la física, la geometría y la astronomía. Se han encontrado mapas representados en un tetradracma, fechado hacia el 330 a. de C., pero el primer mapa parece que fue autoría de Anaximandro de Mileto, cuya mejora se debió, más tarde a Hecateo de Mileto: se trataría de la primera carta con proyección gnómica. En este contexto, a mediados del siglo V a. de C. las descripciones de Heródoto supusieron una aportación importante de índole geográfica, aunque no cabe separar en Heródoto la geografía de la historia.

Ahora bien, la sistematización más importante se la debemos al director de la Biblioteca de Alejandría, Eratóstenes de Cirene (276-194 a. de C.), a quien se considera el padre de la geografía científica<sup>258</sup>. Eratóstenes sentó la tesis de la esfera y midió la circunferencia de la Tierra, aunque también Eudoxo de Cnido y Dicearco

habían hecho mediciones. Pero Eratóstenes a partir de la proyección de los rayos solares sobre la ciudad de Syenne al mediodía —aparte de otras consideraciones geométricas— pudo establecer que la circunferencia de la Tierra era de 250.000 estadios. Lo significativo es el criterio, porque el procedimiento cartográfico de Eratóstenes ya no es un “mapa mental” (ignoto) ni mucho menos un “mapa cultural”. Eratóstenes también aceptó el esquema de paralelos y meridianos para dividir la tierra de manera significativa. Otro griego, Hiparco de Nicea suele ser considerado como el iniciador de las proyecciones cartográficas, pues ideó una retícula externa compuesta de climas y meridianos. Asimismo, Marino de Tiro y, posteriormente Claudio Ptolomeo (*Geographia*) se consolidó como la autoridad geográfica y cartográfica hasta la Edad Moderna. En otro orden de cosas, los escritos de Estrabón constituyen los inicios de una geografía descriptiva y corográfica, aunque los contenidos de su obra son considerados igualmente patrimonio de la etnología.

La expansión del imperio de Alejandro hasta la India supuso la ampliación del mundo conocido desde la perspectiva de la cultura griega. El propio Alejandro llegaría a utilizar bermalistas o medidores de pasos para calcular las distancias recorridas<sup>259</sup>, un cometido clásico de la geografía descriptiva. Pero lo más interesante para nuestros propósitos es interpretar la organización del imperio alejandrino, la fundación de ciudades (Alejandría), como el ejercicio del momento resolutivo de una sociedad política determinada<sup>260</sup>. En este sentido podríamos decir que la geografía es solidaria del imperio. Así mismo, las conquistas de Alejandro condujeron a la organización de una *imago mundi*. El imperio de Alejandro acabaría legando el relevo a Roma. Sin duda, los romanos fueron herederos del espesor cultural de los griegos, pero, además, la expansión de Roma por el Mediterráneo o, dicho de otra manera, la conversión del Mediterráneo en un “lago romano” les llevó a construir mapas con finalidades militares y administrativas. Así, por ejemplo, fue muy importante la cartografía catastral basada en el método de la centuriación, pero también lo fueron el levantamiento de planos de ciudades o la representación de itinerarios y de elementos hidrológicos<sup>261</sup>. Eran las exigencias de una sociedad política convertida en imperio que acabaría extendiendo la ciudadanía romana a todos los habitantes del mismo (Caracalla).

En suma, se puede decir que los saberes geográficos y los cartográficos están íntimamente conectados. Ambos géneros de saberes no responden a ningún tipo de motivación psicológica sino a condiciones prácticas. Son tales condiciones prácticas (políticas, económicas,

(255) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 27.

(260) Insua Rodríguez, Pedro: “Hermes católico” en *El Catoblepas*, Número 98. Abril 2010, pág. 1 (<http://www.nodulo.org/ec/2010/n098p01.htm>). También se puede ver del mismo autor *Hermes Católico*. Pentalfa. Oviedo, 2013.

(261) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 33.

(255) Crone, G. R.: *Historia de los mapas*. FCE. Madrid, 2000.

(256) Gómez Espelosoín, F. Javier: *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*. Akal. Madrid, 2000.

(257) Felipe Fernández-Armesto: *Opus cit.*, pág. 64.

(258) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 28.



tecnológicas) las que darán lugar a los ingenios objetivos (mapas, imágenes, hitos en el paisaje, &c.) que han conducido a la constitución de lo que hoy entendemos por geografía. En las siguientes palabras de Felipe Fernández-Armesto, encontramos una interpretación de la construcción de los mapas orientada a dar relevancia a sus funciones prácticas (políticas, diplomáticas, religiosas) más que contemplativas o eruditas (exentas).

A pesar de la importancia creciente que tenían los mapas a la hora de documentar el conocimiento del mundo por parte de los eruditos de las grandes civilizaciones de Eurasia, las nuevas rutas raramente, o acaso nunca, eran registradas en ellos. Las culturas que elaboraban mapas los utilizaban para otros propósitos: los griegos para la diplomacia, los hindúes para la religión, los chinos para la guerra y la administración. *El Guanzi*, un tratado chino sobre la formación de los generales, sitúa el manejo de los mapas entre las más altas calificaciones necesarias para aspirar al puesto: “En primer lugar, todos los mandos militares deben examinar los mapas y familiarizarse con ellos. Deben conocer perfectamente la situación de los montuosos pasos alpinos, los arroyos que puedan inundar sus carros, las montañas más importantes, los valles transitables, los grandes ríos, los montes altos y las colinas, las praderas y los bosques; las vías de comunicación, el tamaño de las ciudades y las murallas, las ciudades famosas y las deshabitadas, las tierras baldías y las cultivadas” y, por encima de todo, “los caminos de acceso y de salida” de las regiones que su ejército atraviesa.<sup>262</sup>

Sin duda, *El Guanzi* tiene clara la función de la geografía como un arma para la guerra mucho antes de Lacoste. Pero no será el único testimonio que podemos ofrecer en el mismo sentido. Parece, por ello, obligada la comparación con otro texto de Maquiavelo.

Y, por lo que a la obra se refiere, además de mantener sus ejércitos bien organizados y adiestrados, debe ir siempre de caza para acostumar el cuerpo a los inconvenientes y al mismo tiempo para aprender la naturaleza de los lugares y conocer cómo se alzan las montañas, cómo se abren los valles, cómo se extienden las llanuras, estudiando la naturaleza de los ríos y de los pantanos y poniendo en todo ello una extraordinaria atención. El conocimiento de todos estos puntos es útil por dos razones: en primer lugar, aprende así a conocer su territorio, con lo cual podrá atender en mejores condiciones a su defensa; pero, por otra parte, gracias al conocimiento y a su familiaridad con aquellos lugares, podrá comprender con facilidad cualquier otro nuevo lugar con el que se encuentre en la necesidad de familiarizarse, porque las colinas, los valles, las llanuras, los ríos, los pantanos que tenemos, por ejemplo, en Toscana tienen una cierta semejanza con los de otras regiones de tal forma que *del conocimiento del relieve de una región se puede pasar fácilmente al conocimiento del relieve de otra* (sn).<sup>263</sup>

(262) Felipe Fernández-Armesto: *Opus cit.*, pág. 76.

(263) Maquiavelo, Nicolás: *El Príncipe*. Alianza. Madrid, 1982, pág. 81-82.

Suponemos que el empleo de determinados sistemas cartográficos en las distintas sociedades políticas es un indicio del acervo geográfico de estos mismos grupos humanos. Sin duda, este acervo, que no es otra cosa que el espesor institucional de cada sociedad, dependerá del estado histórico objetivo de cada cultura, que supone, a su vez, un mapamundi en cuanto cosmovisión enfrentado a otros. Así pues, se colige que los mapas estarán exigidos por el contexto práctico de referencia, en un entorno nematológico muy preciso. Ocurre, así también, en determinados pueblos primitivos, conocidos a partir de la expansión imperialista de las sociedades occidentales.

Con la llamada revolución científica de los siglos XVII y XVIII se pusieron las bases tecnológicas que permitieron que distintas sociedades políticas europeas se expandieran por el resto del planeta, una vez verificada la teoría de la esfera en el siglo XVI, tras la circunnavegación del globo por España<sup>264</sup>. La hegemonía científica y tecnológica de determinados estados europeos supuso el desplazamiento geopolítico de las sociedades políticas que caían bajo las morfologías morales chinas e islámicas. Pero ni siquiera se puede fingir que esto haya sido el resultado de un “progreso científico y tecnológico”. El “progreso científico y tecnológico” es solidario —y recíprocamente— del imperio (español, inglés, holandés...) y los mapas y la geografía están tan vinculados a la expansión del imperio como a las compañías comerciales u otras instituciones culturales.

Todas las técnicas actuales de la cartografía temática fueron desarrolladas hacia mediados del siglo XIX<sup>265</sup> lo cual demuestra la estrecha relación de la geografía con las técnicas de representación cartográfica. El interés de las sociedades geográficas por la estadística en el siglo XIX es también un interés por la cartografía estadística<sup>266</sup> (puntos, coroplético, isoplético, &c.). Las relaciones y vínculos entre las sociedades geográficas y los descubridores fueron muy estrechas y una base importante en la formación de la geografía<sup>267</sup>. Reproducimos las palabras de Norman J. W. Thrower a propósito de la cartografía, especialmente por la estrecha relación, en un principio entre cartografía y geografía<sup>268</sup>.

---

Repárese en la frase final del texto de Maquiavelo: “del conocimiento del relieve de una región se puede pasar fácilmente al conocimiento del relieve de otra”. ¿Está ejerciendo Maquiavelo en las últimas palabras de este texto una concepción de los saberes sobre el territorio, es decir, de la geografía, según la cual estos son «comunes a todos los pueblos»? ¿Es este el significado de la idea de semejanza que está utilizando? Sin duda Maquiavelo se aproxima mucho a tal concepto; repárese que un renglón antes nos hablaba del “conocimiento” de “su territorio” introduciendo así una perspectiva operatoria. Si esto es así, con su ejercicio, Maquiavelo nos estaría poniendo en la tradición de Ibn Hazm.

(264) Camprubí Bueno, Lino: “Viaje alrededor del Imperio: rutas oceánicas, la esfera y los orígenes atlánticos de la revolución científica” *El Catoblepas*. Número 95. enero 2010, pág. 1 (<http://modulo.org/ec/2010/n095p01.htm>).

(265) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 153.

(266) *Ibidem*.

(267) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 155.

(268) J.W. Thrower, Norman: *Opus cit.*, pág. 234.

Geográficamente, los centros de acción en cartografía han estado en general, donde la ciencia ha sido floreciente. Así, aunque la cartografía constituye una actividad esencialmente universal en la que se han implicado los pueblos sin escritura, los grandes progresos se han realizado, de forma bastante comprensible, en las sociedades avanzadas. Mapas de Egipto antiguo, donde se realizaron avances paralelos en medicina, arquitectura y geometría, atestiguan la capacidad cartográfica de este pueblo. Lo mismo puede decirse de Babilonia, donde junto a las contribuciones cartográficas existió un gran interés por las matemáticas y la astronomía. Resulta desafortunado que se hayan conservado tan pocos mapas de los antiguos griegos, quienes se beneficiaron tanto de la cultura de Babilonia como de la de Egipto. Ahora bien, gracias a los escritos que se han conservado sabemos que las aportaciones de los griegos a la cartografía y a la astronomía fueron muy numerosas. Por su parte, los romanos tomaron lo que necesitaban de Grecia al tiempo que realizaban sus propias contribuciones, en especial en el campo de la cartografía itineraria y catastral y sufragaban las actividades de los últimos sabios griegos.

Concluimos, en el epílogo de su obra *What is geography?*, Alastair Bonnet caracteriza a la geografía como una disciplina del mundo, relacionada con las necesidades humanas frente al medio, pero también como una imagen que da significado, sentido y orden al mundo:

1. Geography is the world discipline.
2. Geography is rooted in the human need for survival: in the necessity of knowing and making sense of the resources and dangers of our human and physical environment. But it also seeks the bigger picture: geography helps us imagine that there is meaning and sense in the world. Geography allows us to see order in, and impose order on, what otherwise would be chaos.<sup>269</sup>

Desde nuestro punto de vista, esta concepción de la geografía adolece de oscuridad y confusión —no solo por su claro sesgo psicologista—. Otras disciplinas, como la biología, la geología y la etnología también versan sobre el mundo y nos remiten al entorno físico y humano, e igualmente nos ofrecen una imagen del mismo, según su propia morfología categorial, sin agotarlo. No parecen, pues, muy adecuadas las definiciones metaméricas de las ciencias y, consiguientemente, tampoco las de la geografía. No hay una imagen geográfica del mundo separada de la intervención sobre el mismo espacio. La voluntad enciclopédica (extensional e intensional) de ciertos geógrafos habrá que verla como una construcción nematológica relictica que ha sido

efectivamente desbordada por un complejo proceso histórico según el cual las esferas y las categorías culturales se desenvuelven inversamente. La geografía, en cuanto ciencia, es un episodio de la constitución y desarrollo de cada sociedad política, en el contexto de otras sociedades políticas con las que entra en relación —relaciones objetivas, en virtud del nivel de equilibrio de sus capas basal, conjuntiva y cortical—. La geografía es, en este sentido, una ciencia particular de cada pueblo, una geografía de cada pueblo sobre otros pueblos. La geografía, entendida como geografía humana, no puede ponerse en correspondencia con el estudio del espacio geográfico nudo, porque el espacio geográfico, desde una encrucijada de calles, pasando por una comarca, hasta el límite de la totalidad del espacio planetario, sólo es entendible desde la organización (institucionalización) del mismo —según distintas escalas— a través de fines, planes y programas relativos a cada sociedad política, en competencia con el espacio de los vegetales y animales del *ecoentorno*. Pero la organización efectiva del espacio planetario sólo puede ser llevada adelante por aquella sociedad política con la potencia necesaria y suficiente para ordenar el globo incorporando a su *ortograma* a las demás sociedades. En este sentido, la geografía humana es geografía política y geopolítica, en tanto que ciencia práctica  $\beta$ -operatoria, solidaria del despliegue de la historia universal. Lo que desde un punto de vista gnoseológico es el desarrollo y constitución de la geografía, en cuanto categoría científica, desde un punto de vista ontológico supone el desenvolvimiento de la historia universal.

Fecha de recepción: 12-10-2014

Fecha de aceptación: 23-10-2014



(269) Bonnet, Alastair: *What is geography?* Sage Publications. Londres, 2008, pág. 121.